



Argentina

Me96a

535



*"I give these Books
for the founding of a College in this Colony"*

• YALE UNIVERSITY •
• LIBRARY •

Gift of
Huntington Smith Jr.,
of the class of 1909

This book was digitized by Yale University Library, 2009. You may not reproduce this digitized copy of the book for any purpose other than for scholarship, research, educational, or, in limited quantity, personal use. You may not distribute or provide access to this digitized copy (or modified or partial versions of it) for commercial purposes.

ENTRE DOS ALMAS

DEL MISMO AUTOR *

La huella del crimen.

Clemencia.

El Doctor Wüntz.

Lo imprevisto.

DRAMAS PUBLICADOS

El ciego. (Traducido al italiano por el Dr. Basilio
Cittadini y estrenado por Tomás Salvini.)

Capital por Capital.

Amor filial (en verso).

EN FOLLETINES

Shakespeare: Una noche de su vida.

Byron: Una página de su historia.

La leyenda de la Montaña.

El Gato blanco.

* Todas las ediciones aquí enun.eradas están agotadas.

RAÚL WALEIS, pseud. of
Varela, Luis Vicente
...

ENTRE DOS ALMAS

SIMPLE NARRACIÓN



BUENOS AIRES

LIBRERÍA NACIONAL

J. LAJOUANE & C^{IA}. — EDITORES

270 - Calle BOLÍVAR - 270

1908

Al Excelentísimo Señor

JACINTO OCTAVIO PICON

(De la Real Academia Española)

Á usted, mi estimado amigo, que no considera incompatibles mis producciones literarias con mis obras jurídicas; á usted,—acaso el primer crítico de España,—que, después de leer algunas de aquellas, me ha incitado á que las publique,—á usted le dedico esta novela,—primer trabajo que entrego á la prensa después de mi reciente regreso de Europa.

Como la bandera cubre la mercancía, sirva su nombre ilustre para amparar á este libro.

RAÚL WALEIS.

Buenos Aires, Agosto de 1908.

ENTRE DOS ALMAS

I

La fiesta con que, en la familia de Camilo Solar Moreno, se celebraba el regreso de éste, después de siete años de ausencia en el extranjero, había reunido en los espléndidos salones de la señora Mercedes Orteza de Solar Moreno—la madre del viajero—á las más distinguidas damas y caballeros de la sociedad de Buenos Aires.

Los Solar Moreno representaban una de aquellas familias tradicionales, cuyo árbol genealógico echaba sus raíces allá en

los primeros nobles españoles que llegaron con los conquistadores, y que, enlazándose entre ellos, transmitieron á sus sucesores, con la propiedad de las tierras conquistadas, las tendencias de austeridad y de carácter que han señalado en la historia á los hidalgos de la madre patria.

Como aconteció en la mayor parte de los hogares americanos en los días de la la Revolución de 1810, los genitores de los actuales Solar Moreno, reconociendo en sus hijos, nacidos en las Colonias, el derecho á emanciparse, se abstuvieron de mezclarse en las guerras de la independencia, dejando que sus descendientes ocupasen en la nueva política el puesto que sus convicciones y los sucesos les señalaron.

Desde aquellos lejanos tiempos hasta la hora de la fiesta, los Solar Moreno habían tenido muchas alternativas de posición y de fortuna, sin que, en un solo momento, las dificultades de la vida ó las persecuciones de la tiranía hubieran con-

seguido doblar, en los individuos de aquella raza, el sentimiento de dignidad y de orgullo que, durante muchas generaciones, los padres fueron legando á sus hijos con la espada, y las madres á sus hijas con la leche.

Aquella noche parecía que todos los concurrentes á la fiesta se empeñasen á porfía en halagar á la dueña de la casa, en cuyo semblante se reflejaba la más franca y justa alegría.

Había motivos para ello!...

La señora Orteza de Solar Moreno, casada muy joven con un primo hermano suyo, había vivido en el campo muchos años, acompañando á su esposo, uno de las más ricos hacendados del país.

En la *estancia* había tenido sus dos únicos hijos: Camilo, el mayor, nacido á los dos años de su matrimonio, y Julia, una niña preciosa que había venido al mundo trece años después que su hermano, y cuando sus padres creían que ya no tendrían más descendientes.

Los esposos Solar Moreno, como todas las familias de abolengo, poseían su magnífica casa en la ciudad. Este palacio lo habitaba siempre la viuda de don Manuel Orteza, un hermano de doña Mercedes, pobre, al extremo de haber sido necesario que ésta trajese á su lado á ella y á su hija Carmen, niña de cinco años cuando quedó huérfana de padre.

En los meses crudos del invierno la familia de los Solar Moreno venía á la capital, y entonces cambiaba de aspecto aquella morada, que durante el resto del año permanecía siempre cerrada y silenciosa. La viuda de Orteza vivía completamente retirada, y su hija no tenía más amigas que las chicuelas de su edad de las relaciones vecinas.

Don Enrique Solar Moreno, el esposo de doña Mercedes, por el contrario, era amigo de fiestas y diversiones. Casado con una mujer hermosa, que le inspiraba la más completa confianza, se daba cuenta de que aquella alma joven necesitaba es-

pacio donde tender sus alas, sin peligro de que jamás pudiera mancharlas el cieno, desde que siempre se cernía en las alturas.

El teatro, los *five o'clock teas*, los grandes premios en las carreras del Hipódromo, los bailes y todas las fiestas sociales de nuestra *aristocracia republicana*, vieron siempre entre sus concurrentes más asiduos y más distinguidos á los esposos Solar Moreno, logrando doña Mercedes atravesar todos los salones y centros de la vida mundana, llamando la atención por su hermosura y sin que la impureza ni la calumnia la alcanzasen.

Cuando Camilo cumplió catorce años fué menester ocuparse seriamente de su educación; y como sus padres pasaban muchos meses del año en el campo, el niño fué confiado á los cuidados de su tía Laura, la viuda del hermano de doña Mercedes, que ocupaba la casa solariega en la ciudad.

Los primeros tiempos pasaron sin accidente ni incidente alguno que turbase la

paz de aquellos hogares. En la *estancia*, como en la capital, las cosas se deslizaban en esa dulce beatitud de las familias patriarcales, hasta donde no llegan los ruidos y las manifestaciones de la vida mundana que se agita en el exterior.

Las apariciones periódicas de doña Mercedes en las fiestas sólo sirvieron para hacer que no se olvidaran su belleza y sus virtudes y para que ella se mantuviese al corriente de cuanto pasaba en los centros á que ella pertenecía.

Los niños estudiaban. Camilo iba al Instituto Libre, donde se relacionaba con los jóvenes de las familias más distinguidas. Carmen, su prima, la hija de Laura, desde que cumplió los ocho años fué al Colegio de la Santa Unión, al que concurrían las niñas que, más tarde, serían los más bellos adornos de nuestros salones.

Julia, la pequeñita, que sólo contaba algunos meses de edad cuando Camilo se instaló definitivamente al lado de su tía Laura en la ciudad, había quedado con sus

padres en la *estancia*. Más tarde, como su salud fuese delicada, siempre permaneció en el campo, donde una institutriz inglesa formaba su inteligencia y su alma.

Camilo Solar Moreno, desde que tuvo quince años, empezó á llamar la atención de sus maestros. No sólo estudiaba y sabía lo que estudiaba, sino que pensaba, observaba y raciocinaba por cuenta propia.

Su cerebro era el resultado de esta evolución que viene produciendo en la raza argentina un tipo especial, que no se asemeja á ningún otro de los que forman la humanidad.

La mezcla de las sangres del Norte y del Sud, la confusión de intelectualidades y de energías germanas, anglosajonas y slavas con nuestra savia latina é indígena, han creado este hombre y esta mujer argentinos, cuya belleza y cuyos talentos son objeto de los estudios actuales de los pensadores y de los sabios que nos visitan.

Camilo Solar Moreno era un ejemplar

de esa raza. Había conservado de su origen español la hidalguía y la entereza de sus abuelos, vascongados y castellanos; y había adquirido de sus genitores de otros orígenes la constancia, la observación, la fortaleza y el carácter que ha llevado á los pueblos no latinos á tan grandes realidades.

En él se habían reunido todas las condiciones buenas de sus antepasados. Las malas habían ido perdiéndose en su familia, tanto por falta de práctica como por el desgaste que produce sobre las pasiones extraviadas el ejemplo constante de las virtudes sencillas.

Con esos elementos de combate empezó temprano á luchar la batalla de la vida.

Había rendido sus primeros exámenes de medicina aunque sólo tenía veinte años, y se preparaba á ganar algunos términos del programa de estudios, cuando lo imprevisto—ese factor desconocido que suele resolver los más complicados problemas

humanos—vino á cambiar los rumbos de su existencia.

II

Un día Camilo se encontraba en su casa, esperando al amigo con quien preparaba sus lecciones. Carmen había vuelto del colegio y su primo la contemplaba con embeleso.

La niña había cumplido recientemente trece años, pero, en la precocidad frecuente de nuestras mujeres, ya se acentuaban en aquella joven las líneas que anuncian el tránsito de la adolescencia á la pubertad.

Carmen era muy bonita. De estatura pequeña, tenía una cabecita castaña, dominadora, con unos ojos vivos, felinos, casi indefinibles en su color, porque al herir la luz sus pupilas tenían cambiantes azules, verdes, dorados. La nariz, recta como la de una estatua griega, se doblaba graciosamente sobre una boca pequeña,

cuyo labio inferior, un poco grueso, tenía siempre un gesto de desdén, que se reflejaba sobre todo el rostro.

El cuello, ya redondo y robusto, se prestaba á formar en la espalda una de esas nuca que bastan para encantar á un artista.

El busto y el resto del cuerpo no estaban todavía formados, pero sus curvas y pequeñas ondulaciones revelaban que, una vez completo el desarrollo, Carmen Ortez era sería una de esas mujercitas encantadoras que se prestan á ser comparadas con los *biscuits* de las figuritas de Saxe, que nos han conservado los idilios que Watteau inmortalizó en sus paisajes arcáicos.

Aquella tarde Camilo estaba preocupado, al observar en Carmen movimientos y actitudes que pudieran pasar por coquetías estudiadas, si quien los producía fuese una niña de más edad.

Ella hablaba con mucha nervosidad, mostrando mucho los dientes, muy blancos,

al reír con la franqueza ingenua de sus trece años.

Como estaban solos en el vasto *hall* que servía de vestíbulo, pues la señora Laura se hallaba en el interior, ocupada en los quehaceres domésticos, la niña aprovechaba el momento para contar á su primo sus travesuras y las de sus compañeras de colegio, sin peligro de ser reprendida por su buena madre.

—¿Te acuerdas de Inés Lomes?—preguntó, con un punto de malicia en la voz y en la expresión del semblante.

Y como Camilo no contestase, quedándose pensativo—cual si en el libro de su memoria buscase la página en que estaba escrito aquel recuerdo—Carmen, con su impaciencia genial, agregó:

—Inés, la hermana de tu amigo Carlos, el que me perseguía!...

—¡Ah! ¡sí, ya caigo!—dijo Camilo—acentuando en sus breves palabras la contrariedad que le producía aquella alusión.

Carmen no reparó en ello, y, riendo an-

ticamente de la gracia que iba á decir, continuó:

—¡Figúrate el susto que habremos pasado! Como yo no le hice caso á Carlos por *mequetrefe*, empezó á escribir cartitas á Sofía, otra niña del colegio...

—¿Y las Hermanas no impiden esas correspondencias? — preguntó Camilo con melancolía.

—¡Cállate, tonto!... Las Hermanas no saben nada. Las cartas las cambian en la calle, á la ida y á la vuelta del colegio.

—Y las sirvientas que acompañan á ustedes ¿cómo permiten ese teje y maneje?

—¡Cómo se ve que tú solo te ocupas de tus libros y no de las muchachas! Si así no fuera, ya harías tú como los otros *chicos*, que hallan modo de entregar sus cartitas y de recibir las que les dirigen. Casi siempre es la misma sirvienta la que sirve de correo.

—De manera que tú...

—Yo no; pero es porque yo no quiero andar jugando á los novios, como las otras.

Todos los que nos esperan en las esquinas, todos los que escriben versos y epístolas, son muchachitos que todavía van al colegio, que no valen nada...

—Pero que pueden comprometer la reputación de una niña.

—¡Ya lo creo! A Dolorcitas la sacaron del colegio por eso. Uno de esos *mocitos* andaba mostrando una carta suya. Los padres de ambos lo supieron, y á él lo metieron á pupilo en el Colegio del Salvador y á ella en el «Sacré Cœur».

—¡Muy bien hecho!

—Probablemente lo mismo va á pasarle á Inés, y tal vez á tu amigo Carlos.

—Pues ¿qué ha ocurrido?

—Voy á decírtelo. Al salir de clase, todas las tardes, con el pretexto de que son amigas, Inés y Sofía se juntaban, acompañándolas sus hermanos.

—¿Sofía también tiene un hermano?

—Sí, un buen mozo. Ese no es un chico. Tendrá más de veinte años... Es mayor

que tú!... ¡Ya tiene bigote!... Dicen que son muy ricos...

—¡Ah!—dijo Camilo con un marcado acento de despecho.

—Tú comprendes lo que pasa. Inés gusta de Gustavo, el hermano de Sofía, y Carlos le ayuda para tener él oportunidades de ver á la hermana.

—Pero dime, Carmen: ¿qué clase de niña es esa Inés?

—¡Oh! Ella es de las mayores. ¡Ya es una señorita! Casi tiene vestido largo... Figúrate que dicen que este es su último año...

—Será entonces la novia de ese Gustavo que tú nombras...

—¡No, no es su novia!... Por eso ha sido el escándalo de hoy...

Y Carmen lanzó una carcajada muy fresca, y muy franca, como si hubiese evocado un recuerdo gracioso.

—Veamos, cuéntame lo que ha pasado —dijo Camilo sin exaltación, pero con evidente contrariedad.

—El padre de Inés y de Carlos es un hombre ordinario. Ha ganado mucho dinero trabajando, y ha querido que sus hijos se eduquen en los mejores colegios.

—¡Muy noble proceder!

—Yo lo sé porque en la clase hay una niña que dice que, como ella descende de nobles, no puede ser amiga de Inés, que no es más que una almacenera enriquecida.

—¡La mejor nobleza! ¡La que se adquiere con el trabajo propio!

—¡No, Camilo, eso no!... Yo tampoco creo que todas somos iguales. ¿Con qué motivo yo voy á ser amiga de la hija de Dorotea, la sirvienta que mamá tenía, y que hoy es muy paqueta y muy rica porque *la gallega* se sacó unos cuantos millones en la lotería de España?

—Pues por más que no lo quieras, la hija de *la gallega*, como tú llamas á Dorotea, será tu compañera en todas las fiestas sociales á que concurras, cuando tú y ella seais señoritas. El nivel hoy lo mar-

ca la fortuna, aquí como en todas partes. Ni siquiera se averigua de dónde se saca esa fortuna. ¡Basta saber que se la tiene!

—¿De manera que yo, que soy pobre, valgo hoy menos que la hija de Dorotea, que es rica?

—No, no te digo tanto, chiquitina. Tú vales mucho por tu familia, por tus virtudes, por tus relaciones, por tu bondad. Pero ella no valdrá menos que tú, si no hace algo que la haga desmerecer.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Sí, sí, algo... así como lo que ibas á contarme de tu amiga Sofía... Ya ves que te nombro solo á la que dices que es rica.

Y Camilo sonrió maliciosamente, á fin de calmar á su linda prima, que mostraba en su movible rostro sorpresa é indignación á la vez.

—No, no es Sofía la de la historia. Es precisamente Inés, «La advenediza», como la llamamos en el colegio.

—Pero, por fin, ¿qué es lo que ha sucedido?

—Todas las tardes se retiraban juntos los cuatro: Gustavo al lado de Inés y Sofía al lado de Carlos. Hoy, al salir del colegio, hicieron lo mismo que todos los días: pero el padre de Inés, que había secuestrado una carta de Gustavo, los esperó en la confitería que está en la esquina. Al llegar allí las dos parejas salió furioso aquel hombre, y, sin darles tiempo para impedirlo, la emprendió á palos con los cuatro... Gustavo se defendía...

—¡Qué escándalo!... ¡Qué vergüenza!— dijo Camilo, poniéndose pálido como si él hubiese sido uno de los actores.

—Todas las que íbamos por la calle nos asustamos y nos volvimos corriendo al colegio. Cuando las Hermanas supieron lo que pasaba llamaron al capellán, y éste consiguió que la policía hiciese disolver los grupos de gente que se habían formado, mientras que se llevaron á la Comisaría al padre de Inés, á Gustavo

y á Carlos, en tanto que las dos sirvientes y las niñas siguieron para sus casas.

—Pero tú...

—¡Oh! Yo no me mezclé en nada. Venía con Justina, y, desde lejos, vimos el desorden y las niñas que corrían. Entonces nos volvimos al colegio... ¡Ah! ¡Allí fué lo bueno! Cuando las Hermanas supieron de lo que se trataba, porque el capellán se lo refirió á la Superiora, nos llamaron á todas, una por una, para amonestarnos. ¡Hubieras visto, Claudio, qué cara pusieron algunas!... Y luego, como hay malas compañeras, las Hermanas supieron que Fulana y Zutana recibían caritas y las contestaban; que esta y aquella niña permitían que las acompañasen mocitos en la calle; que algunas sirvientes, pagadas por los novios de las chicas, las ayudaban en sus amoríos, y... ya puedes figurarte cómo se pondrían las Hermanas de Caridad, que son tan rígidas en esto!...

—Me lo imagino, Carmen, y es precisamente por ese motivo que te ruego me di-

gas la verdad en todo. ¿Tú no has tomado parte?...

—¿Yo? ¡Me crees tan simple!... ¿No te he dicho que, fuera de Gustavo, todos los mozalbetes que nos esperan á la salida del colegio son unos chicuelos insignificantes? Es verdad que yo no soy todavía una señorita; pero á mí no me gustan los muchachos.

Camilo pudo apenas contener su emoción. Adoraba en silencio á aquella prima; á quien había ido viendo desarrollarse, como el cultor amante de las flores sigue el desarrollo de las yemas que aparecen en la planta. Nunca se lo había dicho, tal vez porque comprendía que ni él ni Carmen estaban en edad de pensar seriamente en el amor que sirve de base á los hogares felices.

A los veinte años un joven puede pensar en el idilio arcáico de los sueños irrealizables con una niña de trece; cuando se cree en el amor de los astros con las violetas; cuando se piensa que

«Será muy bello contemplar de lejos
ese amor de fragancia y transparencia:
las estrellas amando con reflejos
y las flores adorando con esencias!»

pero nada transcendental puede cimentarse sobre amores tan efímeros é infantiles.

III

Permanecía Camilo contemplando todavía en silencio á su linda prima, quien parecía querer penetrar sus pensamientos, cuando llamaron á la puerta de la calle.

Carmen no esperó á que el portero anunciase al que llamaba. La Superiora del colegio les había anunciado que pensaba dirigir una circular á todos los padres de familia, y, creyendo sin duda que quien había llamado era el portador de la misiva, corrió hacia el zaguán de la calle, diciendo:

— ¡Esa es la carta de la Madre Superiora!

La niña se engañaba. Quien entró fué

el mayordomo de la *estancia* de Solar Moreno, cuya presencia no habría sorprendido á los jóvenes, puesto que sus viajes á la ciudad eran frecuentes, pero cuya actitud turbada, cuyo traje negro y cuya marcada tristeza llamaron la atención de Camilo, que avanzó hacia él, preguntándole:

—¿Qué ocurre, Fernando? ¿Por qué ha venido usted? ¿Cómo están mis padres?

El mayordomo guardó silencio; bajó la cabeza, fijando la mirada en el suelo, y, dando vueltas, inconscientemente, al sombrero chambergo que tenía en las manos, demostró, callando, todo lo difícil que le era hablar.

La misma Carmen perdió su alegría habitual ante aquella turbación evidente del viejo mayordomo, nacido en la *estancia* de los Solar Moreno, y que miraba á sus patrones como á su propia familia.

—¿Está enferma mi tía?—preguntó la niña anhelante.

—No, Carmencita; la señora está bue-

na—contestó Fernando, en cuya voz ahogada se mezclaban lágrimas y aflicciones.

Camilo comprendió que algo grave ocurría y que el fiel servidor de sus padres no quería hablar, ya fuese por prudencia, ya fuese porque Carmen estaba delante; y, procurando dominar sus propias emociones, preguntó:

—¿Trae usted alguna carta para mi tía ó para mí?

—No, Camilo, no traigo nada. Me he adelantado porque la señora me mandó para que trajese la noticia y preparase todo.

—¡La noticia! ¿Qué noticia?

Carmen había desaparecido, yendo en busca de su madre, que se hallaba en el fondo de la casa. Cuando Camilo hostigaba con sus preguntas al mayordomo, llegó la señora Laura, afligida á su vez por los temores que su hija le había comunicado.

Entonces Fernando se sintió más dueño de sí mismo y refirió que había tomado

el tren anterior á aquel en que debían venir sus patrones, á fin de que, en la casa de la ciudad, se preparase todo para recibir al señor Solar Moreno, que debía llegar dos horas más tarde, gravemente herido en un accidente de cacería.

El mayordomo contó que, habiendo ido á cazar el señor Solar Moreno con dos amigos, al intentar saltar una zanja para tirar sobre unos patos, apoyó la escopeta del lado opuesto de la valla, y, sin que sus compañeros se dieran cuenta de lo que pasó, ni cómo se produjo el hecho, sonó de repente un tiro, se vió caer al señor Solar Moreno, y, cuando se acercaron á él, pudieron comprobar que tenía una inmensa herida en el lado derecho del vientre.

—¡Esa herida es gravísima!—exclamó Camilo.

El mayordomo no hizo caso de la exclamación y siguió narrando el triste suceso. El herido, que había perdido el conocimiento, fué llevado á las casas de la

estancia, donde le vieron todos los médicos del pueblo vecino, y él, Fernando, había salido del establecimiento sin que su patrón hubiese reaccionado.

Tras de la natural escena de la desesperación, causada por la terrible noticia en todos los que allí estaban, la señora Laura dió las órdenes necesarias para que la casa fuese puesta en condiciones de recibir á sus dueños, que venían á ocuparla por tiempo indeterminado.

A medida que los arreglos se hacían, los comentarios del suceso iban aumentando, y poco á poco, con cariñosa prudencia, el mayordomo Fernando fué revelando la verdad de los hechos, hasta que, cuando la señora Laura ordenó que se avisase al médico de la familia la hora en que ésta debía llegar, á fin de encontrarse en la casa, aquél dijo:

—Me parece que será inútil prevenir nada al doctor. El patrón estaba gravísimo cuando yo salí de la estancia.

Estas palabras fueron para Camilo la

revelación completa de su horrible desgracia.

—Fernando—exclamó—dígame usted la verdad; ¿mi padre ha muerto?

El mayordomo, por toda contestación, se acercó al joven; le estrechó entre sus brazos, y, ahogado por los sollozos, dió salida al intenso dolor que había estado pugando por estallar desde que llegó.

Efectivamente: cuando, después del accidente, los compañeros de cacería se habían acercado al señor Solar Moreno, sólo habían recogido su cadáver. La muerte había sido instantánea, penetrándole las municiones en el hígado, que destrozaron por completo, haciendo una sola herida, inmensa, como sucede siempre que el tiro se dispara apoyada la boca del cañón de la escopeta sobre el cuerpo humano.

La familia de Solar Moreno llegó aquella misma noche, trayendo el cadáver de su jefe, para enterrarlo en la bóveda que posee en el cementerio del Norte.

Desde entonces instaláronse la viuda y

sus hijos en la casa solariega, que en sus tiempos felices sólo ocupaban incidentalmente por algunos meses.

El carácter serio de Camilo se acentuó más desde aquel día. No obstante sus pocos años, él comprendió que asumía desde ese instante grandes responsabilidades.

Su madre, que no contaba más que cuarenta años, conservaba la hermosura de las mujeres que han vivido aspirando el aire puro de las campañas y sin tener dolores ni preocupaciones morales de esas que destruyen el físico y acibaran el alma.

Sin embargo, aun cuando en su desgracia se vió visitada y rodeada por todas sus amigas—que lo eran las principales damas de la sociedad porteña—nadie la volvió á ver en fiestas ni en reuniones, ni aun después de pasados los primeros años de su viudez.

Se consagró por completo á sus hijos, especialmente á la pequeña Julia, que sólo contaba siete años al perder á su padre. En cuanto á Camilo, tanto por acompa-

ñar á su afligida madre cuanto por atender los intereses de la familia y continuar sus estudios, hacía una vida completamente retirada, pasando en el seno del hogar todas las horas de sus noches y aquellas que durante el día no consagraba á la Facultad de Medicina ó á los negocios.

La *estancia* fué liquidada, puesto que no quedaba un hombre que pudiese atenderla con la asiduidad y competencia necesarias, arrendándose el valioso y extenso campo en una suma bastante grande, que representaba la renta de un capital inmenso.

La señora Laura y su hija Carmen siguieron viviendo con la familia de Solar Moreno, intimándose cada día más la confianza con la vida en común y el trato continuo.

Todos se amaban y se estimaban recíprocamente, sin que jamás una nube empañase aquel cielo, cuya serena placidez sólo turbaba algunas veces el recuerdo querido del muerto inolvidable, tan pre-

matura como trágicamente arrancado á la vida y al amor de los suyos.

Camilo, á medida que iba aumentando en años, á la vez que se hacía más hombre, acentuaba más los rasgos predominantes de su carácter. Moral en sus costumbres hasta la exageración, respetaba tanto á la mujer que era el defensor infalible de todas las que llegaban á ser ofendidas por la palabra ó las acciones de sus amigos.

En la Facultad sus condiscípulos le habían inventado una leyenda. Decían que, habiendo asistido como practicante á una joven, muerta después tísica en una sala del hospital, cuando su cuerpo fué llevado á la mesa del anfiteatro para que lo despedazaran los estudiantes de Anatomía, Camilo se había indignado, considerando que era una profanación tocar el cuerpo muerto de la que supo conservar su pureza en todas las luchas de su vida difícil.

Con sus amenazas y sus súplicas había conseguido de sus compañeros que res-

petasen aquel cadáver querido de la virgen de diez y seis años, y con dinero é influencias había logrado que el esqueleto de aquella niña, admirablemente preparado y articulado, estuviese en el estudio que tenía en su propia casa, encerrado dentro de una hermosa caja de cristales, sostenidos en soportes de níquel.

Verdad ó mentira, aquella leyenda acompañaba al nombre de Camilo Solar Moreno; y cuando en sociedad se criticaba la severidad de sus juicios sobre los sucesos mundanos y las costumbres sociales, ó su alejamiento de los centros donde *le monde s'anúie*, nunca faltaba algún informante que exclamase:

—¡ Sigue enamorado de la muerta !

IV

Sin embargo, todos se equivocaban. Camilo seguía enamorado, pero de su prima Carmen Orteza.

Aquella niña que á los trece años, época en que Camilo perdió á su padre, era una promesa de belleza y gracia, cinco años después—al cumplir ella diez y ocho—era una mujer espléndida, con todo el esplendor de una hermosura perfecta, realizada por la elegancia y la distinción más completas.

Pero la niña traviesa y juguetona—alegre mariposa que empezó á salir de la crisálida en la Santa Unión—se transparentaba todavía en todos los actos de la mujer formada.

Camilo había seguido con avidez y con temor aquel desenvolvimiento físico y moral. Le encantaba ver en su prima—más aún, en su amada—una de las criaturas más bellas de nuestra sociedad, pero le mortificaba aquella ligereza con que Carmen tomaba todas las cosas serias de la vida.

El luto de la señora Solar Moreno era uno de aquellos que se llevan en el alma más que en los vestidos. Su alejamiento

de la sociedad había sido completo, absoluto, de manera que Carmen, para figurar en los salones y los teatros, había tenido que ser llevada por personas extrañas ó por parientes lejanos. Su misma madre nunca quiso acompañarla, puesto que, en la modesta posición que siempre había tenido, agradecida á su cuñada, que la conservaba á su lado, se creyó obligada á imitar la conducta de ésta, consagrándose á la tierna Julia, aún demasiado pequeña para pensar en presentarla á la sociedad.

Carmen no ignoraba el amor que por ella sentía su primo Camilo; pero en las muchas veces en que éste había querido hablar seriamente con ella, la niña traviesa había dominado á la mujer serena y había huído corriendo, cuando no se burlaba diciéndole, en medio de una carcajada:

—No, no me hables de amor. Tengo miedo á tu «virgen muerta»!

Camilo, como todos los enamorados, no daba importancia á estas esquivances de Carmen, convencido de que, en la hora

oportuna, la mujer dominaría á la niña y su prima le aceptaría por compañero de su vida.

Tenía derecho á esperarlo, puesto que poseía todas las condiciones para ser un excelente candidato á marido. Era rico, muy rico, joven, bien parecido, elegante, de familia de abolengo, moral en sus costumbres, distinguido en sus hábitos y con una profesión liberal, adquirida á fuerza de estudios, que habían dejado la fama de su nombre en los fastos de la Facultad de Medicina.

Pero, á pesar de todas estas bellas cualidades, Carmen no veía en Camilo el amante de sus ensueños. Tenía, para ella, el defecto supremo: no era mundano! y temía, acaso con razón, que no la permitiese desplegar las alas para cernirse en las regiones que sus ideales la habían hecho entrever.

Además, en sus excursiones por la sociedad, se había encontrado con Gustavo, aquel del incidente que Carmen narró á

Camilo al volver del colegio el día de la muerte de su padre, y él había conseguido, con sólo algunas frases almibaradas, lo que su primo no consiguió con muchos años de constancia, de atenciones y de afectos.

Aquellas dos naturalezas se hermanaban. Frívolos y vanidosos ambos, cada uno comprendía que, unidos los dos, formarían una pareja que inspirarían envidia á los demás. Ella veía en él al millonario capaz de abrir sus arcas para dejarla gastar sin tasa, con tal de que su lujo y su esplendor la colocasen en primera línea entre las mujeres de la alta sociedad. El miraba en Carmen la mujer más bella y más codiciada, el tesoro más apetecido por los hombres que se envanecen de ser el marido de una estatua animada, sin el impulso brutal, pero amante, de Pigmaleón por su Galatea.

¿El amor? No, no existía. Ellos se buscaron y se encontraron para formar una pareja mundana, un adorno social, un ele-

mento necesario en el salón y en la fiesta. Ellos no pensaron en constituir un hogar, ni en formar una familia al calor de afectos íntimos, que se reproducen en la carne y en el espíritu de los hijos.

¡Oh, si hubiesen pensado en ello!... Acaso se habrían huído... La maternidad perjudica á la mujer hermosa; las formas pierden la pureza de sus líneas, y las mujeres como Carmen no son capaces de comprar las inefables dichas de la madre al caro precio de las curvas de su cuerpo.

Y si alguna vez, en las intimidades que cada uno tiene cuando habla con su propia conciencia, Gustavo y Carmen pensaron en el amor, es seguro que no lo hicieron para averiguar si recíprocamente se amaban, sino sólo para decirse, en secreto, como hoy lo piensan muchos desgraciados, que *se aman* sólo los *amantes*, pero no los *esposos*...

V.

El día en que Camilo recibió su título de doctor en medicina fué el primero en que las alegrías de una fiesta vinieron á turbar el reposo en que había permanecido la morada de los Solar Moreno desde la muerte del jefe de la familia.

Camilo había cumplido veinticinco años y se preparaba á hacer un viaje de estudio por Europa. Dadas las condiciones de su carácter, su programa lo tenía trazado de antemano. Contraería matrimonio con Carmen antes de emprender la marcha y se iría con ella al viejo mundo, seguro de que tendría una compañera amante é inteligente.

Como ni él ni la señora Solar Moreno habían frecuentado la sociedad durante todo ese tiempo, ignoraba que Carmen y Gustavo se hubiesen comprometido entre ellos.

Después de la gran comida de familia con que se celebró el doctorado de Camilo, éste aprovechó un momento oportuno para aislarse en un ángulo del salón con Carmen. Sentados una al lado del otro, la niña presintió lo que iba á pasar, pues, á pesar suyo, se puso pálida y asumió una actitud de defensa, como si temiese un ataque.

Camilo estaba visiblemente emocionado. Aquella mujer, á quien idolatraba, era para él un misterio. No sabía qué debía pensar de ella. Unas veces la creía cándida, sencilla, inocente como él había imaginado la mujer que le gustaría tener por esposa. Otras la temía, porque le parecía adivinar en una palabra, en un gesto, en un desvío, la criatura superficial y vana que puede satisfacer un momento, pero no encantar una vida entera.

En esta lucha del sentimiento y de la razón concluía por vencer siempre aquel amor que Camilo había cultivado tantos

años en su corazón, donde no cabía otra imágen más que la de Carmen.

No es, pues, extraño que, al iniciar con su prima una conversación de la que dependía su porvenir, no sólo se apercibiese de la actitud de la niña, sino que estuviese él mismo profundamente conmovido.

—Carmen—empezó diciendo—he esperado este día, en que dejo de ser un estudiante, para empezar mi combate con la existencia, para preguntarte lo que hace mucho tiempo estás preparada á oirme: ¿quieres casarte conmigo?

Aunque lo esperase, la niña no creía que las primeras palabras de su primo fuesen las que ella creía oír pronunciar al fin de su conferencia. Algo más: Carmen, en la volubilidad de su carácter, no creía haber dado motivo para que Camilo se creyese autorizado á pensar que ella le amaba, y acaso no contaba con aquella pregunta decisiva, suponiendo que simplemente iba á oír una formal declaración de amor.

En el primer momento no habló. Calló, mirando con sus ojos extraños á su primo, en tanto que en la boca se producía un rictus nervioso, que daba á su rostro una expresión indefinible.

Camilo tuvo impulsos de levantarse y de huir. Más que todas las palabras del lenguaje humano habían hablado aquellos ojos y aquel gesto. ¡Carmen no necesitaba ya contestar su pregunta!

Sin embargo, no tuvo valor para alejarse. Le parecía imposible que hubiese leído la verdad, toda la verdad, en aquel rostro.

—¿No me contestas, Carmen? ¿Acaso no esperabas que alguna vez te hiciese esta proposición?

Después de un nuevo silencio, sin mirarle, con la frente inclinada, como quien confiesa una falta, Carmen dijo:

—Camilo, te agradezco infinitamente lo que me propones, pero precisamente por lo mucho que debo á mi tía Mercedes y á ti mismo no puedo aceptar...

—Haces mal en hablar de deudas en estos momentos, Carmen. Nosotros hemos cumplido nuestro deber, y nada más. Lo que yo deseo conocer son tus sentimientos...

—Pues bien, Camilo, yo no soy la compañera que te conviene. Yo soy una mujer alegre, juguetona, y tú eres un hombre serio, casi sombrío. Yo soy una muchacha amiga de fiestas y paseos, y tú eres una especie de misántropo que no sales de casa. Yo soy ambiciosa, me gusta brillar, amo el lujo, los lindos trajes, las alhajas, y tú eres sobrio y parco en todos tus gustos, conociéndose tu generosidad sólo por tus limosnas y tus prodigalidades caritativas.

Camilo la dejaba decir. En el primer momento la contempló con sorpresa, pero á medida que ella hablaba, acentuando más y más la voz y casi exaltándose, el joven fué lentamente inclinando la cabeza, nublándose su vista y obscureciéndose su mente, al extremo de que aquellas palabras

llegaban á su oído como un simple ruido, que la inteligencia no se empeñaba en descomponer para entender su significado.

De pronto alzó la frente pálida, fijó en Carmen sus ojos llenos de luz y de talento, y con la calma de un convencido la dijo:

—Tal vez te engañas á ti misma, Carmen. En el hogar se forman ó se reforman los caracteres. Aun cuando tú creas que somos dos seres completamente opuestos en nuestras tendencias, una vez casados yo me amoldaré á tus gustos ó tú te habituarás á los míos. Sólo será cuestión de cariño.

—El que se engaña, Camilo, eres tú. El matrimonio es por la vida. No podemos tomarlo como un campo de ensayo. Yo me conozco lo bastante para saber que nunca cambiaré de modo de pensar, y creo conocerte á ti lo suficiente para saber que si ahora, que eres un muchacho, eres tan austero y tan raro, con los años aumentarás tus exigencias y tus escrúpu-

los. Si hoy fuese débil y consintiese en casarme contigo, ¿qué haríamos mañana, cuando tú y yo nos encontrásemos con que la vida en común era imposible?

Camilo no esperó más. Estaba convencido de que Carmen no le amaba ni le había amado nunca. Entonces se presentaron á su memoria todas las escenas del pasado. Recordó en ese momento la indiferencia, y hasta la burla, con que su prima había recibido sus muestras de afecto y las insinuaciones que algunas veces le había hecho respecto á extravagancias ó ligerezas de su conducta.

Casi agradeció á Carmen la franqueza con que le había hablado, y, como si solo entonces se diese cuenta de la realidad, reconoció que un inmenso abismo moral le separaba de su prima.

Más que resignado, con el acento de un persuadido de la verdad de lo que decía, se levantó, sereno y tranquilo, y tendiendo lealmente la mano á su prima, la dijo sonriente:

—Creo que tienes razón. Nunca llegaríamos á entendernos, y vale más que nos separemos sin enojos y sin enconos.

—Sí, Camilo, es lo más sensato—agregó ella con melancolía, porque acaso sentía verdaderamente causar una pena á aquella noble víctima de su desdén.

—Nadie ha sospechado hasta hoy mis intenciones—dijo Camilo—porque no creía deber manifestárselas á nuestras madres mientras no tuviese tu consentimiento. Me parece que es conveniente que no las digamos nada tampoco ahora. Mi madre, que quizá alguna vez ha pensado en nuestro matrimonio, no te comprendería, y no quiero que deje de estimarte ó te quiera menos de lo que ahora te quiere.

—Iba á pedirte lo mismo, Camilo. Mi tía Mercedes no me perdonaría nunca que me negase á ser tu mujer. Vales tanto, que ella no podrá jamás comprender que haya una mujer que te rechace. Y, sin embargo, Dios sabe que sólo procedo en la convicción de no poder hacerte feliz!

—Te creo, y te agradezco esa franqueza. La ausencia me curará, seguramente. No soy de esos románticos que piensan que un desengaño es incurable. Yo buscaré el remedio en esa misma sobriedad y retraimiento que forman los defectos que tú me encuentras.

—¿Qué resuelves hacer?—preguntó Carmen con interés.

—Realizar el viaje que tenía proyectado, sólo que no llevaré conmigo á mi madre y á mi hermana, desde que no voy casado. Viajaré solo; estudiaré, me entregaré en cuerpo y alma á la ciencia, que me atrae y me domina casi tanto como las pasiones amorosas.

—Y espero que encontrarás en ellas la tranquilidad que hoy necesitas...

VI

Los jóvenes se separaron en aparente intimidad; pero su aislamiento en aquel

ángulo del salón había llamado la atención de más de uno de los concurrentes, de manera que, apenas Camilo se había separado de Carmen, cuando se le acercó una señora, ya entrada en años, de esas que viven de los chismes é intrigas sociales.

—¿Ha estado usted confesando á su linda primita, joven doctor?—preguntó la curiosa.

—No, señora; hablábamos de cosas indiferentes—contestó Camilo.

—¡Ah! Yo creía que se trataba del matrimonio —agregó la impertinente, algo desconcertada por la actitud del dueño de casa.

Camilo sintió que la sangre le subía al rostro, y temió que alguien hubiese oído su conversación con su prima, puesto que estaba seguro de no haber confiado á nadie su secreta intención de casarse con ella. Fué entonces él quien tuvo curiosidad, necesitando que aquella vieja mun-

dana, que todo lo sabía, le explicase sus palabras.

—¿Del matrimonio?—preguntó sorprendido.—No entiendo á usted...

—¡Vaya, vaya! No se haga usted el inocente. Todo el mundo sabe que Carmencita está comprometida con Gustavo Pincen...

—¡Ah!—dijo Camilo, en quien aquellas palabras hicieron el efecto de una puñalada; pero consiguió dominar su emoción, sin que su interlocutor lo notase.

—No se habla de otra cosa en los salones. En el último baile de Guevara estuvieron toda la noche juntos, y comunicaron su compromiso á algunos amigos... Es un buen casamiento. El es inmensamente rico. Su padre le ha dejado algunos millones, y Carmencita será este invierno una de nuestras más festejadas recién casadas. Cuando ví que ustedes hablaban solos, pensé que se ponían de acuerdo para darnos la noticia oficial en esta fiesta.

—No, señora. Está usted equivocada.

Carmen no depende de mí, ni nosotros tenemos nada que opinar respecto de ese casamiento. Ella tiene viva á su madre, y sólo mi tía Laura debe decidirlo.

—Pues, entonces, voy á preguntarle á Laura cuándo es la boda—agregó la curiosa, dirigiéndose hacia el punto donde aquélla estaba sentada.

Camilo permaneció un momento sombrío, aturdido, sin saber lo que le pasaba. De repente vió cruzar á Carmen por un extremo del salón, y se apresuró á alcanzarla. Cuando estuvo muy cerca de ella, la tomó con suavidad del brazo para detenerla, y la preguntó, con calma rebuscada:

—¿Es verdad que te casas con Gustavo Pincen?

La joven hizo un movimiento de espanto, como si delante de ella hubiese aparecido un espectro, y, con más irritación que sorpresa, replicó:

—¿Quién te lo ha dicho?...

—Eso nada hace al caso. Necesito que

tú me digas si la noticia es cierta ó no.

Carmen bajó la cabeza, agobiada bajo el peso de su secreto descubierto ó de su arrepentimiento tardío.

—Sí, es verdad—dijo.—Mamá lo sabe, pero habíamos convenido en ocultarlo hasta el último momento...

Cuando, aquella noche, se retiraban de casa de la señora Solar Moreno las últimas personas, todos sabían que, habiendo llegado el día anterior telegramas de Alemania, que anunciaban el descubrimiento reciente de un nuevo suero antituberculoso, el doctor Camilo Solar Moreno había resuelto embarcarse inmediatamente para Europa, para seguir los experimentos prácticos que iban á hacerse de aquel remedio.

A nadie, ni á su propia madre, sorprendió aquella resolución repentina, pues nadie ignoraba que, desde la historia de «la virgen muerta»—aquella niña que murió tísica en el hospital—Camilo había resuel-

to consagrar su vida y su ciencia al estudio de la tuberculosis.

Sólo Carmen sospechó la verdadera causa de este anticipo en el viaje ya anunciado; pero esa misma sospecha no tuvo más fundamento que la conversación que habían tenido los dos primos, pues Camilo no hizo conocer de nadie sus propósitos.

VII

Pocos meses después de la partida de Camilo para Europa, Carmen efectuaba su boda con Gustavo Pincen.

Como la viuda de Orteza, madre de la novia, era una mujer pobre, su cuñada, doña Mercedes, hizo todos los gastos del matrimonio, y, por indicación expresa de Camilo, colmó de regalos á su sobrina.

El marido elegido por Carmen era uno de esos jóvenes que abundan en la sociedad actual. Inmensamente rico á la muerte de su padre, sin madre y sin familia,

se apresuró á «indemnizarse», como él decía, de las largas privaciones que había sufrido hasta que llegó á su mayor edad.

Tenía veintiséis años al casarse, y hacía cuatro que no vivía sino vida de *sport* y de *clubman*, haciendo consistir el honor y la distinción en pagar sus deudas de juego dentro de las veinticuatro horas; manejar perfectamente un *four-in-hand* con una sola mano; hacer ostentosa gala de tener una querida que gastaba mucho dinero; vestirse por el último figurín; tener, en la Opera y en Colón, temporada en la platea; asistir á todos los bailes y fiestas mundanas; galantear, platónicamente, á algunas señoras casadas, de reputación equívoca; hacer que hablasen de él en los salones y, si era posible, en los diarios con cualquier pretexto, y pasar la vida sin trabajar en nada, ni siquiera en revisar las cuentas que, cuando se le ocurría, le presentaba el administrador de sus bienes, un viejo tío, hermano de su difunta madre, que

explotaba, en provecho propio, la indiferencia del joven millonario.

Su educación era esmerada, si por educación se toma la cultura y el refinamiento en los hábitos sociales. Ignoraba todo de todo, pues hasta el francés, que chapurreaba malamente, lo había aprendido en los *boudoirs* de las «cocottes» y en los camarines de las artistas.

Era uno de esos cansados de la vida, antes de haber comenzado á vivirla seriamente. Su físico, en apariencia sano todavía, daba ya muestras de esas fatigas que producen los placeres, ocasionando desgastes, que concluyen por hacer de un joven un anciano prematuro, cuando la *ataxia* no se presenta como acreedor implacable á cobrar los pasados excesos.

Muchas veces había envidiado á otros «hombres de mundo» que «habían fondeado» en los mares de la vida, casándose con una mujer hermosa. Para él, ser «el marido de Fulana», siendo ésta una mujer á la moda ó que llamase la atención,

era más, mucho más que ser Gustavo Pincen, á secas. Era de esos hombres que aspiran á valer por sus esposas, con el mismo criterio con que se arruinan por una aventurera, si ésta les exhibe en el mundo como hombres pródigos y afortunados en sus conquistas.

Cuando vió por vez primera á Carmen Orteza en el teatro, y oyó el murmullo de admiración que despertaba su belleza, él se sintió llamado hacia aquella joven, más que por el amor que ella pudiera inspirarle ó por el deseo de amarla, por la vanidad de hacerse envidiar, siendo el marido de aquella mujer admirada.

Desde entonces se formó el propósito de casarse con ella, y como Gustavo encuadraba perfectamente dentro del marco que Carmen se había forjado para encerrar en él á su esposo ideal, el matrimonio quedó pronto realizado.

Por parte de Gustavo, no había parientes que le hiciesen observaciones; por parte de la esposa, la madre sólo vió en Gus-

tavo al millonario, que halagaba las vanidades de su hija.

En cuanto á la señora de Solar Moreno, que no frecuentaba el mundo, y hasta quien no llegaban los rumores de sus escándalos, no sabía de aquella pareja más que lo que veía dentro de los muros de su casa, donde Gustavo era siempre asídúo y correcto en sus visitas, y Carmen, siempre reposada y tranquila, cuando su tía estaba presente.

Casados, aquellos novios que habían unido dos vanidades, sin confundir dos afectos, no se empeñaron en prolongar las soledades encantadoras del hogar recién constituído, de manera que, un mes después del matrimonio, se vió aparecer á Carmen Orteza de Pincen en un palco balcón de la Opera, sola con su marido, como si quisiese darse cuenta del efecto que produciría su presentación, sin tener á su lado nadie que compartiese con ella la atracción de los gemelos.

Fué verdaderamente un éxito. Los que

la conocían, la encontraron aún más hermosa; los que la veían por primera vez, admiraron su belleza extraordinaria; todos reconocieron que, una estrella nueva, acababa de aparecer en el firmamento de la *high life* porteña.

Ella se apercibió de su triunfo; y su marido gozó infinitamente, al verse solo, al lado de aquella espléndida criatura, objeto de las miradas de todos y de las envidias de muchos.

En el grupo de los «cazadores furtivos» —de esos que hacen profesión de apeteer siempre la fruta del cercado ajeno— la aparición de Carmen en la escena de sus proezas fué saludada con todos los entusiasmos que engendran las esperanzas.

Y así comenzó la vida conyugal en aquel matrimonio en que, lejos de preocuparse de las dulces intimidades del hogar doméstico, sólo se pensó en la existencia agitada, movediza, vehemente, que se hace fuera de la casa propia.

Sin que se hubiese pactado un *modus*

vivendi entre los esposos, desde los primeros tiempos de aquel enlace, quedó tácitamente convenido que, cada uno de ellos, gozaría de la más completa libertad, sin que el uno molestase á la otra con observaciones inoportunas, ni la mujer se preocupase nunca de que el marido, al regresar del teatro ó de una fiesta mundana, la acompañase hasta la puerta de su alcoba y volviese á marcharse al Círculo de Armas, al Jockey Club ó á casa de la *divette* á la moda.

Carmen aprovechó su libertad para teñirse el cabello, dándole ese color rubio, muy claro, con reflejos rojos, que usan generalmente las *demi-mondaines*, á quienes aquella criatura frívola se empeñaba en imitar, tanto en sus *toilettes* como en sus aposturas.

Al cabo de dos años de matrimonio la reputación de Carmen había sufrido bastante, sin que su marido se preocupase de evitar que aquélla modificase las costumbres que la hacían tanto mal.

Aunque nadie le cerró sus puertas, las mujeres indiscutiblemente honestas evitaban su trato; de manera que, en público, sólo se la veía formando grupo con aquellas á quienes la opinión social señalaba como sospechosas.

Nadie podía precisar una falta en la señora de Pincen; ningún nombre se había pronunciado jamás como el de su amante; todos los galanteadores de oficio estaban conformes en que jamás habían obtenido de ella favores transcendentales;--pero eran muchos los que referían ligerezas é inconveniencias cometidas por Carmen, inconveniencias y ligerezas que se parecían mucho á la inconducta.

Gustavo no tenía ningún amigo bastante leal para que le hiciese indicación alguna; y en cuanto á la madre y á la tía de Carmen, su aislamiento las impedía saber lo que pasaba fuera de los muros de su propia casa, en la que los esposos Pincen eran sólo una visita poco frecuente.

Felizmente para ellos, que no los desea-

ban, no tuvieron hijos, gozando así de la juventud y de la vida, sin los reatos que imponen esas encarnaciones de dos seres que forman la delicia más sublime cuando esos seres se aman recíprocamente.

VIII

Mientras en Buenos Aires pasaban su vida alegremente los esposos Pincen, Camilo se había entregado con toda la vehemencia de una pasión al estudio de la tuberculosis y de los medios de combatirla y evitar su difusión.

Para aquel espíritu superior, la propagación de la tisis, en sus diferentes formas, no envolvía un simple problema profiláctico y patológico, sino una verdadera cuestión social.

El joven médico se había convencido de que, en la actualidad, cuando la ciencia ha descubierto tantos secretos biológi-

cos, la misión de los que se dedican á estudiar las dolencias que afligen á la humanidad, tiene una importancia mayor que la de extender recetas á la cabecera de los enfermos.

La sociedad estaba interesada en que no se trasmitiesen, por herencia mórbida, ciertas enfermedades que han llegado á convertirse en taras para la humanidad.

Entre esas dolencias Camilo incluía á la tuberculosis, empeñado en descubrir la fórmula matemática que precisase las causas de su propagación.

¿Era la herencia? ¿Era el contagio? ¿Eran predisposiciones congénitas del sujeto, que sólo esperaban un estímulo para desarrollarse?

El modesto médico argentino se hizo estimar pronto de los sabios europeos con quienes estuvo en contacto. Roux, Behring y Koch, Makintoch, Bernhein, Mackensy, y muchas otras celebridades en todos los países, le admitieron en sus labora-

torios y le asociaron á sus experimentos y observaciones.

Como ninguna causa apremiante le llamaba á América, él se dedicaba, sin cuidarse del tiempo, á sus estudios predilectos, emancipándose, á medida que más profundizaba en sus conocimientos, de esa preocupación frecuente que supone superiores los talentos del viejo mundo á los de estos países sud-americanos.

Camilo concluyó por librarse de la influencia del maestro y del libro ajeno; observó, meditó y resolvió por sí mismo los problemas científicos que se le presentaban, y, perfectamente convencido de que la tuberculosis es un mal curable, ensayó sistemas eclécticos de curación, aplicándolos según las condiciones peculiares del caso, y sin empeñarse en encontrar un remedio y un método infalibles, aplicables por igual á todos los enfermos y en todos los climas.

Un éxito relativo coronó sus esfuerzos. Recibido de médico en las Facultades de

los diferentes países donde, sucesivamente, se iba estableciendo, logró ganarse una reputación de sabio, que trajo su nombre á la República Argentina, envuelto en la aureola que le prestaban los elogios de la prensa europea y los homenajes de las Academias é instituciones científicas.

Así pasó siete años, sin que llegasen hasta él más noticias de su país que las que le transmitían las cartas de su excelente madre, los diarios argentinos que algunas veces hojeaba en las legaciones y los comentarios que podía oír á sus compatriotas, en las visitas que, como médico, solía hacerles.

En una de esas ocasiones tuvo noticias de Carmen, cuya vida mundana le era completamente desconocida.

Celebrando una de las fiestas patrias, la legación en París había invitado á todos los argentinos residentes allí á una brillante recepción en sus salones.

Camilo, cuya fama se había hecho un motivo de orgullo para sus connacionales,

no pudo dejar de asistir á aquella festividad, mostrando en ella que sus estudios de sabio no habían perjudicado en lo mínimo sus hábitos de hombre de salón, que acusa la más correcta distinción en todos sus actos.

Al acercarse á uno de los grupos formados en el gran comedor oyó el nombre de Carmen, pronunciado con cierto desdén.

Convencido de que nadie conocía allí sus pasadas afecciones, se acercó á los que hablaban, y, por ellos, supo que Gustavo Pincen acababa de morir, arrebatado casi repentinamente á la vida, más que por la violencia de la enfermedad, por la falta de elementos físicos en el sujeto para resistirla.

Como era lógico, alrededor de aquella muerte prematura, se hizo historia escandalosa, sabiendo Camilo sólo entonces la reputación equívoca á que había dado motivo la ligereza de conducta de su prima.

Cuando se hubo enterado de todo, se

separó del grupo, sorprendiéndose él mismo de que no le hubiesen hecho impresión emotiva aquellas noticias.

Efectivamente: estaba perfectamente curado de su amor pasado. Quiso examinar su propia conciencia, y darse cuenta de lo que en ella había producido aquella indiferencia por la mujer que, en otro tiempo, fuera el objeto de su culto.

Entonces pudo comprender que había dejado de amar á Carmen la misma noche en que conoció su proyecto de matrimonio con Gustavo.

Mientras creyó que su prima se había negado á unirse con él, sólo porque sinceramente no se había sentido capaz de hacerle feliz, Camilo había tenido un desencanto, viendo desvanecidas sus ilusiones; pero cuando supo que el verdadero motivo de aquel rechazo era el propósito de Carmen de unirse á Gustavo, entonces tuvo un verdadero desencanto.

Comprendió que aquella mujer estaba muy abajo de su ideal, y sintió desprecio

por la hipócrita que le había ocultado sus proyectos matrimoniales, avergonzada, sin duda, de la preferencia que daba á un hombre insignificante, sólo porque era un mundano millonario, sobre él, que era un hombre serio y honesto, aunque tan rico como aquél.

La noticia de la viudez de Carmen no influyó en lo mínimo sobre Camilo. Continuó su vida de trabajo y de estudio como si nada hubiese cambiado en la situación de su prima, y no pensó un solo momento en regresar á América, absorbido como se hallaba en sus investigaciones y éxitos científicos.

Sin embargo, tres años después de aquella conversación sorprendida en la legación argentina, una carta de la señora Solar Moreno le convenció de que debía volver inmediatamente al lado de su familia.

Su madre, que le escribía constantemente, se mostraba alarmada por la salud de su hija Julia. La joven había cumplido

diez y nueve años, pero el tránsito de la niña á la mujer se había operado en condiciones precarias. Los médicos temían complicaciones pulmonares. Tosía mucho; estaba muy delgada y le habían recomendado el clima de alturas.

La terrible palabra—la tuberculosis—no aparecía escrita en las cartas; pero el médico especialista leyó aquella alarma en el cuadro sintomático que la señora Solar Moreno describía.

No quiso decir nada de sus temores á aquella madre ejemplar; pero comprendió que sus afectos y sus deberes le llamaban al lado de aquella hermana querida, para impedir que el mal terrible se desarrollase, ó para disputarle su víctima, si ya la había atacado.

IX

Camilo había llegado hacía muy pocos días, y su primera impresión, al ver á su

hermana Julia, fué favorable: la niña no estaba tan mal como él había temido.

Para festejar el regreso, y, sobre todo, para satisfacer su legítima vanidad de madre, la señora Solar Moreno había dado la espléndida fiesta que se celebraba la noche en que empieza esta narración.

Como era lógico, se encontraba en la reunión Carmen, viuda desde hacía tres años. Estaba mucho más hermosa que cuando Camilo había marchado á Europa.

El matrimonio y la edad habían completado su obra, y la viuda de Gustavo, con su vestido de *pailleté* negro, de corte Imperio, puesto sobre un viso de *liberty* blanco, permitía que se modelasen las formas esculturales de aquel cuerpo de veintiocho años.

Como nunca había amado á su marido, su duelo no fué muy severo; de manera que, al encontrarse en aquella fiesta, tenía

toda la alegría y la gracia de la mujer que se empeña en agradar.

Para ella Camilo se presentaba como un enigma. Era un punto de interrogación colocado en el camino de su vida, y Carmen pensaba que, en aquella primera entrevista, iba á encontrar la cifra que resolviese el problema.

Más de una vez, casada y viuda, cuando llegaban hasta ella las noticias de los triunfos de su primo, ó cuando leía en algún diario los elogios de sus méritos, había comprendido que su vanidad habría estado más satisfecha siendo la esposa de un hombre célebre, que la mujer de un *clubman* elegante.

Pero luego se presentaba el baile en casa de X...; la *kermesse* en el Prince George Hall; el premio de honor en el Hipódromo; el *garden-party* en la quinta de Z..., los *five o'clock teas* en todas partes, y, entonces, la asustaba la sola idea de que, casada con Camilo, ella no habría podido ir á alcanzar triunfos mundanos en esos

torneos de la elegancia y la belleza, pues el austero sabio era contrario á todas esas exhibiciones.

Ahora, viuda, con algunos años más de vida y de experiencia; convencida de que no era posible conservar su frescura y su belleza, si continuaba levantándose á medio día, fatigada todavía de los excesos de la víspera; ahora que iba á volver á verse con su primo, hombre ya de treinta y dos años, que regresaba acaso modificado por el baño europeo—Carmen se propuso ser la primera en herir el corazón de Camilo, despertando en él el pasado amor, que sólo creía dormido.

La hábil mundana comprendía que, para el médico distinguido, había llegado el momento en que debía pensar en constituirse un hogar y una familia, y se preparaba á impedir que otra mujer, que no fuese ella, pudiera disputarle aquel esposo ideal.

En cuanto á Camilo, que ignoraba las

intenciones de su prima, no se había preocupado de defenderse.

Al encontrarse con ella por primera vez, la había tratado con la afectuosa afabilidad que le era habitual, aumentada, si se quiere, por la fácil confianza que autoriza el parentesco.

Del pasado no conservaba siquiera el recuerdo. El amor que un día sintió por Carmen, era sólo una tumba abandonada, sin flores y sin plegarias renovadas por el cariño.

Sobre aquella lápida no sólo había caído el polvo, levantado por muchos años de ausencia, sino también los desencantos sufridos por Camilo al reconocer que Carmen—el ídolo del adolescente—no poseía una sola de esas difíciles virtudes sencillas que perfuman los hogares dichosos del hombre honrado.

Carmen confundió aquella actitud serena y amable de su primo, con una resurrección de otros días, y desplegó todos

los encantos de su coquetería para seducirle.

En un momento en que estaba solo, porque Julia acababa de abandonar la silla que ocupaba á su lado, Camilo vió, sin temores, que su prima se dirigía á ocuparla.

—¿Supongo que Julia te habrá puesto al corriente de todo?—le preguntó Carmen, sonriendo de una manera maliciosa.

—No sé lo que quieres preguntarme—contestó Camilo;—pero si te refieres al joven Bellat, efectivamente, me ha preguntado si le conozco y qué opinión tengo de él.

—Veo que tu hermana es ingénuo y no tiene secretos para ti.

—Y ¿por qué había de tenerlos? Sabe que la quiero con el doble cariño de hermano y de padre, pues que tengo trece años más que ella.

—Pues conmigo, á pesar de ser su prima, ha sido más reservada. Me ha negado

do todo, por más que yo me haya apercibido de ello.

—No sé que haya nada qué negar ni qué decir—replicó Camilo con seriedad.— Si Julia no te ha permitido que le des bromas con el joven Bellat, es porque nada serio hay entre ellos.

—¿Pero se gustan recíprocamente?

—No puedo afirmarlo. Julia me ha dicho que ese joven la ha distinguido en sociedad, y que se muestra respetuosamente deferente con ella siempre que la encuentra...

—¡Lo que es muy frecuente!—exclamó Carmen riendo.

—Sí, creo que se ven casi diariamente, porque la hermana de ese joven es la amiga más íntima de Julia y siempre están juntas.

—Pero ¿supongo que tú no consentirás en ese matrimonio?

—¡Oh! no te apures. Por ahora no se trata de eso.

—¿Por ahora?... Y qué ¿acaso tú con-

sentirías alguna vez en dejar á Julia entrar en esa familia?

—¿Cómo?... ¿Es, por ventura, indigna? —preguntó Camilo sorprendido.—Me extrañaría mucho que así fuese, porque mi madre, que es muy discreta, no habría permitido la amistad íntima de Julia con María Bellat, si ésta no la mereciese.

Carmen comprendió que había errado el golpe. Su propósito nada tenía de hostil hacia Julia, ni le preocupaba tampoco que ésta se uniese ó no con Jorge Bellat. Lo que había querido era ensayar su influencia sobre Camilo.

Había elegido aquel pretexto, porque se le había presentado á mano, lanzando una sospecha encubierta contra la familia del joven, persuadida de que bastaría una insinuación de su parte para que Camilo se resolviese inmediatamente á averiguar quiénes eran los Bellat.

La contestación de su primo, y, más que todo, su actitud, la demostró que á Camilo nada le importaban las opiniones

que ella tuviese sobre las personas que tenían relación con su familia, y que colocaba el criterio de su madre arriba de todas las sospechas que ella insinuase.

Para no confesar su derrota, y, acaso, para que su primo no la creyese una calumniadora, después de un breve silencio, dijo con mucha dulzura:

—No, no confundas, Camilo, mi intención. Yo no acuso á la familia de Bellat de nada indigno. Sólo me refiero á la diferencia de condiciones sociales entre la nuestra y ella. Tú sabes que los Bellat...

—Sí, sí; ya entiendo lo que quieres decirme. Jorge Bellat y su hermana y su madre, no frecuentan la alta sociedad en que tú brillas; no van á los bailes donde tú triunfas; no tienen palco en la Opera, ni se aburren dando vueltas en Palermo, ostentando automóvil ó carruaje lujoso. ¿No es eso?

—Además, no son ricos. Supongo que tú sabes que viven con el sueldo de Jorge...

—Ganado muy honradamente como in-

geniero; y, según parece, no un ingeniero adocenado, pues me dicen que ha inventado algo útil.

Carmen había perdido la batalla, y aprovechó para hacer una retirada oportuna la llegada de la señora Solar Moreno, que venía á presentar á su hijo precisamente á la señora de Bellat, madre de los dos jóvenes de quienes acababa de hablar con su prima.

X

Efectivamente: la familia Bellat tenía un origen modesto. Su jefe, Antoine Bellat había llegado á América cuarenta años antes, en un grupo de jóvenes que vinieron con los ingenieros franceses encargados de trazar y de construir las líneas de ferro-carriles que una empresa acababa de obtener en concesión del Gobierno de la República Argentina.

De conducta ejemplar, fué poco á poco avanzando en sus empleos, hasta llegar á

ocupar uno de los puestos más importantes en la administración de aquella empresa. Dos años después de estar en el país, se casó, por amor, con una santafecina, perteneciente á una de las más antiguas familias de aquella provincia, que había perdido toda su fortuna en las guerras civiles y la anarquía que dominaron en el litoral argentino durante tantos años.

De aquel matrimonio nacieron dos hijos: Jorge, el mayor, y María, la delicada flor de invernáculo que se había ligado, desde los primeros años de la infancia, con Julia Solar Moreno.

Preocupado del porvenir de sus hijos, Antoine Bellat había conseguido que se le trasladase primero al Rosario, donde Jorge cursó sus estudios preparatorios, y después á Buenos Aires, donde terminó su carrera de ingeniero.

Inmediatamente de recibido, había sido encargado de una sección de la línea férrea, en cuya empresa trabajaba su padre, procediendo con tanto éxito que, poco

á poco, fué ascendiendo, gracias á sus verdaderos méritos y no por favoritismos complacientes.

Debido á la amistad, formada en las bancas del Colegio de la Santa Unión de los Sagrados Corazones, por las niñas Julia y María, las familias de Solar Moreno y de Bellat intimaron relaciones, viéndose con tanta más frecuencia cuanto que sus domicilios eran vecinos:

Antoine Bellat fué sorprendido un día con la noticia de que, en la sección á su cargo de la empresa, se había cometido una defraudación. Intervino la justicia, y las necesidades del procedimiento le llevaron á declarar ante los tribunales. Aunque sus antecedentes le ponían á cubierto de toda sospecha, no faltaron, entre los mismos empleados que aspiraban á sustituirle, quienes esparciesen rumores que afectaban á su nombre. Esos rumores llegaron hasta él, y le produjeron tan honda impresión que, una afección al hígado, de la que venía padeciendo hacía mucho tiem-

po, se agravó tanto, que asumió los caracteres de peligrosa.

Cuando llegó la sentencia condenando al verdadero culpable de la defraudación, y reconociendo la completa inocencia de Bellat, ya era tarde. El mal había producido todos sus estragos, y el honrado padre de Jorge y de María fallecía, dejando á su viuda y á su hija sin más amparo que el de aquel joven ingeniero.

No hay vínculo más fuerte que el dolor. Los que sufren se entienden fácilmente, y la señora Solar Moreno, que recordaba siempre á su excelente esposo, estrechó más sus amistades con la viuda de Bellat, que, como ella, había también amado mucho á su marido.

Las ocupaciones de Jorge le obligaban á ausentarse con frecuencia, y por mucho tiempo, de Buenos Aires, y en esas largas ausencias, María y su madre pasaban casi todos los días con la señora de Solar Moreno y con Julia.

Como María era delicada de salud, fué

necesario sacarla del colegio, y Julia aprovechó también la oportunidad para abandonarlo ella cuando apenas había cumplido catorce años.

La vida fué deslizándose así, siempre igual, casi monótona, pero agradable y dulce, en la placidez de aquellos espíritus castos, sencillos, sin vanidades ni ambiciones mundanas.

Carmen intentó muchas veces asociar á Julia á sus fiestas y paseos, pero como, en su orgullo implacable, siempre excluía de las invitaciones á María, á quien consideraba de una condición inferior á ella, tanto por su pobreza como por su origen; Julia jamás había aceptado presentarse en parte alguna con su prima.

En cambio, en todas partes donde se reunían las gentes piadosas—en la iglesia, en los horfelinatos, en las sociedades de beneficencia, en las misiones evangélicas, donde la caridad oculta la mano que ofrece la limosna—en todos esos lugares donde no peligraba la honestidad ni

se busca el renombre de la mujer—allí se veían siempre juntas á las dos viudas y á sus dos hijas, como si las familias de Solar Moreno y de Bellat hubiesen formado una comunidad íntima para hacer el bien y ejercer la virtud.

En esa existencia de amor y de pureza, de inocencia y de sentimiento en que crecían Julia y María—cuando llegaron á esa edad en que el corazón despierta á las emociones, porque la naturaleza llama á los seres humanos á cumplir su misión—Julia notó que la presencia de Jorge le era agradable, que sentía placer en escucharle, que compartía como de cosa propia sus esperanzas y sus triunfos, y que sentía una tristeza inexplicable cuando él se hallaba en las Provincias y tardaba en volver.

María, por su lado, hacía también observaciones. Notaba que Jorge, que le hablaba poco de Julia, cuando se hallaba en Buenos Aires, se ocupaba casi exclusivamente de ella en las cartas que escri-

bía cuando estaba ausente, exigiendo á su hermana que le transmitiera hasta los más insignificantes detalles que tuviesen relación con la vida de su amiga.

Como Jorge no podía escribir á ésta, María la mostraba las cartas de su hermano, y esas epístolas eran el tema obligado de todas las conversaciones, viniendo así el recuerdo de aquél á obligar á las dos niñas á tenerle siempre presente.

Cuando llegó Camilo de Europa, Jorge y Julia no se habían confesado que se amaban. El estaba seguro de que amaba y era correspondido; pero la completa inocencia de Julia y la exquisita pureza de sus pensamientos la hacían ignorar que fuese amor el sentimiento que le inspiraba el hermano de su amiga íntima.

La noche de la fiesta, como Camilo, á quien había preocupado la enfermedad de Julia, le preguntase las causas de tristeza que había notado en ella, la niña le había contestado con ingenua naturalidad:

—No sé lo que tengo; pero yo misma

he notado que siempre que Jorge está ausente, me pongo triste.

Camilo advirtió lo que pasaba en aquella alma sencilla, pero no quiso despertar al temido amor que todavía dormía en el corazón de la virgen.

—Pero ese no es motivo para que no te mezcles á esta fiesta que mi madre ha dado en mi obsequio—la dijo acariciándole paternalmente la mano.

—Precisamente por eso me he puesto triste. Jorge había escrito á María que vendría hoy, y esta tarde ha recibido un telegrama disculpándose, pues no ha podido venir, con motivo de un descarrilamiento que ha habido en Sunchales. Yo deseaba tanto que tú le conocieses y trataras...

—Chiquita—dijo Camilo sonriendo cariñosamente—me parece que Jorge te preocupa mucho.

—Sí, sí, es verdad. Mira, Camilo, le quiero mucho. Creo que casi le quiero tanto como á ti. ¡Es tan bueno! ¡Quiere

tanto á María!... ¡Si vieras cómo es con su madre!... Yo siempre le digo que me recuerda cómo eras tú con mamá antes de irte á Europa...

Y la niña, alegre, sin tristezas ahora, puesto que hablaba de *él*, se puso á hacer el entusiasta elogio de Jorge Bellat, sin siquiera apercebirse de qué su hermano estaba leyendo en su corazón la página de sus amores, todavía inédita para ella misma.

Esa era la conversación que tenían los dos hermanos cuando Carmen vino á ensayar su influencia sobre el ánimo de Camilo, y, como se comprende, no eran esas las más propicias circunstancias.

XI

Desde que llegó Camilo á Buenos Aires, precedido, como venía, de una gran fama como especialista en la tuberculosis, se vió constantemente solicitado por las

familias más distinguidas, entre cuyos miembros la terrible enfermedad había hecho alguna presa.

Se sabía que el doctor Solar Moreno sostenía convencido que la tisis era curable, con tanta más certeza cuanto más pronto se descubriese la existencia del mal y se le atacase. Se sabía que, sin rechazar la teoría del contagio, afirmaba que aquella dolencia se propagaba más que nada por las predisposiciones hereditarias, no combatidas eficazmente.

Entre las historias clínicas que había publicado en revistas europeas, y que conservaba en sus apuntes, tenía muchos casos interesantes de enfermos, comenzados á asistir en distintos períodos de la enfermedad—excluido el último—y en los que, el tratamiento por él empleado, había sanado completamente á los atacados.

Nada hay más ciego que la esperanza, y, en alas de este dulce consuelo, llegaban al estudio de Camilo tuberculosos ve-

nidos de todas partes, buscando sus cuidados profesionales.

Como el motivo eficiente de su regreso á América había sido la sospecha de que su hermana Julia se hallaba amenazada de aquella enfermedad, fué á ella á quien dedicó especialmente sus primeras atenciones.

Felizmente nada había en aquella niña que pudiese preocupar al célebre clínico. Los síntomas que en ella se habían notado, y que, transmitidos á Camilo en las cartas de su madre, le habían alarmado, obedecían á otras causas muy diferentes.

Julia no se había desarrollado en las condiciones normales, y, á su edad, cuando ya había cumplido diez y nueve años, la naturaleza reclamaba sus derechos.

Camilo se dió cuenta de ello, y, después de averiguar minuciosamente los antecedentes y condiciones del ingeniero Jorge Bellat, lejos de combatir su casamiento con su hermana, lo apoyó decididamente,

procurando que se realizase á la mayor brevedad.

Como Bellat debería ausentarse con frecuencia, se convino en que Julia quedaría en casa de la señora de Solar Moreno, donde se la preparó un departamento arreglado de tal manera que el nuevo matrimonio viviese con completa independencia, no obstante de continuar haciendo la vida en común con la familia de la novia.

Esta alianza unió más, si esto era posible, á Julia y á María, que ahora eran más que amigas, puesto que eran cuñadas. Lo mismo sucedió con las familias de ambos, que, ya muy ligadas por amistad desde años atrás, venían ahora á vincularse por parentesco.

La única persona que desaprobó aquel casamiento fué Carmen. Le parecía que Bellat no era el marido que correspondía á su prima, que, descendiente de una familia ilustre y dueña de una fortuna personal sólida, dejada por su padre, habría

podido aspirar al mejor partido que existiese entre los jóvenes de Buenos Aires.

Más de una vez quiso hacer pesar sus opiniones en las decisiones de los Solar Moreno, y especialmente de Camilo, pero siempre se estrelló con la inflexible lógica del médico, que sostenía que Jorge Bellat, honrado, trabajador, serio, lleno de ambiciones nobles en su profesión, valía más, para marido de Julia, que uno de esos mocitos insignificantes, que sólo saben arruinarse en el juego y los placeres, y luego buscan rehacer sus fortunas, casándose con una heredera rica, á quien abandonan en la soledad de un hogar desierto, cuando no la pervierten arrastrándola á una vida mundana, parecida á la que ellos llevan.

En la intimidad en que, después del casamiento de Julia, vivían con la familia de Bellat, Camilo tuvo ocasión de observar que María, la amiga íntima de su hermana, era la que verdaderamente parecía enferma de los pulmones.

Nada dijo á nadie que revelase sus sospechas, pero, con su ojo clínico experimentado, comenzó á preocuparse de la salud de aquella niña, tal vez más que por ella misma, por los peligros que pudiera tener para Julia la frecuencia del trato con ella.

Si María era una tuberculosa, era menester evitar que ella pudiera contagiar á los seres queridos que la rodeaban; pero, aún para esto mismo, era indispensable proceder con tanta cautela que debía producirse esa especie de aislamiento, sin que aquélla se diera cuenta de que era objeto de tales precauciones.

Camilo, que no tenía una oportunidad justificada para auscultar á María y hacer un examen prolijo del estado de sus pulmones, no podía afirmar científicamente que ella fuese un caso típico de tuberculosis; pero la presencia de ese conjunto de signos externos que suelen bastar para autorizar una opinión á un médico especialista como el doctor Solar Moreno, le

decidió á procurarse los medios de averiguar si existía ó no en aquel organismo débil el terrible *bacillus* de Koch.

Espiando las ocasiones, ponía á su servicio habilidades que no habría empleado si no se tratase de precaver á Julia del contagio. Una tarde destemplada, de mal tiempo, en que amenazaba llover dentro de breves momentos, Camilo invitó á su hermana y á María á ir á ver un nuevo ejemplar raro con que acababa de aumentarse la colección del Jardín Zoológico de Palermo.

La invitación sorprendió á todos, pues el médico era poco amigo de esa clase de paseos, y, no obstante que las señoras hicieron oposición, fundadas en el estado del tiempo, las jóvenes aceptaron, y partieron, en carruaje abierto, acompañadas también por Camilo.

El paseo duró poco; pero, como el médico lo había previsto, invitándolas á volverse, al llegar á casa María tosía más

que de costumbre; tenía escalofríos y malestar, y estaba algo afiebrada.

La señora de Bellat se afligió mucho, y, con ese motivo, explicó al joven médico las dolencias que María había padecido, hasta llegar el momento en que Camilo la aconsejó que se retirase, que hiciese poner en cama á la niña, para quien recetó una poción calmante, y pidió que le esperasen esa misma noche, que él iría á verla y examinarla.

El médico había conseguido lo que buscaba. En aquella tarde fría, al ir las niñas á aquel paseo al aire libre, se había apercebido de que María vestía ropas de verano, muy ligeras, propias de la estación, y había supuesto, con razón, que en el estado delicado de salud que él atribuía á María, aquella tos y aquella fiebre podían ser una revelación para él

Aprovechó esa oportunidad para ofrecer sus servicios, y, de esa manera, podría comprobar si sus sospechas eran ó no fundadas.

Después de la comida, acompañado de Jorge y de Julia, se trasladó á casa de la señora de Bellat. La fiebre había aumentado algo, y María se quejaba de dolores al pecho y á la espalda.

Del examen que Camilo hizo, pudo comprobar que el vértice del pulmón izquierdo estaba seriamente afectado, habiéndose producido en él infiltraciones. En el derecho había una ligera congestión; pero, felizmente, no pudo encontrar cavernas ni tubérculos que revelasen que el mal se hallaba ya en un período avanzado.

Para no alarmar á la familia, diagnosticó una bronquitis, de fácil curación; pero preparando desde luego el tratamiento que se proponía seguir, dijo á la señora de Bellat que María estaba sumamente débil, que su constitución era delicada y la predisponía á enfermedades serias, por lo que pensaba que, una vez pasada la bronquitis, la niña debía ser sometida á un régimen tónico y curativo á la vez.

Para tener mayor certitud en cuanto

á su juicio, hizo personalmente análisis microscópicos, y cuando se convenció de que, invariablemente, aparecían cuatro, cinco y hasta diez *bacillus* de Koch en cada campo del microscopio, se resolvió á tomar por confidentes y auxiliares á su propia madre y á Jorge, á quienes consideró en aptitud de ayudarle, sin sembrar alarmas.

Les manifestó, sin reservas, que la tuberculosis existía ya, sin ningún género de duda, pero que estaba convencido de que el mal podía ser detenido y vencido, si María era sometida inmediatamente á un régimen profiláctico.

Lo primero que debía hacerse era impedir que ella sospechase la enfermedad que tenía; cosa tanto más fácil, cuanto que ella misma había manifestado su deseo de tonificarse, pues se encontraba sumamente débil.

Ni la señora de Bellat ni Julia fueron puestas en el secreto, en la seguridad de que ellas secundarían los propósitos del

médico, sin averiguar las causas de sus disposiciones.

XII

Mientras Camilo se interesaba en curar á María, Carmen se afanaba por conquistar á Camilo.

Aquella mujer extraña, que no había tenido jamás un pensamiento que no fuese para el lujo y las vanidades, no comprendía la indiferencia de su primo enfrente de su belleza y de sus atractivos físicos.

Recordaba todo lo que aquél la había amado, y le parecía imposible que sus sentimientos hubiesen cambiado tanto en pocos años.

—Se finge indiferente, porque teme que vuelva á rechazarle — se decía cada vez que, después de una conversación con el médico, reconocía que éste no había hecho insinuación alguna que le recordase el pasado.

Como Camilo no iba á las fiestas sociales, Carmen comenzó á frecuentarlas menos, creyendo así halagarle. Pero, esta ausencia, que violentaba su carácter y sus gustos, la produjo otros inconvenientes.

Viuda de veintiocho años, muy rica, y en todo el esplendor de su belleza, cuando volvió á aparecer en los salones después de los años del luto que llevó por su marido, fueron muchos los que se apresuraron á rendirla homenajes.

Ella parecía resuelta á no volver á casarse.

—La viudez es el estado natural de la mujer—solía decir riendo.—No tiene la tiranía de los padres, que contiene á la niña; no tiene el despotismo del marido, que esclaviza á la esposa. La viuda es una niña con la experiencia de la mujer casada y la libertad del hombre soltero. ¿Para qué voy á volverme á casar?

Y así consentía que todos los buscadores de aventuras ó de fortunas la cortejasen, sin que ninguno pudiera jactarse de ha-

ber obtenido una sola preferencia sobre los demás.

Sin embargo, por derecho ó por vanidad, Ricardo Catriel era el más asíduo *caballero servente* de la interesante viudita, sin que ella hiciese nada para alejarle de su lado en aquellas asiduidades.

Como el regreso de Camilo á América fué inesperado, sorprendió á Carmen tanto como á los demás; pero, por más que en la viuda esa llegada influyese, dando un curso más serio á sus pensamientos, no sucedió lo mismo con Ricardo Catriel, que no tenía motivos para suponer que aquélla pudiese cambiar de opiniones á su respecto.

Catriel era lo que las mujeres llaman «un buen mozo». Pertenecía á esa clase social que, al llegar á la pubertad, encuentra abiertas todas las puertas, y para quienes todas las mujeres son sus iguales.

Descendiente de familias distinguidas, había heredado de su padre una fortuna,

asi dilapidada por completo en la vida alegre que había llevado siempre. Había tenido algunos éxitos amorosos, de esos que, entre las gentes de mundo, se llaman buenas fortunas». Uno ó dos duelos, en los que hirió ó salió herido, habían completado su reputación de mundano; de manera que, cuando cumplió los treinta años, y, al mirarse al espejo, vió una cana en el sedoso bigote, una ligera arruga junto á los ojos y un poco marchita la tez, comprendió que había llegado el momento de aprovechar aquellos restos de juventud, de la hermosura varonil y de elegancia, que todavía le hacían mantener su prestigio entre las damas.

Carmen Orteza de Pincen realizaba para Ricardo Catriel la aspiración suprema de su vida. No sólo era una mujer *comme il faut*, sino que reunía en sí todos los atractivos necesarios para que nadie pudiese jamás sospechar que su matrimonio con ella fuese la arribada de un náutico á un puerto de refugio.

Desde que Carmen volvió á la sociedad, Ricardo la puso sitio. Aunque ella no tomaba á lo serio sus declaraciones, la halagaba el verse cortejada por un hombre á la moda, de quien se ocupaban con interés las otras mujeres.

No amaba á Ricardo, pero tenía empeño en que él se enamorase de ella, por ese placer oculto que sienten la mayor parte de las mujeres de solazarse en la pasión que inspiran, sobre todo, si con ello creen que consiguen hacer rabiar á otras mujeres.

Ricardo tomaba las coqueterías de Carmen para con él como demostraciones inequívocas de afecto, y llegó á persuadirse de que, el día en que él la propusiese seriamente un matrimonio, ella lo aceptaría hasta con regocijo.

Y tal vez Ricardo no se equivocaba del todo. Por más decidida que Carmen se mostrase, en público, á no volverse á casar, más de una vez, cuando la administración de su fortuna le producía disgus-

tos, ó cuando Laura estaba enferma, Carmen, á sus solas, solía convencerse de que la viudez no era un estado tan perfecto ni tan completo como ella lo decía. En esos momentos, al pasar en revista todos sus galanteadores, es indudable que Ricardo Catriel era el que menos la disgustaba, ya que no podía decir que ninguno la interesaba lo bastante para desear casarse con él.

Acaso estaba resuelta á *aceptar* aquel marido, como quien acepta una cosa necesaria; pero, de seguro, nunca había encontrado en aquel hombre los atractivos y las seducciones que dominan á una mujer.

Camilo, con su llegada, alteró la situación de las cosas. Desde que Carmen le vió, el mismo día de su llegada, con la libertad y la franqueza que le permitía su parentesco tan inmediato, se dió cuenta de que su primo era, precisamente, un hombre mucho más interesante que Ricardo. Moralmente no le conocía bien, pues

ignoraba los cambios que los años y los viajes pudiesen haber producido en él; pero los recuerdos del pasado no la intimidaban, porque estaba persuadida de que Camilo no habría podido pasar por la tumultuosa París, sin quemar sus alas en el fuego de los placeres mundanos de aquella Babilonia moderna.

Los primeros desvíos de su primo, lejos de acobardarla, estimularon sus deseos de conquistarle, produciéndose en ella una doble sensación hasta entonces desconocida: el despecho de haber encontrado un hombre insensible á sus atractivos, y el deseo de hacerse amar por aquel espíritu tan superior á todo cuanto la había rodeado hasta entonces.

Ricardo se apercibió de que algo extraño pasaba en el espíritu de Carmen; pero como no tuvo oportunidad alguna de encontrarse con ella delante de Camilo, jamás sospechó que éste pudiese ser la causa de los descuidos y desdenes de que Carmen comenzaba á hacerle víctima.

En el estado de ánimo en que Ricardo se encontraba, le era imposible volverse atrás. Al acercarse á Carmen había quedado sus naves, resuelto á no emprender de nuevo su vida de aventuras y de dilapidaciones.

Ante las actitudes de la viudita, se formó el plan de descubrir los motivos que las producían, decidido á impedir que nadie le arrebatase aquel tesoro, con el que había contado para el resto del viaje de su vida.

Empeñado en definir posiciones, aclarando su situación, una noche, que no era de aquellas en que Carmen recibía, se presentó en casa de ésta.

Casualmente se encontraba allí Camilo, llamado para asistir á su tía Laura, que, desde hacía algún tiempo, venía padeciendo de una afección cardíaca, no perfectamente definida.

Carmen se felicitó de la visita inesperada de Ricardo, y mandó que le hiciesen pasar adelante. La viuda, juzgando á Ca-

milo por los demás hombres, creyó que la presencia de aquel «buen mozo» cerca de ella, encendería los celos en el alma de su primo, y le obligaría, á pesar de sus reservas, á hacer alguna manifestación que revelase el estado de su alma.

Para recibir al recién llegado, Carmen dejó al médico al lado de la enferma, excusándose de tener que irse al salón.

—Discúlpame, Camilo. Tengo que recibir al señor Ricardo Catriel—le dijo mostrándole la elegante tarjeta grabada, que acababa de presentarle en una bandeja la sirvienta francesa.

—Pero hoy no es tu día de recibo—observó la señora Laura.

—No, no lo es; pero tú sabes que Catriel viene siempre entre semana—replicó Carmen, dando á su voz cierta entonación especial, como si quisiese hacer sospechar á Camilo que aquel hombre la preocupaba.

—Por mí no te detengas—la contestó el médico; y volviéndose á su tía Laura, agregó:

—Esto no será nada. Con la inyección de morfina que acabo de hacerla, reaccionará usted inmediatamente. Si en la noche volviese usted á sentirse fatigada, será bueno que tome unas diez gotas del «strofantus» que la he recetado.

Carmen no se había movido del lugar que ocupaba. Quedó completamente sorprendida de la indiferencia con que Camilo había recibido la noticia de la visita de Ricardo Catriel—cuya reputación mundana conocía por ella misma—y la asombraba la calma con que el *médico* daba sus instrucciones á la enferma, sin que el *hombre* se hubiese preocupado en lo mínimo de la presencia de aquel á quien ella, Carmen, quería hacer desempeñar el papel de un rival.

Camilo permaneció todavía algunos momentos hablando con su tía; Carmen, despechada, fué á recibir la visita de Ricardo, y, cuando, desde el salón, vió que el médico se retiraba, sin entrar á despedirse de ella, abandonando toda considera-

ción, corrió á la puerta del zaguán, dejando sorprendido á Ricardo, y, abriéndola, le llamó:

—¿Cómo? ¿Te vas sin despedirte de mí?—preguntó, colocándose delante de la puerta abierta, como para demostrarle que no le invitaba á entrar.

—He dado ya á tu madre todas las instrucciones necesarias—la contestó él—con la indiferencia del médico que no se interesa por la mujer con quien habla.—Es menester —agregó— que te preocupes de mi tía. Tiene una enfermedad seria, que puede prolongarse mucho, pero que necesita cuidados.

—Entonces, ¿es cierto que padece una afección cardíaca?

—Sí, es una miocarditis. Hazla tomar los remedios, y evítala disgustos y fatigas. Su estado no es grave, pero puede llegar á serlo.

Se despidió de ella, tomándola la mano sin afectación, y, aún cuando vió á Ricardo, que había abandonado su asiento

para darse cuenta de quién era la persona con quien Carmen hablaba, no dijo una sola palabra á su respecto.

XIII

Ricardo también había visto á Camilo, y, no obstante que nada autorizase sus sospechas, con esa clarovidencia que producen los celos ó el interés, desde que le vió, sospechó que «aquel era el enemigo».

Apenas Carmen hubo vuelto al salón, y sin siquiera apercibirse de la expresión airada que la actitud de Camilo había impreso en su rostro, Ricardo la preguntó:

—¿Quién es ese caballero que acaba de salir?

—Mi primo hermano Camilo Solar Moreno—contestó la viuda con sequedad.

—No le conozco. ¿Es acaso algún...?

—¡Cómo!—interrumpió Carmen indignada.—¿No sabe usted quién es el doctor Solar Moreno, el médico célebre que aca-

ba de llegar de Europa, precedido de una reputación de sabio, y de quien se han ocupado, con elogio, todos los diarios?

—Confieso mi ignorancia, señora. No sé quién es su primo; pero esto no es extraño, pues yo no leo los diarios, y en el Jockey Club poco hablamos de sabios.

—En cambio, es seguro que usted sabrá cuál es el caballo que ganó el último premio del *Derby*, y el precio pagado por Correa por *Diamond Jubilee!*—exclamó Carmen con marcado desprecio.

—Poco halagüeñas son para su sabio primo las comparaciones. Equipara usted las noticias que á él se refieren con las que atañen á los caballos de carreras...

Una conversación iniciada sobre tales bases no podía concluir sino por un enfriamiento entre aquellas dos personas.

—Parece que interesa á usted mucho su primo—dijo Ricardo con cierto despecho en el tono con que recalcaba aquella frase.

—Me interese ó no, poco puede impor-

tarle á usted—replicó la viuda con la misma actitud.

—Se ha ofendido usted porque ese *hombre célebre*—y recalcó mucho esas palabras—me es un desconocido, reprochándome que conozca las noticias referentes á los *sports* y no las que elogian á ese sabio... Permítame usted que, á mi vez, la haga notar que, generalmente, las señoras tampoco se preocupan de esas noticias sino cuando...

—Cuando tienen interés, va usted á decir, ¿verdad? Y bien; ¿qué le extraña á usted? Camilo es mi primo y es el médico de mi madre. ¿No le parece á usted que me sobran motivos para interesarme por él?...

—¿Y no habrá algún otro?...

—¿Piensa usted que Camilo me galantea?... Está usted equivocado. Cuando éramos muchachos, antes de que él se marchase á Europa, quiso casarse conmigo, y yo no consentí en ello. Ya ve usted que no se lo oculto. ¿Le parece á usted

que ahora, cuando él es ya un hombre serio y yo una viuda vamos á renovar aquel idilio?

—Y ¿por qué no? Sería lo más natural. Nada hay que seduzca tanto á las mujeres como la celebridad de los hombres. Cuando, hace muchos años, su primo quiso casarse con usted, era un médico recién recibido, sin personalidad alguna; una mediocridad, en fin. Usted entonces aspiraba á mucho más. Hoy, según usted me afirma, el doctor Solar Moreno es una notabilidad, de reputación europea, con un nombre envidiable, capaz de seducir á la mujer más exigente...

—¿Se burla usted acaso de Camilo? ¿Cree usted que pueden alcanzarle sus ironías?—preguntó Carmen con desdén.

—¡Oh, oh! ¿está tan alto?—replicó Ricardo cada vez más impertinente.

—¡A donde usted no llegará jamás!—agregó la viuda, dando á su frase el chasquido de un latigazo.

Ricardo sintió todo el terreno que había

perdido, mucho más cuando vió que Carmen se había puesto de pie, y le señalaba la puerta con el brazo derecho extendido hacia ella.

El inclinó la cabeza, y mientras tomaba su sombrero y su bastón, dijo, con sonrisa irónica:

—No creí que las cosas estuviesen tan adelantadas. Ama usted mucho á su primo.

Carmen perdió toda continencia, y, con expresión de ira mal reprimida, mirando fijamente á Ricardo, le preguntó:

—¿Y si así fuera?

—Si así fuera—dijo Ricardo amenazador—si así fuera, yo sabría impedir ese matrimonio.

—¿Con qué derecho?—rugió Carmen, roja de furor.

—Con el derecho que usted me ha dado, alentando mis esperanzas!—replicó Catriel, mirando fijamente á la viuda, que soportó aquella mirada con la fijeza con que las águilas desafían la luz del sol.

Los dos estaban de pie, magníficos am-

bos, en todo el esplendor de sus bellezas respectivas. Ella era la leona herida, fiera, rugiente, brava, preparada á defender al objeto de su amor. El era el atleta, el gladiador del circo romano, que sabe que está jugando, con la vida, la reputación, la gloria, el porvenir.

Permanecieron un momento mudos, contemplándose en silencio, casi con odio. La misma intensidad del sentimiento relajó pronto los músculos, y, casi simultáneamente, sintieron que la calma volvía á sus espíritus.

—Señora, usted me ha llevado más lejos de donde yo quería ir—dijo por fin Ricardo, procurando dar á su voz una dulzura que todavía se negaban á modular sus emociones.

—Perdóneme usted—continuó diciendo.—Reconozco que he sido violento, que la he ofendido, pero... ¡la quiero á usted tanto!

—Ricardo—contestó ella con tranquilidad, después de un momento de silencio

y reflexión—no sé cuáles sean los derechos que usted cree tener, ni cuáles sean los actos con que yo he alentado sus esperanzas...

—Usted...

—No, no quiero que me los recuerde, porque sé que ninguno de ellos podría comprometerme. Acaso he hecho mal en coquetear con usted más que con los demás; tal vez he tenido con usted deferencias que no he acordado á otros... Una flor dada en circunstancias especiales; aceptarle por compañero de baile con más frecuencia que á los demás que me han hecho la corte; invitarle á comer casi *tête à tête*, sin más testigos que mi madre... Sin embargo, esto no basta para que usted se crea con derechos sobre mi porvenir y mi vida...

—¿Y mi amor por usted, Carmen?—preguntó con ternura el joven.

—Ese amor, en que nunca he creído, hoy no podría aceptarlo, y usted debe conocerme bastante para saber que no se me impone.

Ricardo sintió que la viuda de Pincen

le decía la verdad. En una hora acababa de perder todo lo que había ganado en muchos meses de constancia y de asiduidades cerca de aquella mujer á quien, si no amaba, por lo menos le convenía.

Comprendió que cuanto, en aquel momento, intentara, no haría sino empeorar su situación, y, rompiendo rápidamente aquella situación violentísima para ambos, se inclinó delante de Carmen, diciéndola con ceremoniosa galantería:

—Los hombres como yo, señora, no imponen su amor. Si no son capaces de hacerse amar, son unos tontos en pretender que se les acepte por convicción. Está usted hoy mareada con la celebridad de su primo y me ha relegado usted á un segundo plano del cuadro de su vida. Esperaré que el desencanto se produzca, y que entonces vuelva usted á mí, que soy la realidad...

—Será difícil. La comparación del uno con el otro, le hará siempre perder á usted.

—Lo veremos. ¡El tiempo lo dirá!

Y Ricardo se inclinó de nuevo; caminó de espaldas hasta la puerta; hizo una nueva reverencia; y salió del salón sin dar la mano á la viuda.

AIX

Cuando Ricardo Catriel salió de la casa de la viuda de Pincen, ésta no pudo contener sus lágrimas, y arrojándose, más que sentándose, en un sofá, se puso á llorar á sollozos.

Ella misma no sabía por qué lloraba. Ya creía que era la ira reconcentrada, que estallaba traducida en llanto; ya pensaba que era la vergüenza que la causaba el recuerdo de la escena reciente; ya se imaginaba que era Camilo quien la producía aquella desesperación.

Procurando darse cuenta de sus propias sensaciones, estudiaba su vida, desde el día en que su primo había regresado de

Europa, y, sorprendida, reconocía que se habían producido muchos cambios en sus hábitos y en sus mismos gustos.

Las fiestas mundanas no la atraían ahora tanto como antes; y, más de una vez, tomando el pretexto de la enfermedad de Laura, se quedaba en su casa, sin ir á la Opera, para esperar la visita del médico, *sólo del médico!*, según ella, convencida, se lo decía á sí misma. Sus *toilettes* eran de colores oscuros, por lo general, y, aun cuando ella se había explicado aquel cambio, persuadida de que eran esos los trajes que correspondían á su estado de viuda, en esos momentos se preguntaba si no habrían influido también las manifestaciones que Camilo había hecho siempre, en contra del exhibicionismo á que exponen á las mujeres los vestidos de colores vivos y chillones.

No obstante de que el color rubio teñido de sus cabellos había sido uno de sus mayores encantos y deseos, desde que le había oído á su primo criticar esas mixti-

ficaciones con que las mujeres se engalanan para engañar á los hombres, se había empeñado; sin conseguirlo, en que su peluquero devolviese á su pelo el color castaño primitivo. Es verdad que ella atribuía esto al fastidio que la causaba tener que someterse, periódicamente, á la engorrosa operación de la tintura; pero, ahora, al examinar todas esas pequeñas nonadas, que formaron en otro tiempo sus gustos, se preguntaba si ¿no sería la obra de Camilo las modificaciones que ella misma comprobaba?

Poco á poco, fué convenciéndose de que no era un simple capricho de mujer engreída lo que la había decidido á conquistar el amor de aquel hombre superior, que un día quiso ser su esposo, y á quien ella rechazó, reconociendo que hoy estaba enamorada seriamente de su primo Camilo.

Este descubrimiento la aterró. Empezó á hojear en el libro de su memoria la conducta de éste para con ella, y no encontró en él un solo acto, una sola palabra, que

la autorizase á creer que quedaban siquiera cenizas de aquél violento fuego, que su crueldad había extinguido hacía ya muchos años.

Recordaba, sí, algunas circunstancias en que Camilo la había hablado con verdadera ternura; pero, cuando pensaba en el motivo que había arrancado aquellas frases, se convencía de que no era el amor el que las había inspirado.

Una noche, por ejemplo, en que ella estaba vestida para ir al teatro, entró Camilo á ver á Laura, que no se había sentido bien durante el día. Después que el médico hubo cumplido su deber, se sentó en un sillón del comedor, á donde habían pasado, dejando tranquila á la enferma en su cuarto, y Camilo, mirándola con intensa ternura, la había preguntado:

—¿Tienes mucho interés en ir á la Opera esta noche?

—¿Interés? No; ninguno. ¿Por qué me lo preguntas?—contestó ella sorprendida.

—Y si yo te pidiese que no fueses ¿lo harías sin contrariarte?—insistió él.

En el primer momento Carmen no había contestado; pero luego, sacándose los guantes, alegre, había dicho:

—Si tú te quedas á acompañarme, no iré al teatro.

Pero él no podía quedarse. María Bellat había tenido una pequeña novedad que le obligaba á ir á verla. Si la había pedido que no saliese, era porque Laura no estaba en estado de quedar al cuidado de manos mercenarias, mientras su hija iba á lucir su belleza y su lujo en un palco de la Opera. Había hecho la pregunta para hacer venir á su madre ó á su hermana á acompañar á la enferma, si á ella le era indispensable ausentarse.

Carmen se había quedado en casa sin sacrificio. El se lo había pedido, y aún cuando aquella insinuación envolviese un reproche, ella lo había aceptado porque venía de él.

Otro día, en que él se encontraba en

su estudio extendiendo un certificado, que un hombre humilde esperaba, Carmen había tomado un cigarrillo de la tabaquera de Camilo, que estaba sobre el escritorio, y, para hacer una gracia á Julia y María, que ocupaban el sofá y los sillones de un extremo de la pieza, lo había encendido, riendo como una criatura cuando el humo la obligaba á toser.

Una vez que el obrero se fué, y quedaron en familia, Camilo se acercó á Carmen, la tomó la mano en que tenía el cigarrillo, y la dijo con mucho cariño:

—Una mujer seria—y tú debes serlo por tu estado y por tus años—no tiene derecho de hacer estas cosas. Nunca fumes, y, sobre todo, nunca seas informal delante de personas extrañas.

—¿Lo dices por ese hombre que acaba de salir?—preguntó ella riendo.

—Sí, lo digo por él.

—Yo pienso como Cleopatra — replicó ella, tirando, sin embargo, el cigarrillo.— ¡Un obrero no es un hombre!

—Infeliz de la humanidad si todos pensaran como tú. ¿Qué sería de ustedes, las coquetas, las que visten sedas y usan brillantes y perlas, sin esos infelices obreros que tejen las telas, que pulen las piedras y que pescan las conchas en el fondo de los mares?... Un obrero, no sólo es un hombre, sino que es más que muchos otros hombres; es un brazo, un elemento de engrandecimiento y de bienestar para los mismos holgazanes que pululan en los salones, gastando las rentas que sólo el trabajo de aquellos obreros les produce.

—Te estás haciendo socialista, Camilo.

—No; siempre he sido justo y humano. He ahí todo.

Como estos incidentes pasajeros, Carmen recordaba muchos otros, en los que su primo la había tratado con marcado interés, procurando que reformase algunas de sus malas costumbres y que se acercase más á lo que él era. Sin embargo, en ninguna de esas oportunidades, había notado síntomas precisos de que Camilo pen-

sase en ella, como había pensado en los días de su primera juventud.

Después de este examen de conciencia, Carmen se formó la resolución de procurar una ocasión en la que Camilo se viese obligado á manifestarse. Para esto creía que le era indispensable tener un pretexto, y ninguno le parecía mejor que el de hacer comprender á su primo que había otro hombre que la solicitaba en matrimonio.

En ese momento lamentó la escena que había producido con Ricardo; pero conocía á éste lo suficiente para comprender que bastaría una invitación á comer, para que aquél volviese más sumiso que nunca.

Mientras Carmen hacía este balance de sentimientos, Ricardo había ido al Jockey Club, y, entre dos partidas de *pocker*, mostrando una alegría nerviosa, que llamó la atención de sus amigos, había dicho:

—¿Saben ustedes la noticia del día?... Carmencita, la viudita de Pincen, se casa.

—¿Contigo?—preguntó uno de los compañeros de juego.—Eso ya se esperaba.

—No; no es conmigo.

—¿Te ha dejado plantado por otro?

—Sí. Se casa con su primo, ese médico Solar Moreno que ha llegado de Europa.

—¿Cómo?... ¿Con ese especialista en la tuberculosis, de quien tanto se habla?

—¡Vaya, vaya! ¡Parece que tú también crees en la celebridad de ese farsante!—agregó Ricardo malhumorado.

Aquella noche, *la noticia del día* circuló en todos los clubs sociales. Los hombres la repitieron á la mañana siguiente en sus hogares, y dos días después en todos los salones y en todas las familias se comentaba el próximo casamiento del doctor Camilo del Solar Moreno con su linda prima Carmen Orteza, viuda de Gustavo Pincen.

XV

María Bellat seguía relativamente bien. Camilo había tomado aquel *caso clínico*

con un doble interés. Era la hermana del marido y la amiga íntima de su hermana; era, puede decirse, una persona de la familia. Además, la curación radical de María demostraría la verdad de sus teorías, respecto á la curación de la tísis.

Aunque la enferma, Laura y Julia ignorasen cuál era el mal que aquejaba á la niña, la asiduidad en la asistencia las hizo sospechar que se trataba de una enfermedad seria.

Camilo afirmaba que sólo se trataba de una bronquitis crónica, que se mostraba rebelde al tratamiento, pero aseguraba que se curaría en poco tiempo más.

Como la niña no salía casi nunca de noche, Camilo, que la había cobrado gran cariño, iba, con su madre y su hermana, á pasar con ella algunas horas de la velada, porque María había mostrado mucho placer en oírle narrar episodios de sus viajes en el extranjero.

Camilo era un buen *causeur*. Hablaba con facilidad, sin flores de retórica

ni desplantes oratorios; pero sabía dar á sus narraciones tanta viveza y tanto colorido, que su auditorio concluía por sentirse dominado por el narrador.

Nada hay que ejerza mayor dominio sobre la imaginación de la mujer que la elocuencia. Un hombre elocuente es más avasallador, para una delicada alma femenina, que un atleta de formas irreprochables.

María, alejada del trato de otros hombres, sentía, cada vez más, la influencia de su médico, á quien agradecía las múltiples atenciones de que la colmaba.

Camilo, por su parte, había contraído un hábito agradable en aquella doble visita diaria. Por la mañana, era el médico que iba á ver á su enferma. Por la noche era el amigo, que iba á acompañar á la convaleciente.

Condillac—un filósofo del siglo XVIII—decía que «el hombre es un animal de costumbres», y, por más que otros hayan

combatido la frase, Camilo era una prueba de que el axioma existe.

Aquella frecuencia del trato, creó entre aquellos dos seres cierta intimidad inocente, que, para muchos, podría tomarse por un idilio, si los personajes hubiesen estado en un paisaje arcáico. A Camilo le encantaba la sencillez de María, unida á una claridad de talento femenino, que se hermanaba con la facilidad de sus virtudes. Para ella, la existencia bulliciosa de la mujer de mundo era casi desconocida. Primero sus pocos años, y luego su enfermedad, la habían impedido frecuentar los salones.

Su hermano Jorge, obligado á vivir casi siempre en las Provincias, podía acompañar poco á Julia á las fiestas sociales.

Carmen, que habría podido llevarla consigo, no lo había intentado nunca. Aquellas jóvenes no eran bastante elegantes para que pudieran estar á su lado, ni tenían experiencia para no hacer un papel desairado en la *high life*!!

Donde se veían, generalmente, era en su casa, pues como Laura salía poco, la visitaban con mucha frecuencia las señoras de Solar Moreno y de Bellat.

Así pasaban las cosas en aquellas familias, cuando se esparció el rumor del matrimonio de Carmen y Camilo.

La primera noticia la tuvo el médico. Llamado á las principales casas de Buenos Aires, donde es tan frecuente que la salud de las jóvenes se resienta en los primeros años de la pubertad, las damas á quienes sus esposos ó padres les habían llevado el chisme social de los clubs, comenzaron á felicitarle por su próximo enlace.

Como Carmen era una mujer muy relacionada en la sociedad, no había familia donde Camilo no se viese perseguido por la misma felicitación.

En vano él negaba el hecho. Nadie le creía, atribuyendo sus negativas á esa costumbre general de negar los compromisos

matrimoniales hasta las vísperas de la celebración de la boda.

Camilo, que ignoraba que Ricardo fuese quien había esparcido aquel rumor, atribuyó á alguna ligereza de Carmen las bromas que le daban en las familias; y temiendo que su reputación de médico sufriese, al menos entre las personas que criticaban la conducta de su prima, se decidió á tener con ella una explicación.

No queriendo ocultarlo, el médico manifestó su disgusto en el seno de los suyos, y, como era natural, el rumor circulante llegó también hasta María.

Cuando Camilo fué á ver á esta enferma, en la noche del día en que la habían dado la noticia, la encontró excitada, afligida, llorosa y afiebrada. Ella misma no sabía á qué causa atribuir aquel estado, no obstante haber seguido escrupulosamente las instrucciones del facultativo.

Sin saber por qué, se había sentido oprimida, había llorado y estaba muy triste.

—Habrá usted tenido alguna contrariedad—la dijo Camilo afectuosamente.

—No, ninguna. Hab  pasado el día muy contenta, tejiendo para distraerme, cuando llegó Julia y nos contó que se decía que usted iba á casarse con Carmen. Aunque nadie lo cree, no s  por qué me puse muy triste, y, desde entonces, no me siento bien.

A Camilo le sorprendió aquella ingenuidad, y no se atrevió   atribuirle un motivo determinado. Procur  explicar   la niña la intriga de que se suponía víctima; pero ella,   su vez, quiso dar una explicación de su tristeza.

—Me imagino—dijo—que lo que me ha pasado es que, como nunca se me había ocurrido que usted pudiese casarse, cuando se habló de esto, he pensado que, el día en que usted se case, ya no podrá usted ser conmigo como es ahora.

—Se equivoca usted, María. Soltero y casado, siempre mis enfermos podrán contar lo mismo conmigo.

—Sí, no lo dudo. Pero estas horas de la noche, que usted me dedica ahora, porque no tiene esposa, tendrá que consagrárselas á ella cuando esté usted casado.

Y, sin que ella misma se diese cuenta de lo que hacía, empezó á llorar á sollozos.

Camilo recetó una poción con bromuro y procuró ayudar los efectos del remedio con sus palabras cariñosas.

El no pensaba casarse, porque comprendía que ninguna mujer podría amoldarse á sus rarezas, ni acostumbrarse al retiro en que él vivía, siempre ocupado de sus estudios y experimentos. Carmen menos que ninguna otra podría ser su esposa. Las causas que les habían alejado cuando eran casi niños, subsistían hoy como antes. María podía estar tranquila, convencida de que seguiría contando con su médico y con su compañero de veladas.

Pero María no reaccionaba. La idea de que Camilo se casaría alguna vez—si no con Carmen con alguna otra—se había

apoderado de su cerebro, y el temor de que cambiase aquella vida sencilla, pero feliz, á la que se había habituado, mantenía su estado de sobreexcitación nerviosa.

Camilo comprobaba que la dolencia grave—la tuberculosis—mejoraba visiblemente. La congestión del pulmón derecho había desaparecido por completo, y en el vértice del izquierdo se notaba que las infiltraciones disminuían paulatinamente. La tos estaba casi curada y no habían ya sudores nocturnos.

Pero, en cambio, la fiebre lenta, pero pertinaz, no abandonaba á la joven, cuyo abatimiento aumentaba, así como el enflaquecimiento y la debilidad.

En esos momentos Jorge se ocupaba en ensayar un aparato de su invención, que, unido á los frenos automáticos de los ferrocarriles, podía hacer parar, casi instantáneamente y sin peligro, cualquier tren lanzado á una velocidad de sesenta kilómetros por hora.

El resultado había coronado sus esperanzas en todos los ensayos. Sin embargo, necesitaba ensayarlo en un ferrocarril de montaña. La línea más adecuada para ese experimento era la de Córdoba y Noroeste, que partiendo de aquella ciudad llega hasta la Cruz del Eje, atravesando y recorriendo todas las sierras de esa parte de aquella provincia.

Para hacer sus estudios, Jorge decidió llevar á su madre y á Julia á Capilla del Monte, donde en esa estación del año —el verano— se reúne una selecta sociedad del Rosario de Santa Fe y de la Capital Federal.

Camilo aprobó el viaje con entusiasmo. El aire de montaña—en la altura de cerca de mil metros sobre el nivel del mar, á que se encuentra situada Capilla del Monte—serviría para curar radicalmente á María de los restos de su mal primitivo, á la vez que la distracción y los paseos campestres mejorarían su dolencia nerviosa.

Cuando la niña fué enterada del proyecto, preguntó:

—Y Camilo ¿también vendrá?

La naturalidad con que hizo esta pregunta hizo comprender á Julia, que vivía estudiando á su cuñada, que esta criatura angelical no se había dado cuenta de los deberes y responsabilidades que pesaban sobre aquel médico que, víctima de su propia celebridad, era la esperanza de muchos enfermos y el consuelo de muchas familias.

María sólo pensaba en ella. En el egoísmo inconsciente de su alma castísima, le parecía que Camilo debía consagrarse sólo á ella, á sanarla como á convaleciente y á mimarla como á niña engreída. Nunca pensó que, en la sociedad, había otras muchas personas que también padecían, y que todo lo esperaban de su médico.

Camilo habló con María y concluyó por hacerla aceptar el viaje, prometiéndola que ocho días después que ella él también iría á Capilla del Monte, donde permanecería

con su familia el mes de Enero, que pensaba tomarse de vacaciones y descanso.

En esas condiciones partieron para aquella población veraniega de las sierras de Córdoba todas las damas de Solar Moreno y de Bellat.

XVI

Aun cuando en las casas de Carmen y de Camilo muchas veces se había hablado de los rumores que circulaban en sociedad, nunca habían ellos afrontado ese tema como motivo de una conversación seria.

Al día siguiente de la partida de su familia para Capilla del Monte, Camilo fué á ver á su tía Laura, que siempre continuaba delicada de salud.

Encontró á Carmen sola en una elegante salita de recibo, ocupada en arreglar papeles, que iba sacando de los cajones de un escritorio de palo de rosa, con incrustaciones de bronce.

Al verle entrar, la viuda se turbó un poco, y cerró los cajones abiertos, arrojando antes en ellos, en desorden y en montón, las cartas que tenía sobre el mueble.

—¿Te he sorprendido en flagrante delito de profanación?—preguntóla Camilo sonriendo.

—No te entiendo—contestó ella turbada.—¿A quién profano?

—Creí que desenterrabas tus muertos. Me pareció que, empeñada en vivir siempre en tus recuerdos, exhumabas tus cartas perfumadas de otros días...

—¡Yo no tengo recuerdos!—le interrumpió Carmen con sequedad, casi con violencia.

—Eres una desgraciada, entonces. Alfredo de Musset ha dicho que

*Un souvenir heureux, est, peut-être' sur terre,
Plus vrai que le bonheur!*

y yo pienso que tiene mucha razón. ¡Cuántas veces vale más un recuerdo vivo que ciertas realidades muertas!

Carmen no contestó. Las palabras de su primo la envolvían en las mismas dudas en que había vivido desde que éste había vuelto de Europa.

¿A qué recuerdos aludía Camilo? ¿Eran á los de su pasada pasión por ella?

¿Había él tenido en su existencia alguna historia de amores que ella ignoraba?

En la imposibilidad de penetrar en aquel pensamiento, que se empeñaba en velarse delante de ella, prefirió esperar que él hablase. Presentía que algo grave iba á pasar, porque la actitud de Camilo así lo revelaba; suponía que iba á hablarle de los rumores que habían llegado hasta ellos, pero no sabía de qué manera tomaría él esos rumores.

Guardó, pues, silencio, fingiendo seguir arreglando sus papeles, y esperó.

Camilo dió dos ó tres vueltas paseando por el cuarto, como si él también se sintiese cohibido, y, por fin, sentándose en un silloncito muy bajo, muy cerca del

que ocupaba la viudita, la dijo con un acento en que se mezclaban la compasión y el reproche:

—¿Qué te has propuesto, Carmen, al ponerme en ridículo ante mis clientes?

La expresión de la más sincera sorpresa se reflejó en el hermoso rostro de la joven, que exclamó:

—¿Yo? ¿Ponerte en ridículo? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Camilo contestó con serenidad:

—Haciendo circular el rumor de que me caso contigo.

La palabra estaba lanzada. Ella sonó como un clarín de guerra. Iba á empeñarse la batalla. Carmen sintió el ataque y se preparó para la defensa.

La manera como Camilo había hablado la reveló todo el abismo que les separaba. Su primo se creía *en ridículo* por la sola noticia circulada de su enlace con ella. Nada tenía, pues, que esperar en ese sentido. Necesitaba, sin embargo, salir del paso, ya que no con los honores del triun-

fo, al menos haciendo una de esas gloriosas retiradas, que, en estrategia, equivalen á una victoria.

Empezó por sonreír, mirando á su primo con ojos de gacela. Puso en su continente todo lo que la coquetería y la belleza ofrecen á una mujer para ser seductora, y, convencida de la magia irresistible de sus encantos, con voz que parecía una melodía, por su suavidad y su dulzura, dijo lentamente:

—También han llegado hasta mí esos rumores, y te aseguro que no me creí puesta en ridículo por ellos. ¿Qué tendría de extraordinario, Camilo, que nos casáramos? ¿No me lo propusistes tú mismo hace ocho años, sin que, entonces, lo creyeses una ridiculez?

—Entonces yo era un incauto, sin experiencia, sin mundo, sin más ambiciones que la paz del hogar, para dedicarme á la ciencia. Hoy...

—Sí, hoy eres un hombre de mundo...

—Casi un viejo. Ya peino canas, y he

aprendido mucho en el camino de la vida.

—Y lo que has aprendido ¿te ha enseñado que te pondrías en ridículo casándote conmigo?—preguntó la viudita con marcada intención.

—Contigo ó con otra mujer que haga la vida que tú haces. Fuiste tú misma, Carmen, quien me dió la primera lección. ¿Lo has olvidado, acaso?

—Sí; en verdad, no lo recuerdo.

—¡Oh! pues yo mantengo esa lección en mi memoria, con el tributo de mi agradecimiento sincero hacia ti. ¿Has olvidado, Carmen, lo que me contestaste cuando te propuse que te casases conmigo?

—No, no lo he olvidado. Te dije que no me sentía capaz de hacerte feliz, por la disparidad de nuestros gustos y de nuestras tendencias. ¿Qué tiene que ver lo que entonces te dije?

—Que hoy soy yo quien te lo debe repetir. Si hace diez años, cuando no te habías aún lanzado al mundo del lujo y de la elegancia en que vives, comprendiste

que tú no eras la compañera de un hombre serio, hosco, retraído como yo, ¿cómo no te das cuenta del inmenso ridículo que caería sobre mí, si mañana me presentase en los salones á tu lado, haciendo el papel de un marido fuera de moda, á quien su mujer arrastra á un centro donde no se encuentra bien?

—Las circunstancias han cambiado, Camilo. Hoy no eres el de ayer. Hoy, en cualquiera parte donde te presentes, serás siempre el hombre ilustre, el sabio respetado, el espíritu superior, que, por sí solo, basta para llenar la vida de una mujer y envanecerla de tenerte por compañero.

—Ahora tú te equivocas, como hace diez años me equivocaba yo. No voy á discutirte mi celebridad, que, hasta ahora, me ha producido más perjuicios que ventajas... ¡Ah! ¡tú no sabes, Carmen, lo que cuesta ser hombre célebre! No hay necesidad que no se crea con el derecho de pedirte; no hay dolor que no se crea que tú debes calmarle; no hay ambicioso que

no piense que tú debes ayudarle á subir, y, finalmente, no hay petulante que no se juzgue habilitado para criticarte y deprimirte. Ya ves el aprecio que hago de la reputación gloriosa que me atribuyes!

—¡Muy modesto eres!--dijo ella sonriendo irónicamente.

—No, no lo creas. Sé lo que soy, lo que valgo y lo que me falta... Pero, no se trata de esto ahora. Hablábamos de nosotros; de ese rumor que es necesario desmentir, y de la imposibilidad de que él llegase un día á convertirse en realidad. Como tú hace diez años, hoy yo pienso que no hemos nacido el uno para el otro. Hay un abismo entre tu carácter y el mío.

—Sin embargo, yo creo que el mío se amoldaría fácilmente al tuyo.

—Te equivocas, Carmen. Desde niño he tenido un ideal. La mujer soñada para ser mi compañera es sencilla, pura, inocente, casi ignorante de las miserias de la vida, incapaz de vanidades y menti-

ras, y profesando siempre, á todas horas, en todos los momentos, hasta cuando está sola con su conciencia, esas difíciles virtudes amables, que forman el encanto del hogar.

—Seguramente yo no me parezco á ese retrato—dijo Carmen nerviosa.—Acaso conozco, sin embargo, alguien que se asemeja mucho.

—Pues debieras ser generosa conmigo, y decirme dónde podré hallarla; porque, te doy mi palabra de honor que, si llego á encontrarla, me casaré con ella.

—¡Oh! bien sabes que ya la has encontrado. María Bellat realiza tu ideal...

Camilo guardó silencio. Más que sorpresa, el nombre de María Bellat en aquella conversación, lanzado así, de improviso, sin que ni siquiera pudiera él sospecharlo, le arrastró hacia esa niña angelical, á la que muchas veces había admirado, cuando la sorprendía en alguna de aquellas candorosas actitudes en que ella trataba de defenderse de sí misma,

porque tenía vergüenza de ser tan ignorante de las cosas humanas.

Después de un momento, como si hablase consigo mismo—acaso como si acabase de hacer un descubrimiento—dijo muy lentamente:

—Tal vez tienes razón, Carmen. Bien podría María Bellat ser mi ideal. ¡Es tan perfecta! ¡Lástima grande que no pueda hacerla mi mujer!

Y, melancólico, triste, inclinó la cabeza, como si un gran pesar le agobiase.

—¿Que no puedes hacerla tu mujer? ¿Quién te lo impide?

—¡Mi conciencia!—contestó Camilo, cada vez más preocupado.

—¡Ah, ya te entiendo!—dijo Carmen, alegremente.—Al fin una vez me hallas en la verdad... Es la diferencia de condición social lo que te impide...

—¡Carmen! ¡Carmen! ¿Qué dices?... Ya ves cuánta razón tenía, hace un momento, al decirte que nosotros dos jamás podríamos entendernos... Si María Bellat no fue-

se la hija y la hermana de hombres distinguidos, aunque sin fortuna; si hubiese nacido en las condiciones más humildes; si fuese descendiente de un almacenero, como tu antigua condiscípulo Inés, ó la hija de la *gallega* Dorotea, de quien con tanto desprecio hablas; si fuese, en fin, una huérfana, una expósita sin padres conocidos, y la encontrase en mi camino tal cual es, pura, inocente, inteligente, pero sana, robusta, fuerte, sin que la tara que pesa sobre la humanidad la hubiese alcanzado, puedes estar segura de que la rogaría que me aceptase por compañero de su existencia. Pero hoy es imposible...

—Acaso María Bellat...?

—Me obligas á revelarte un secreto que mi madre y Jorge sólo conocían hasta ahora. María está tuberculosa...

—Y eso ¿qué tiene que ver? No será la primera tísica que se case.

—Porque nadie se lo ha impedido, ó porque ignoraban que hacían mal. Yo soy médico, Carmen; estimo mucho á María

y sé que no debo pensar en ella para esposa.

—¡Oh! si la amases, no tendrías esos escrúpulos.

—Los tendría mientras en los análisis encontrase un solo *bacillus* de Koch. Yo no tendría valor para organizar una familia sobre esa base.

Carmen estaba cada vez más sorprendida, porque Camilo se le revelaba cada vez bajo una luz distinta, pero que sólo servía para engrandecerle.

Comprendió que, si amaba á María, la había dicho la verdad con respecto á sus propósitos, y esto, al menos, servía para dejarla la esperanza de ser alguna vez amada por aquel hombre que empezaba á dominarla, porque empezaba á conocerle y á admirarle.

XVII

Ricardo Catriel, que había salido despechado de casa de Carmen, la última

vez que estuvo en ella, no pudo reprimir un movimiento de vanidad al recibir, algunos días después, una esquila de la viuda, en la que le invitaba á comer en un día inmediato.

Si, por un lado, aquella esposa le convenía, por su posición y su fortuna, por otro, le halagaba creerse amado por una de las mujeres más hermosas y más codiciadas de Buenos Aires.

No teniendo motivos para conocer los propósitos de Carmen, con respecto á su primo, había esparcido el rumor del casamiento de aquélla con éste, sólo para evitar ante sus amigos el ridículo de aparecer rechazado por la viudita. Cuando recibió la invitación de ésta, se arrepintió de su obra; pero ya era tarde. Buscó un medio de deshacer lo que él mismo había hecho, y se convenció de que no lo conseguiría sino obligando á la joven á que le aceptase por marido, haciendo público ese compromiso.

Carmen, por su parte, no quería que,

después de circulado el rumor de su matrimonio con Camilo, se adquiriese la certeza de que aquél no se efectuaba porque el médico nunca había pensado en él.

Si era verdad que le habría sido agradable casarse con su primo, una vez que hubo adquirido la convicción de que aquello no era posible, al menos por el momento, se decidió á hacer creer á sus amigas que era ella la que rechazaba la alianza que Camilo le ofrecía.

Este plan era tanto más fácil de realizarse cuanto que, no frecuentando aquél los salones en que ella brillaba, no tendría oportunidad para desmentirla.

Para empezar su trabajo, pensó que necesitaba tener como aliado y cómplice inconsciente á Ricardo Catriel, que, además del interés evidente que tenía en halagarla, era, de todos los hombres que la rodeaban, el que más la agradaba.

En la mujer mundana la vanidad es más fuerte que el amor; como en la mujer

honesto el deber es más poderoso que la pasión.

Carmen, que no había aceptado el cariño sincero de Camilo al iniciarse la vida independiente de su primo, sentía hoy la influencia que, sobre su vanidad, ejercía la celebridad del médico, á quien todas las madres de hijas casaderas consideraban *como un excelente partido*.

A medida que le había ido tratando en la intimidad de la familia, había reconocido en él atractivos que en la sociedad no podían conocer; le había estimado en lo que valía, y, esa estimación, la había hecho comprender que, independiente del hombre célebre, había en Camilo un *gentleman*, con todas las exquisitas suavidades y delicadezas del hombre distinguidísimo.

Cuando, en algún momento de reposo, en medio de una fiesta mundana, comparaba á Camilo con los demás hombres que la cortejaban, encontraba que todos ellos eran pigmeos al lado de aquel gigante;

porque, para que nada pudiera conspirar en contra del sabio austero, hasta físicamente Dios le había dotado de una hermosura varonil, de esas que, sin llegar jamás á la belleza afeminada, acentúan el tipo del hombre perfecto, ambicionado por la mujer superior: el hombre dominador en todos los momentos de la vida conyugal, siempre superior á la esposa— que es la compañera, mas no la emperadora — pero dispuesto siempre á dejarse vencer por la ternura y el cariño.

Cuado, después de las intergiversables declaraciones de su primo, en su última entrevista, Carmen quiso darse cuenta de la situación de su espíritu y de la de Camilo, comprendió que aquel punto de interrogación que se había colocado en el camino de su vida con la llegada del médico de Europa, se magnificaba á medida que le conocía mejor y le trataba con más intimidad.

Examinándose, en secreto, se había confesado, en las discusiones con su concien-

cia, que ella habría sido muy feliz si Camilo se hubiese rendido á sus pies; pero, al recordar la rebeldía de aquella alma y la franqueza, algo brutal, con que la había declarado que nunca podrían congeniar sus caracteres, la vanidad de la mujer conquistadora se alzaba sobre todos los demás sentimientos y sobre todas las demás sensaciones.

Dentro del cuadro que la sociedad masculina había formado á aquella espléndida joven de veintiocho años, no cabía el hombre invencible. Y Camilo aparecía como ese sér, insensible á todos los atractivos físicos y morales de la viuda de Pincen!!

Si en el mundo en que ella actuaba se hubiese conocido ese fracaso, su prestigio de mujer irresistible habría sufrido mucho. Era indispensable destruir aquel rumor que había anunciado un casamiento que no se realizaría.

Ella sabía que á Ricardo le contentaría fácilmente. Bastaba que explicase la es-

cena última entre ellos, como una simple explosión de mal humor, provocado por las mismas impertinencias del joven.

Decidida á poner en práctica sus proyectos, invitó á Ricardo y á dos ó tres personas más á comer con ella, en su casa, al día siguiente de la visita de Camilo.

En el primer momento pensó en invitar también al médico y crearle una posición difícil en medio de aquellas personas, hombres y mujeres, que sentían y pensaban de una manera tan distinta á la suya; pero pronto se arrepintió, convencida de que había más peligros que ventajas en aquel plan. Camilo habría sido capaz de decir *toda la verdad*, con la sencilla franqueza de sus ingenuidades.

La comida se realizó con la mayor esplendidez. Aun cuando el número de comensales era limitado, la viudita desplegó todo el lujo de su ostentosa riqueza. Sobre finísimo mantel de encajes, se veían las porcelanas legítimas de Sevres, la magnífica vajilla cincelada de oro macizo, los

cristales de Bohemia y las flores y adornos más costosos.

El tema de conversación, que más ocupó á los invitados, fué el rumor circulante del casamiento de Carmen con Camilo, cuya ausencia de la mesa todos extrañaban.

—Cuando recibí tu invitación—dijo una recién casada—previne á mi marido que, sin duda, tenías por objeto presentarnos á tu novio.

—Yo no tengo novio—contestó Carmen, con tal seriedad y con tanta calma, que se conocía que decía la verdad.

Nadie se apercibió de la expresión de disgusto que tomó el rostro de Ricardo; pero una mirada y una sonrisa de la viuda le tranquilizaron.

Después de los postres se pasó á tomar el café en el salón, aprovechando Ricardo ese momento para acercarse á Carmen.

—Me está usted obligando á hacer un papel ridículo—la dijo en un tono que no

habría podido precisarse si era una queja ó una reconvención.

—No sé por qué—contestó aquélla, demostrando con su actitud que no estaba dispuesta á tener *tête a tête* alguno con su constante perseguidor.

—Porque toda esa gente sabe que estoy enamorado de usted, y que usted me ha permitido esperar—replicó él sin ternura y casi provocativo.

Carmen temió que Ricardo reprodujese, delante de sus invitados, la escena que habían ellos tenido en su última visita, y, sabiendo que le dominaría, le contestó con una sonrisa que tenía todos los encantos inefables de una promesa.

—Su orgullo le pierde, Ricardo. ¿Qué le importa á usted lo que piense «toda esta gente», como usted dice? Lo que debe á usted interesarle es lo que yo piense...

—¿Y bien? ¿Qué piensa usted?

—Venga usted mañana á tomar el té conmigo, y entonces hablaremos...

Y levantándose Carmen del asiento que

ocupaba al lado de Ricardo, fué á mezclarse en el grupo de sus invitados, donde se hablaba de los recientes sucesos del día.

XVIII

Fué exacto Ricardo. A las cuatro y media de la tarde del día siguiente llegó á casa de Carmen, llevado en alas de la más dulce y bella esperanza. La viuda le aguardaba en el pequeño saloncito de confianza, donde sólo recibía á las personas de su intimidad.

Ricardo, que sabía esto, miró aquella circunstancia como favorable á sus anhelos, y tendió la mano á su amiga con esa familiaridad que implica una gran confianza, sentándose luego en una butaca muy próxima á la que ella ocupaba.

Carmen, al verle, reconoció que tenía delante «un buen mozo», uno de aquellos hombres capaces de realizar los ideales de una mujer de mundo; pero el recuerdo de Camilo se interpuso entre ellos.

Si Ricardo ignoraba el objeto con que Carmen le había dado aquella cita, ella no sabía á punto fijo lo que se proponía.

Sus ideas no se habían fijado perfectamente. No se decidía á renunciar, en absoluto á la esperanza de casarse con su primo; pero comprendía que su reputación exigía que la sociedad no sospechase siquiera sus secretos anhelos.

Cuando estuvieron un momento solos, después de hablar vanalidades insignificantes, Ricardo atacó de frente.

—Y bien, señora, ¿qué dice usted de mi venganza?

—Que no ha sido usted noble conmigo. ¿Qué se ha propuesto usted inventando esa calumnia?... Porque yo sé que ha sido usted el primero que, en el Jockey Club, anunció ese casamiento imaginario.

—No lo niego. No sólo fuí yo quien lo dije, sino que me empeñé en que se repitiera.

—¿Con qué objeto? Es lo que no entiendo.

—Era una táctica. En mi última visita usted me hizo sospechar que su primo me había desbancado...

—¿A usted?—y Carmen tuvo un movimiento indefinible de coquetería, que bien podía traducirse por una burla ó por una rectificación.

—Cuando salí de aquí aquella tarde—continuó diciendo Catriel—iba persuadido de que usted había decidido casarse con el doctor Solar Moreno. Para averiguar la verdad, no tenía más que dos medios: preguntárselo á usted, que no me lo habría dicho, ó repetir mis sospechas en sociedad, para que, si ellas no tenían fundamento, usted y él se apresurasen á desvanecerlas.

—Y, sin embargo...

—Sé lo que usted va á decirme. Usted se ha limitado á defenderse débilmente, de manera que sus palabras autorizan todas las suposiciones. El no ha hecho caso alguno de esos rumores, preocupado siempre de sus enfermos.

—Que son su única pasión—agregó Carmen con despecho.

—De ahí ha resultado que hoy nadie sabe la verdad. Vengo, pues, á saberla. ¿Supongo también que es para ello que me ha hecho usted venir hoy?—y Catriel se arrellenó en el sillón.

—Amigo mío—dijo la viuda con mucha calma—conoce usted mal á las mujeres como yo. Si ha pensado usted que puede dominarme con arrogancias, está usted equivocado. Debe usted comprender que mi posición me hace tan independiente que, si no he pensado en volverme á casar, no teniendo más que veintiocho años, debe ser porque no he encontrado el hombre que me satisfaga completamente...

—Muchas gracias, señora, por mí.

—O porque el que me haya satisfecho no ha sabido comprenderme...

—Como el doctor Solar Moreno, por ejemplo?—interrumpió Ricardo.

—U otro, más humano, más sociable, menos hosco que él—agregó ella con una

sonrisa indefinible en los labios y en los ojos; que también los ojos sonrían, cuando quieren ser expresivos.

—Sin embargo...

—Es, precisamente, para hablar de él que he invitado á usted á tomar el té conmigo esta tarde.

—No me explico...

—Es bien sencillo. Fué usted quien inventó é hizo circular ese chisme social de mi casamiento con Camilo. Es menester que usted deshaga su mala obra.

—Difícil cosa me pide usted. Inventar una mentira y echarla á rodar, sobre todo si ella puede hacer hablar de una mujer hermosa, es cosa sencilla. Recoger esa mentira, eso es casi imposible una vez que anda circulando en nuestra sociedad, ávida de murmuraciones.

—Y, sin embargo, es menester, es indispensable, que usted encuentre el medio de hacer que todo el mundo sepa que yo no me caso, que no he pensado en casarme con mi primo.

La voz de Carmen tomó un tono breve, agudo, casi áspero, pero imperativo. Más que una indicación, era una orden. No suplicaba, imponía.

—¡Es menester! ¡Es indispensable!—había dicho, y, paseándose con alguna agitación nerviosa, repetía las dos frases, como si quisiese que Ricardo comprendiera su alcance.

Catriel guardó silencio. Miró sonriendo á la viudita, cuyo seno veía agitarse en el pequeño escote cuadrado de su elegante vestido gris de muselina de seda. Luego, levantándose á su vez, se acercó á la dueña de casa, como si fuese á hacerla una confidencia, y la dijo lentamente:

—He reflexionado, y hay un medio seguro, infalible, de destruir ese rumor en un momento.

Y calló, esperando el efecto de su frase.

—¿Cuál?—preguntó Carmen, deteniéndose y mirándole fijamente.

—¡Cásese usted con otro!—agregó Ricardo con gran aplomo,

Carmen no contestó; pero, si hubiera sido posible convertir en rayo una mirada, es seguro que el joven habría caído fulminado por la que le dirigió aquella mujer.

Luego se agitó convulsivamente, tomándose una mano con la otra; murmuró palabras inarticuladas; su voz se ahogaba en sollozos que se empeñaba en sofocar, y, por fin, se desplomó sobre un sofá, cubriéndose el rostro, medio acostada, apoyada la cabeza en el respaldo, y dejó que el llanto impidiese un desmayo.

La viuda de Pincen no era de esas mujeres que, en sus soledades con un hombre, fingen crisis nerviosas para hacerse perdonar una falta, ó para permitir una caricia negada conscientemente al amante.

Aquella situación psíquica de Carmen era producida por la terrible lucha que se peleaba dentro de su propia alma.

Camilo, en ese momento, era un accidente. Habría deseado ser su esposa; pero no quería confesar su derrota. Ricar-

do no le era antipático, pero no era su ideal.

Alguna vez en que Laura, preocupada con la posibilidad de su muerte, la había hablado de que era necesario que pensase en volver á casarse, Carmen la había contestado:

—No te aflijas por mi soledad. Me casaré el día en que quiera.

—Nadie se casa de repente, perteneciendo á tu clase social—había contestado la madre.—Para casarte, necesitas un novio...

—Ricardo Catriel desempeñará ese papel el día en que yo se lo permita—había contestado la viuda riendo.

Y ahora, no era ella quien hablaba á Ricardo de su matrimonio. Era éste quien se presentaba como el único refugio de su vanidad.

Es verdad que Ricardo no se había nombrado. Sin embargo, ella no podía dudar de que, tras de aquella frase: «¡Cásese usted con otro!», estaba él, Ricardo Catriel, el único hombre á quien, en sociedad, ella

había mostrado algunas preferencias; el único á quien acaso habría aceptado, si Camilo Solar Moreno no se hubiese presentado en escena.

Era, precisamente, esto mismo lo que más la atormentaba. En su orgullo indomable, Carmen no quería mostrarse vencida; y, sin embargo, en ese momento aparecía doblemente humillada. Camilo la desdennaba, y Ricardo había sospechado que él era un marido posible.

Las lágrimas de la viuda de Pincen eran la traducción de su despecho. No lloraba el dolor de un desencanto, ni el desvío de un amante. Lloraba... ¡porque estaba vencida!

Catriel se acercó á ella suavemente. El también necesitaba hacer bien su papel en aquella gran escena de la comedia humana.

Tomando una expresión muy conmovida, en la voz y en el semblante, inclinándose sobre la cabecita rubia de la viuda

casi hasta tocarla, la murmuró dulcemente al oído:

—¡Por Dios, Carmen!... Cálmese usted. Yo no he querido...

—No, no es usted. Lo comprendo. Mi desesperación es porque me convenzo de que acaso tiene usted razón en su consejo...

—No necesita usted precipitar las cosas—agregó Catriel.—Cuando la indico su casamiento con otro como el medio infalible de destruir los rumores de su matrimonio con Camilo Solar Moreno, no la digo que sea indispensable que usted tome un marido inmediatamente...

—Y ¿entonces?... Un simple *flirt*...

—No, no; todo lo contrario. Haga usted misma saber á sus amigas que se ha comprometido, y aplace usted su matrimonio tanto tiempo como la convenga.

Carmen miró con atención á Ricardo. Tal vez era la primera vez que verdaderamente le interesaba. Le pareció encontrar distinción exquisita en su conducta, al ca-

llar el nombre del marido posible, y halló una abnegación sublime en aquella resignación que le anunciaba, aceptando, de antemano, esperar el tiempo que ella quisiese.

Como la rebelde imagen de Camilo se presentase sin cesar á su recuerdo, ella se propuso herir en su amor propio al desdeñoso médico, y, en su vanidad femenina, se convenció de que, la noticia de su casamiento *con otro*, le mortificaría mucho. Entonces aceptó el plan de Ricardo.

Este, por su lado, fingía resignarse al papel pasivo que Carmen le destinaba, figurando como su prometido en el nuevo rumor social, pero sin tener ninguno de los derechos que esa situación concede á un hombre al lado de la mujer amada.

—Que hoy me acepte, por necesidad de vengarse—pensaba Catriel—y mañana yo me impondré, cuando no pueda ya defenderse.

Después de un largo rato de conversa-

ción, en que los sentimientos y los rencores se alternaban y sucedían, los dos jóvenes se habían puesto de acuerdo en cuanto al plan que se proponían seguir.

Esa noche, entre otras dos partidas de *pocker*, Ricardo contaba, *en secreto*, á sus amigos, que el matrimonio de Camilo Solar Moreno con la viuda de Gustavo Pincen se había roto; y al día siguiente, la «Crónica Social» de todos los diarios daba la noticia sensacional de que «se había concertado el enlace matrimonial del conocido *clubman* Ricardo Catriel, con la distinguida señora Carmen Orteza, viuda de Pincen.»

XIX

Laura seguía enferma, y Camilo la veía casi diariamente. Como él no leía las crónicas sociales de los diarios, no tuvo noticia del anuncio del casamiento de Carmen con Ricardo; pero, en una de las pri-

meras visitas que hizo, en casa de una familia distinguidísima, se la hicieron conocer.

El se limitó á decir:

—Me alegro mucho, muchísimo, tanto más cuanto que así se convencerá todo el mundo de que yo no fuí jamás su prometido. El rumor equivocó los nombres del novio.

Y, sin volver á hablar del asunto, seguía ocupándose de la enferma, que le repetía la nueva circulante.

No era posible que, yendo á ver á Laura, dejase de encontrarse con Carmen, y, como era consiguiente, algo dijese una y otro de aquel asunto.

Una mañana llegó el médico anunciando que, debiendo tomar el tren de la noche para Córdoba, pues iba á Capilla del Monte para visitar á su familia, quería, antes de marcharse, dejarle á la enferma un tratamiento, que debía seguir durante su breve ausencia.

—¿Vas por poco tiempo?—le preguntó Carmen, con aire indiferente.

—Sólo por ocho días. Prometí ir á reunirme con ellos, para darme cuenta allí de aquel paraje, en lo que se refiere á las condiciones climatéricas para mis enfermos; y quiero aprovechar este buen tiempo para hacer una visita á mi madre y á mi hermana.

—Supongo que á María le habrá sentado bien aquel clima?—dijo Laura.

—Las cartas que he recibido de Julia me lo hacen creer. Ha aumentado de peso; casi ha desaparecido la tos y parece mucho más animada.

—Ahora, con tu presencia, mejorará más rápidamente—agregó Carmen con malicia; pero Camilo no quiso tomar en cuenta la intención de su prima.

—En efecto; me alegro mucho de tener esa oportunidad de examinar, por mí mismo, esa mejoría que se me anuncia, porque si ella fuese efectiva, y, sobre todo,

si se mantuviese, tal vez consiguiéramos curar radicalmente á esa niña.

—¡Qué triunfo para ti, si lo consigues! —dijo Laura con entusiasmo.

—¡Y qué recompensa la que tendrías entonces!—insistió Carmen, en el mismo tono malicioso que había usado hasta entonces.

Camilo se había propuesto no discutir á María en sus conversaciones con su prima, de manera que dejó pasar sin recoger aquella nueva alusión. En cambio, se resolvió á llevarla un ataque de frente, que la obligase á abandonar aquella actitud de burla que había adoptado.

Dirigiéndose á Laura, después de haberla auscultado y percutido el pecho, la dijo sonriendo:

—Bueno, bueno. Esto va muy bien, mi tía. El corazón late perfectamente, y el enfisema pulmonar ha disminuído mucho. Es preciso ponerse buena y fuerte, ahora que Carmen va á casarse.

—¿Tú también crees esa farsa?—pre-

guntó Laura, mientras su prima, de pie junto á él, le miraba con aire provocativo.

--¿Cómo una farsa? Me han dicho que todos los diarios lo anuncian--dijo el médico.

--Y á ti ¿qué te parece?—preguntó la viudita, cuya voz temblaba de emoción ó de despecho.

--A mí me parece que, en cuanto á casarte, haces perfectamente. En cuanto á tu elección, no opino, porque no conozco al señor Ricardo Catriel.

--Es una excelente persona, muy estimada y muy estimable—contestó Carmen.

--En ese caso, te felicito. Una mujer de tu edad, de tu posición y de tu fortuna, no debe estar sin el amparo de un hombre á su lado. Desde que ese caballero te conviene, debes casarte cuanto antes. Es mi consejo más sincero.

Camilo decía la verdad. Estimaba á su prima; la quería; pero no la habría hecho jamás su esposa. Deseaba, sin em-

bargo, arrancarla á los peligros de que la creía rodeada, y le parecía que un matrimonio inmediato la escudaría para siempre.

—Una viuda tan joven y tan linda como tú, es una tentación que difícilmente resisten los hombres de mundo. Si fueses soltera, te respetarían, porque la virginidad es un escudo moral. Viuda, el hombre se cree autorizado á todas las audacias...

Carmen no esperaba esa actitud de parte de Camilo. Ella se había hecho la ilusión de que, al saber la noticia de su matrimonio con Ricardo, iba á reaparecer la antigua pasión por su prima, y que se apresuraría á pedir perdón por sus pasados desvíos.

En vez de esto, la viuda de Pincen encontraba en el médico célebre un amigo sincero y leal, que la aconsejaba sin prejuicios ni intenciones torcidas.

Entonces pensó en tomar como aliada á la señora Solar Moreno y á Julia. Hablaría con ellas; las referiría la triste historia

pasada; el motivo del viaje de Camilo á Europa; las descubriría el estado apasionado de su alma, y procuraría hacer que los vínculos del parentesco que las unía sirviesen para atraer hacia ella el amor del médico.

Cambiando bruscamente el tema de la conversación, dijo:

—Siento que tan inopinadamente nos hayas anunciado tu viaje á Capilla del Monte. Con dos días más, nosotras te habríamos acompañado. ¿Por qué no suspendes tu marcha hasta pasado mañana? El tren también es directo...

—Mi demora sería inútil—contestó el médico con calma.—Mi tía Laura no puede ir á Capilla del Monte, ni á ningún clima de montañas. Las alturas, que son tan recomendadas á las personas que padecen del pecho, les están proscritas á las que sufren afecciones cardíacas. El aire se rarifica demasiado y hay más propensión á la asfixia. No creo que deben ir...

—Pero por unos días...

—Las molestias y las fatigas de un largo trayecto en ferrocarril la harían tanto mal como la permanencia allí. Si hubiese algún motivo inevitable que obligase á mí á hacer el viaje, me explicaría que lo hiciese, aun' á riesgo de su salud. Hacerlo, sólo por placer, me parece una imprudencia.

La convicción con que Camilo hablaba, no dejó duda á Laura de que decía la verdad. Carmen, que veía sus planes contrariados, no se animó á insistir directamente; pero ensayó un nuevo esfuerzo.

—Me contraría mucho lo que me dices, Camilo.—Yo había pensado pasar en las sierras de Córdoba este verano, y ahora me obligarías á cambiar de rumbos.

—En las sierras te fastidiarías, probablemente, Carmen. La vida que allí se hace se parece poco á la de Mar del Plata, que es tu residencia veraniega habitual. Créeme: no alteres tu método de vida. Vete á Mar del Plata en cuanto empiecen los fuertes calores.

—¿Y á mí no me hará mal también el mar?—preguntó Laura.

—Los baños *en el mar*, no los aconsejo; pero el *aire del mar*, la estadía en la playa, y aún los mismos baños, en el interior de los balnearios, no sólo no harán á usted mal, sino que la sentarán muy bien.

No había cómo insistir, sin descubrir el propósito. Carmen se resignó á dejar que Camilo se fuese á Córdoba, sin haber formado plan definitivo alguno. Procedería según lo aconsejasen las circunstancias.

XX

Las familias de la Capital Federal Argentina han dividido sus preferencias en la estación de los calores. Unas van á las costas del mar. Otras á las poblaciones que, en las provincias de Córdoba y de Mendoza, se alzan en las sierras que se extienden en las aproximaciones de la alta Cordillera Andina.

Capilla del Monte es uno de los parajes más concurridos por la buena sociedad, en los meses de Diciembre, Enero, Febrero y Marzo. No sólo el panorama es bello y atrayente, sino que su altitud y condiciones higiénicas hacen que, muchas personas, prefieran esa localidad á las otras que se recomiendan también como puntos veraniegos ventajosos.

Uno de los atractivos mayores es el viaje. Un ferrocarril de trocha angosta, tendido sobre el granito de la montaña—construído con grandes esfuerzos por la mano del hombre—conduce al viajero desde Córdoba, atravesando una docena de poblaciones distintas en el trayecto.

Impresionan, sobre todo, las cambiantes que á cada paso se presentan en aquella naturaleza abrupta, donde, en un momento, se alza, á un flanco del camino, una inmensa mole de granito ó de mármol, más ó menos de cien metros de altura, mientras que, poco más adelante, el tren se desliza, con precauciones, sobre el borde de

un precipicio que semeja un abismo, arrancando al turista exclamaciones de admiración ó de terror.

Capilla del Monte es un villorrio, en territorio cordobés, situado al pie del Uritorco, magnífica montaña, cubierta de lujuriosa vegetación, que se eleva á las nubes en una altura próxima á mil metros sobre el nivel del mar.

Muchas son las moradas suntuosas, construídas por potentados en aquellas comarcas, dotándolas de todos los refinamientos del confort moderno.

Entre ellas está el «Gran Hotel Victoria», inmenso albergue, donde pueden alojarse cómodamente centenares de personas.

Situado en frente de la estación del ferrocarril, teniendo á todos sus alrededores las montañas como custodios, los viajeros que van á Capilla del Monte por poco tiempo, prefieren hospedarse allí, donde, entre otras ventajas, se tiene la de ser-

vir de centro á la vida social de aquellos contornos.

En ese Hotel ocupaban un compartimento, formado de cuatro habitaciones contiguas, la señora de Solar Moreno, su hija Julia con su esposo y la señora de Bellat con María.

Hacía ya cerca de quince días que permanecían en las sierras, cuando recibieron un telegrama de Camilo anunciando su viaje.

Jorge había terminado, con éxito, los ensayos del aparato de su invención; pero, tomando como pretexto la necesidad de hacer nuevos experimentos, iba prolongando su estancia en aquel paraje, halagado por la rápida mejoría que se notaba en la salud de su hermana.

Efectivamente: cuando el médico llegó y examinó prolijamente á la enferma, se encontró con que el estado del mal se había modificado por completo. Las infiltraciones y el reblandecimiento del pulmón habían desaparecido; no había rales;

la temperatura era siempre normal; la tos, que apenas existía, se había modificado en sus condiciones, y, sobre todo, la niña había aumentado seis kilos de peso en tan pocos días.

Su carácter también había cambiado. Si bien nunca era ruidosa en sus manifestaciones de alegría, no tenía aquellas tristezas y desfallecimientos que antes mostraban evidentemente que estaba enferma.

Aprovechando la primera oportunidad que se le presentó, hizo nuevos análisis microscópicos, y comprobó satisfecho que casi no se encontraban *bacillus* de Koch en el campo de experimento.

La tuberculosis había sido dominada; pero la predisposición de la niña á una reincidencia, aconsejaba al médico que hiciese que la joven continuase en Capilla del Monte.

Así se lo dijo á Jorge y á la señora de Solar Moreno, quienes comprendieron que era indispensable seguir las indicaciones del médico.

Como Camilo no conocía aquellos parajes, desde el día siguiente de su llegada comenzaron los paseos á caballo y en coche á los puntos más pintorescos de los alrededores. Unas veces iban á «La Toma», paisaje lleno de frescura y de belleza, cuyo nombre indica el punto donde, al pie del Uritorco, se *toma* el agua que alimenta las acequias, que riega toda aquella región. Otras iban á «Los Mogotes» ó al «Zapato», puntos distantes pocos kilómetros del Hotel, y á los que los moradores de Capilla del Monte conducen á todos los turistas.

Quando querían hacer excursiones más largas, tomaban el tren de la mañana, iban á almorzar en el Hotel de «La Falda» y regresaban por el tren de la tarde; ó se hacían conducir, en carruaje, hasta el «Aguila Blanca», caserío situado á diez ó doce kilómetros de distancia.

Esta vida de movimiento y distracción, tan ajena á la vida normal de Camilo, tenía para él todos los atractivos de lo

desconocido y de lo imprevisto. Se sentía contento, satisfecho, libre de preocupaciones y encantado en aquella existencia nueva, tan sencilla como deliciosa.

Como María era siempre el objeto de todos los cuidados y la preocupación constante de los que la rodeaban, el médico era su compañero inseparable en esos paseos. El pretexto era la conveniencia de que fuese él quien vigilara á la enferma, para que ella no cometiese ninguna imprudencia.

En esa fácil intimidad de todo trato cotidiano é incesante, Camilo iba lentamente acostumbrándose á estar al lado de aquella niña, cuya encantadora sencillez le seducía.

María Bellat asistió muy pocos años á la escuela, y no había tenido institutrices. Nunca tuvo, pues, motivos para adquirir esos conocimientos prematuros de la vida, que hoy son tan comunes en las adolescentes, porque los aprenden de sus condiscípulas ó de sus guardianes.

No era una mujer ilustrada, ni poseía todos esos adornos necesarios á la mujer moderna. En cambio, tenía las castas ignorancias que sus abuelas habían tenido de las maldades, de las intrigas y de las miserias de las sociedades actuales.

Era una de esas almas blancas, que conservan, como los lirios antes de separarlos de la planta, todos los perfumes y las nitideces de su naturaleza primitiva.

Si alguna mujer mundana, observando su conducta para con el médico, la hubiera dicho que ella estaba *enamorada* de Camilo, lo único que la habría sorprendido sería saber que se llamaba *amor* el sentimiento que aquél la inspiraba.

Quererle, sentirse inclinada hacia él, buscar su compañía en todos los momentos, pensar como él pensaba y sentir como él, le parecía tan natural y tan sencillo, como era sencillo y natural para ella que las corrientes de los arroyos, que había atravesado en sus paseos, tomasen hacia el lado que la pendiente del terreno les

imprimía, buscando su desagüe en el río inmediato.

Mientras Camilo estuvo en Capilla del Monte, María se creyó con derecho á retenerle siempre á su lado, haciéndose mimar por aquel médico del cuerpo y del alma. Por su parte, Camilo no se hacía violencia en complacerla; de manera que las horas y los días se pasaban, siempre iguales y siempre nuevos, sin monotonías ni accidentes extraños, pero en la dulce beatitud de dos espíritus superiores que se comunicaban y se confundían sin palabras.

Mas llegó el momento en que fué necesario que el médico volviese á la capital. Sus deberes profesionales le llamaban, después de una ausencia de diez ó doce días.

Cuando, durante la comida de familia, Camilo anunció que, al día siguiente, debía tomar el tren á las seis de la mañana, María se emocionó profundamente, y sin

empeñarse en ocultar sus sentimientos, dijo, con voz muy conmovida:

—¿Cómo? ¿Tan pronto se vuelve usted?

—Me es indispensable, María—contestó Camilo, que, sentado á su lado, pudo percibirse de que la niña había palidecido y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Tengo enfermos graves—continuó diciendo—á quienes había prometido volver antes de ocho días, y que me reclaman con urgencia.

—Debes cumplir tu deber, hijo mío—agregó la señora de Solar Moreno.—El deber es antes que la devoción.

—Sí, sí, lo comprendo... Pero ¿qué va á ser ahora de mí?... Me había acostumbrado tanto á estar siempre con él..

—Nosotros le reemplazaremos—dijo Jorge. Ya verás qué buenos paseos vamos a hacer juntos.

—No será lo mismo!—dijo ingenuamente María, y, no pudiendo contener las lágrimas, las dejó correr por sus mejillas.

Todos callaron. Con la vista fija en María y en Camilo, no hubo uno solo de los que presenciaban la escena que no se diese cuenta de lo que pasaba en el alma de la candorosa virgen.

María estaba enamorada de Camilo. Todos lo comprendieron, incluso él mismo. Sólo ella lo ignoraba.

Para Camilo aquella evidencia le turbaba. El nada había hecho con el propósito de hacerse amar por aquella criatura angelical; pero hacía mucho tiempo que había sospechado que la inocente niña iba lentamente edificándole un altar en su alma.

Por su lado, examinándose á sus solas, reconocía que él también se sentía arrastrado á querer, á amar á aquella mujer, que tan completamente realizaba su ideal.

Pero su conciencia profesional le imponía el deber de no alimentar esa pasión.

—Un médico no puede, no debe constituir su hogar sobre la base de una tisi-

ca!—se decía, y, ahogando sus tendencias y sus afectos procuraba dominarse.

Sin embargo, él no podía hacer daño á María, destruyendo brutalmente sus ilusiones, cualesquiera que ellas fueran. Tenía la seguridad de que si en aquel momento él revelase á la niña que había descubierto el secreto, que ella misma ignoraba que guardaba en su pecho, María se habría sorprendido mucho al saberse enamorada de su médico. Pero como inmediatamente tendría que declararla que aquellos amores eran imposibles, el médico comprendió que aquel golpe podría serle fatal.

De acuerdo con las demás personas de la familia, convino en marcharse sin tener explicación alguna con María, prometiéndola volver muy pronto y por más tiempo, obteniendo de ella, en cambio de esa promesa, la de seguir cuidándose para sanar cuanto antes fuese posible.

XXI

Llegó la época en que, los fuertes calores estivales, producen el éxodo de las familias porteñas.

Cada una toma los rumbos que sus medios, sus inclinaciones ó sus gustos le aconsejan.

Carmen, con su madre, se había instalado en un confortable departamento del «Hotel Bristol», en Mar del Plata, sin haber visto á Camilo más que una ó dos veces desde su regreso de las sierras.

Intencionadamente evitaba encontrarse con él, cuando el médico iba á ver á Laura, y Camilo, por su lado, tampoco se empeñaba en verla.

El balneario estaba en todo su apogeo. Allí se congregaba toda esa parte de la sociedad elegante, femenina y masculina, que durante los inviernos forma el elemento constitutivo de las fiestas sociales,

Como debe suponerse, Ricardo Catriel se hallaba en Mar del Plata, y era el acompañante obligado de la viuda Pinzen en todas sus excursiones y paseos.

Mar del Plata no se asemeja á los balnearios europeos. Es una existencia *sui géneris*, que participa de las facilidades agradables de los largos viajes, en que la vida en común acorta las distancias establecidas por la etiqueta, y se suprimen las dificultades glaciales, que la distinción y el buen tono imponen á las personas de la *high life*, para evitar la promiscuidad en las relaciones.

La «Rambla» por la mañana y por la tarde; los salones del «Bristol», del «Gran Hotel», y acaso algunos otros, son los puntos de reunión de toda aquella concurrencia elegante, que hace de su estadía en el balneario de moda uno de los episodios más interesantes de la vida mundana anual.

Las casas de modas y los joyeros esperan esta época con acopio de mercade-

rías, especialmente encargadas para esa breve estación, en la que se obtienen precios exorbitantes por *toilettes* vaporosas, elegantes y tal vez no muy apropiadas para las playas de mar.

En muchos hogares el viaje á Mar del Plata es una preocupación obstinada. No pocas madres miran aquellas costas marinas como el horizonte de sus esperanzas, confiando encontrar en la «Rambla» el novio para sus hijas casaderas, desesperadas tal vez de no hallarle en las noches de la Opera, en los bailes de X... y de Z... ó en las avenidas de Palermo.

Muchos hombres esperan la estación de los baños para ir á pedir á la ruleta del Casino de Mar del Plata los dineros que perdieron en los Clubs en las mesas de *pocker*, ó que dejaron en el pecho de las artistas, convertidos en collares de perlas ó en prendedores de brillantes.

Las niñas se preparan á formar grupos—bandadas de palomas viajeras—que se halagan y se divierten en confuso y alegre

torbellino, ya en medio de las ondas azules del Océano, ya en las perfumadas salas del «Bristol», para luego separarse, llevando á su propio retiro el desencanto de una traición ó el desengaño de una ilusión perdida.

Y así, en aquellos meses breves, agitados, en que no se trabaja y se fatigan el cuerpo y el alma, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, y hasta los niños y las sirvientes, viven una existencia extraordinaria, vertiginosa, anhelante, en la que, sin un propósito preconcebido, todos esperan algo indefinido, que cuentan que llegará en el momento menos pensado...

No todos, sin embargo, van á Mar del Plata sin un objeto determinado y sin prejuicios, formados tras largo estudio de la concurrencia de señoras, de niñas y de hombres que llenan el hermoso balneario.

No faltan, seguramente, pescadores de buenas dotes, que llegan en busca de una rica heredera para esposa; ni tampoco faltan galanteadores de oficio, que prefieren

ser *culpados* á ser *culpables*, y que llevan á las playas del verano toda la batería de sus inocentes *flirts* de los teatros ó de las *soirées* de la Capital Federal...

En esa atmósfera se encontraba Carmen en el medio ambiente más propicio para aplacar la excitación nerviosa que la dominaba al abandonar á Buenos Aires.

Su compromiso matrimonial con Ricardo, anunciado por los diarios y circulado en los salones, había reducido mucho el círculo de sus festejantes; de manera que, sin las asiduidades de aquél, habría pasado su temporada balnearia sin accidentes amorosos.

Ricardo, sin embargo, realizaba su plan. Carmen había dejado correr la noticia de su casamiento, sin autorizarla y sin desmentirla; pero esto no bastaba al ambicioso joven. El necesitaba comprometer á la viudita, de una manera que hiciese indispensable su matrimonio con él.

Con ese propósito se había convertido en el custodio constante de su prometida.

No era celoso; probablemente, como marido, habría consentido á su mujer ciertas libertades comprometedoras—de esas que ellas creen inocentes y que ponen en ridículo al esposo—pero como *novio oficial*, como *prometido* de la «Vida Social» de *El Diario*, no podía consentir que nadie se atreviese á tener con Carmen galante-rías ó atenciones que pusiesen en duda sus derechos.

En el balneario, la señora de Orteza había encontrado á un joven, Gastón Cerrutier, dependiente habilitado de una casa de comercio de la ciudad, que era hijo de un antiguo sócio de su marido, y con cuya familia había conservado estrecha relación.

Este caballero era de una belleza y distinción extraordinarias; pero su figura no se había visto jamás en los salones de la alta sociedad porteña. Dependiente de una casa introductora, habría pasado por un advenedizo, en medio de esta aristocracia de nuestra República, á veces más exi-

gente que la que figura en los libros de la heráldica de cualquiera nación.

Se había criado, en los primeros años de su vida, con Carmen, y, como era natural, se tuteaban y se trataban con mucha confianza.

En la ciudad no se veían con gran frecuencia, tanto porque el joven actuaba en un mundo distinto al de Carmen, cuanto porque sus ocupaciones le impedían las visitas sociales; pero, cada vez que se encontraban, se trataban con la misma familiaridad que tenían cuando eran niños.

La primera vez que se hablaron en Mar del Plata, fué en la Rambla. A Carmen le produjo verdadero placer aquel encuentro. Le parecía que, como los compatriotas que se tropiezan inesperadamente en tierra extranjera, tenía cerca de sí algo del hogar derruido, al encontrar allí aquel compañero de los juegos de la infancia.

Su alegría fué viva, expansiva, leal. Por más que Gastón fuese un hombre notable

por su belleza varonil, ella no pensó en el hombre ni en su aspecto físico.

Su presencia le trajo á la memoria un cuadro lejano de su niñez: los padres de ambos, socios y amigos, reunidos con sus familias en el comedor de la casa, haciéndoles recitar versos y comedias, cuando Gastón tenía sólo diez años, y ella seis ó siete.

Pero, Ricardo estaba con ella cuando tuvo lugar aquel primer encuentro, y, confundiendo la franca alegría de Carmen con un sentimiento de otro género, tuvo celos, si tales pueden llamarse los odios inmotivados que inspira una persona á quien se ve por primera vez.

Carmen se apercibió de la impresión que en Ricardo había producido Gastón; pero creyó indigno de su orgullo mostrar que se daba cuenta de ello. Siguió tratando á Gastón con la familiaridad á que le daba derecho su amistad de veinte años, y despreció la ira que Catriel demostraba en sus maneras.

Desde ese día, Gastón fué visita, y hasta comensal frecuente de la familia de Orteza, mostrándole Laura la misma afabilidad y afecto que la viuda le manifestaba.

Esta estaba muy lejos de sospechar que su conducta pudiese dar lugar á murmuraciones. Para la mujer que, refiriéndose á un extraño había recordado la frase de Cleopatra desnuda delante de sus siervos:

—«Un esclavo no es un hombre», un dependiente de comercio, como era Gastón, no era un marido posible.

Y, sin embargo, se equivocaba. Como Ricardo había sentido celos por aquella familiaridad con que la viuda había tratado á Gastón, hubieron *otros* y *otras* que atribuyeron á coquetería sus acciones, y, más de una conversación picante del balneario tuvo por tema la intimidad del hermoso joven Cerrutier con la lindísima viude de Pincen.

XXII

La vida monótona y siempre igual de Mar del Plata continuaba sin alteraciones notables para Carmen.

Lo único que habría podido modificarla hubieran sido los reproches de Ricardo, pero éstos le eran indiferentes.

Con ese motivo, evitaba, en cuanto le era posible, su compañía, paseándose, casi siempre, sin personas que la siguiesen. A veces, por la mañana, mientras la Rambla y la playa se llenaban de gentes, ella solía aislarse en un extremo de aquel gran paseo, hacia el lado del muelle, donde la concurrencia era menos numerosa.

Sentada bajo una carpa, sola, completamente sola, allí, frente al mar, sus ideas, grandes y pequeñas, como aquellas olas, la invadían en tumulto, confundidas, sucediéndose unas tras otras, sin reposo y sin término.

Pensaba en Camilo ausente, despreocupado de ella y triunfador en medio de su ciencia; y, al lado de su deseo de hacerse amar por aquel hombre extraordinario, aparecía su despecho por los desdenes que de él había recibido.

El infinito, con su inmensidad, la atraía. Aquella magnificencia del Océano, siempre en actividad, nunca en reposo—unas veces tranquilo y plácido como un inmenso espejo, y otras alborotado y bravo como la amenaza—la hacían pensar en las cosas de la vida, en las agitaciones sociales, en los grandes problemas que sacuden á la humanidad, y que, con frecuencia, se chocan y se deshacen, sin resolverse, como aquellas ondas venían á romperse sobre la aridez inmutable de las rocas sin aniquilarse.

Comparaba á Camilo con aquella inmensidad infinita, y, contra su voluntad, pensaba que, mensurado el mar, acaso no sería tan grande como el alma de aquel

sér, á quien no había encontrado todavía el defecto que le hiciese despreciable.

Mucho tiempo habría pasado en aquellas reflexiones, si un accidente extraño no la hubiese sacado de su meditación silenciosa.

De repente, hacia el centro de la Rambla, frente al «Balneario del Negro Pescador», se oyeron gritos, y se vió correr á las gentes hacia la orilla del mar.

Al principio creyó que se trataba del paso de algunos delfines, ó de la aparición de alguna foca extraviada que se acercaba á la costa; pero pronto pudo conocer su error, viendo que el tumulto aumentaba, que los bañistas salían del agua, en tanto que los bañeros se arrojaban al mar.

Lo que producía aquella alarma era la imprudencia de un joven nadador. Confiando demasiado en su destreza y en su fuerza, se había alejado mucho de la playa. Un calambre paralizó la acción de sus brazos; no pudo seguir nadando, y, cuando se apercibieron los paseantes y turistas

del peligro que corría aquel temerario, ya estaba por ahogarse. Felizmente se llegó á tiempo. Un marinero de la Prefectura marítima le asió con mano poderosa, y luchando con las olas y con el hombre logró llegar hasta la playa.

Los empleados de la oficina de primeros auxilios estaban allí, y comenzaron la noble misión de hacer volver á la vida á aquel joven, que todavía no había muerto.

Entonces pudo reconocérsele. Era Gastón Cerrutier, que permanecía sin conocimiento, hinchado y amoratado el rostro, y respirando apenas con un ruido estertóreo.

Los comentarios comenzaron inmediatamente. Unos atribuían el accidente á una imprudencia del joven bañista, que había hecho esfuerzos de natación superiores á su resistencia; otros aseguraban que había mediado una apuesta, por la que Gastón debía llegar, desde la punta del muelle hasta la playa, nadando. Otros, en fin, fueron más allá, puesto que, prescin-

diendo de todo lo que pudiera presentarse como accidente, aseguraban que Gastón había intentado suicidarse, sin querer aparecer como suicida.

Esta última versión fué la que más eco encontró en la crónica social del balneario, atribuyendo á aquella intención causas diversas...

Cuando, siguiendo el movimiento de la gran onda humana, Carmen se acercó á los grupos para averiguar lo que había producido tanta agitación, fué muy grande la sorpresa que la produjo saber que Gastón, su compañero de infancia, era la víctima á quien acababan de llevarse á la sala de primeros auxilios.

Impulsada por sus nervios, y también por su carácter independiente, se dirigió al punto donde se encontraba el joven, llegando en momentos en que, aun cuando no había recobrado sus facultades, el peligro había desaparecido, pues se había conseguido ya con la respiración artificial, fricciones y aplicaciones eléctricas, que el

corazón comenzase á funcionar y empezase á desaparecer la coloración cianótica del rostro.

Aunque no la permitieron ver al enfermo, obtuvo todos los datos que necesitaba; y recordando que Gastón se hallaba solo, sin parientes ni amigos íntimos en Mar del Plata, pidió á los que se ocupaban de él que le llevasen al departamento que ella ocupaba en el Hotel, donde su propia madre, Laura, se encargaría de su asistencia.

La actitud de Carmen—cuya intimidad inocente con Gastón no era conocida de todos—se prestó á murmuraciones malevolentes. El joven aquel era demasiado hermoso para que hubiese pasado desapercibido; y como, aun cuando simple empleado de comercio, era muy correcto y distinguido en sus vestidos y maneras, el interés marcado que la viuda demostraba por él dió margen á la chismografía de los maldicientes y de los envidiosos.

Los que primeramente habían hablado de suicidio, atribuyéndolo á pérdidas en

la ruleta, hablaron entonces de los amores contrariados de Gastón, á quien suponían enamorado de Carmen, que le había desdeñado para casarse con Ricardo Catriel.

Este, por su lado, estaba indignado con la conducta de su prometida, cuya incorrección aumentó, cuando, en la mañana y la tarde del suceso, no se la vió aparecer en el comedor, ni en la Rambla, ni en parte alguna, pasándose, en unión con Laura, atendiendo á Gastón, que reaccionaba rápidamente.

Las mujeres en las condiciones de la viuda de Pincen, están siempre expuestas á inspirar envidias y á ser blanco de la calumnia. No se es impunemente hermosa, elegante, millonaria y libre á los veintiocho años! Cada una de esas cualidades es un atractivo que crea rivales en las demás mujeres que no las poseen.

Aunque Carmen era poco escrupulosa, y nunca la hubiera detenido el *¿qué dirán?*, en esta ocasión había procedido sin-

ceramente inspirada por un sentimiento afectivo, que nada tenía de común con la pasión amorosa. Sentía verdadero cariño por el hombre que la recordaba al cielo, que jugaba con ella en el gran patio de la casa paterna, mientras sus genitores—íntimos amigos y socios comerciales—se ocupaban de sus negocios.

Cuando, veinticuatro horas después del suceso, Gastón estuvo bien, y se fué á su alojamiento, la viuda de Pincen volvió á su existencia habitual de veraneante en Mar del Plata. Sólo entonces pudo darse cuenta de los perjuicios que su impremeditación la había causado.

Lo primero que notó fué la frialdad con que la trataban algunas de las damas que, hasta entonces, habían sido atentas, ya que no afectuosas, con ella. Con más ó menos disimulo, evitaban juntarse con ella en la Rambla; y en la terraza ó en el salón del Bristol la aislaban, separándose de ella con cualquier pretexto.

Los caballeros eran menos severos, me-

nos escrupulosos, pero, en cambio, se hacían más confiados, más audaces.

Dadas las condiciones sociales de Gastón, no le consideraban un marido posible de la riquísima viuda, y, buscando una explicación humana de la confianza entre ambos, suponían que Carmen, seducida por la belleza plástica de su amigo de infancia, le había aceptado como amante.

Edificando sobre estas bases, comenzaron á mirar á la viuda de Pincen como á una de esas mujeres frágiles, cuya conquista es fácil para un hombre de mundo, un poco atrevido.

Carmen comprendió que algo extraño pasaba á su alrededor, pero no pudo penetrar hasta el fondo de aquella infamia chismográfica.

Fué Ricardo quien, en nombre de su despecho y de sus celos, la puso al corriente de todo.

Empezó por insinuaciones vagas. Siguió con alusiones más concretas. Tuvo, por fin, exigencias y amenazas, y concluyó por pro-

curar reconciliaciones y perdones, convencido, él más que ningún otro, de la injusticia con que se trataba á aquella mujer honrada, aunque trivial y despreocupada.

Pero Carmen no estaba satisfecha. Estimándose en lo que valía, no se creyó en el deber de aceptar ese tutelaje social á que quiso sometérsela, y optó por no pedir ni dar explicaciones.

Si hubiese cometido algo impropio, acaso habría sido tímida, como todos los que tienen cosas que hacerse perdonar. Convencida de que su conducta era intachable, aceptó la situación que le creaban las indiferencias de las unas, las envidias de las otras y los cálculos de no pocos.

Redujo el círculo de sus relaciones á solo aquellas personas que habían continuado tratándola con las mismas consideraciones que antes del accidente ocurrido á Gastón; y continuó, con ellas, la vida de lujo y de elegancia que había llevado desde que llegó á Mar del Plata.

El joven motivo de estas incidencias

había vuelto á Buenos Aires en la época que tenía señalada desde un principio; y esta ausencia, que no dejó de servir de tema á otros comentarios, vino á hacer más fácil la vida de Carmen, que pudo entregarse á sus paseos y distracciones favoritas, sin exponerse á encontrarse con él.

XXIII

En tanto que Carmen veraneaba en Mar del Plata, las familias de Solar Moreno y de Bellat continuaban en Capilla del Monte, en donde Camilo se les había reunido de nuevo.

La existencia, metódica y activa, que allí llevaba María, había influído poderosamente sobre su organismo. Todas las manifestaciones de la tuberculosis habían desaparecido, sin dejar siquiera huellas que revelasen que habían existido.

Camilo, que estaba satisfecho de aquel ejemplo vivo de la curabilidad de la tisis, después de poner en antecedentes á un

médico amigo, llegado de Buenos Aires, de las lesiones pulmonares que él había comprobado en María, al principio de la enfermedad, le pidió que la examinase prolija y minuciosamente.

La curación era tan efectiva y radical, que aquel facultativo no pudo descubrir en cuál de los dos pulmones había habido reblandecimiento y derrames. Ambos se hallaban sanos.

El restablecimiento físico de la enferma, disminuyendo los escrúpulos de conciencia del médico, le había permitido ser más expresivo y amante con la joven cuñada de su hermana. Sin embargo, nunca había llegado á hacerla una declaración formal de amor, ya fuese por temor de que el mal reapareciese, ya fuese por miedo de que sus palabras asustasen á la niña, que tan inocente era en esas materias.

Aunque Camilo hubiese reservado sus sentimientos, al extremo de no haberse los revelado á su propia madre, todos los miembros de las dos familias se daban

cuenta de aquel idilio, en que los mismos actores no se habían apercibido del papel que estaban desempeñando.

La violeta, por más que se esconde entre las hojas verdes de la planta, es denunciada por su suave perfume. Así sucedía con el castísimo amor de aquellas dos almas selectas, que se revelaba y se comprendía, sin que ni siquiera ellos se preocupasen de que existía.

Verse, hablarse, confiarse recíprocamente sus impresiones y sus observaciones sobre lo que veían y sobre lo que hacían, eso, eso solo formaba todo el poema de sus vidas sencillas.

La estadía de Camilo en Capilla del Monte se había prolongado más de lo que él creyera. Nunca tuvo un motivo para dejar de hacer el viaje de regreso proyectado; pero siempre tuvo un pretexto fútil para justificar la demora.

Y ese pretexto, sin que él se apercibiera, tomaba su base en María; en algo

que á ella la afectara; en algo que ella quisiese ó que la interesase.

Unas veces, la víspera del día que había señalado para el viaje, Camilo inventaba un paseo á algún paraje que todavía no habían visitado, lamentando que la necesidad de volverse á Buenos Aires le impidiese acompañar á los excursionistas.

Entonces María se ponía triste, y decía sencillamente:

—Sin usted no iremos!—fijando en los ojos tiernos del médico sus lindos ojos de gacela tímida.

Y bastaba aquella declaración de la niña para que el viaje no se hiciese, y Camilo continuase aquella vida nueva y encantada para él.

Una tarde, al volver al Hotel de un paseo á los «Mogotes», entregaron á Camilo un telegrama que había llegado una hora antes.

Al ver aquel sobre amarillo, María se estremeció, se puso pálida, y, sin poder dominarse, dijo con tristeza:

—Debe ser alguno de sus enfermos que le reclama.

Camilo sonrió, pero había también amargura se su sonrisa. Se apresuró á abrir el telegrama, y, á medida que iba leyendo, sus facciones se demudaban.

Julia lo notó y preguntó:

—¿Qué hay, Camilo? Te has emocionado. ¿Hay alguna cosa grave?

—Es de mi tía Laura—dijo el médico, procurando aparentar indiferencia.

—¿Laura se ha agravado?—interrogó con interés la señora de Solar Moreno.

—No, no es ella. Es Carmen la que está enferma, y mi tía me pide que vaya á verla.

—¿Usted á verla?—preguntó María anhelante.—¿No están ya en Mar del Plata?

—Sí, es de allí de donde me telegrafían. Vea usted lo que me dicen.

Y Camilo leyó el largo telegrama que tenía en la mano, y en el que, aunque firmado por su tía Laura, el médico pudo encontrar ciertas indicaciones que revela-

ban que un facultativo había intervenido en su redacción.

Según se le decía, el estado de Carmen era delicado. Había tenido un resfrío mal cuidado; luego fiebre, que había aumentado rápidamente; los dos pulmones se habían congestionado; y, por fin, se acababan de presentar ciertos síntomas y complicaciones que los médicos que la asistían consideraban graves.

Laura y Carmen habían hablado de su parentesco con el célebre clínico Solar Moreno, y aquéllos habían indicado la conveniencia de que se le hiciese ir á Mar del Plata, pues no era posible trasladar á la enferma á la Capital en el estado en que se hallaba.

Camilo y todas las personas de su familia encontraron muy natural aquel llamado, y se resolvió que en el tren del día siguiente partirían para Córdoba el médico y la señora de Solar Moreno, que quiso ir á estar al lado de su cuñada en esos momentos.

--Mi lugar es allí—había dicho.—Laura tiene una afección cardíaca muy grave, y no servirá para asistir á Carmen, si está delicada.

Camilo y Julia habían comprendido que su madre tenía razón; y no resolvieron irse todos, porque no era posible hacerlo sin averiguar, previamente, si tendrían dónde alojarse, pues sabían que todos los hoteles estaban ocupados completamente.

La única que había guardado silencio, sin tomar parte en aquellas manifestaciones, fué María. No es que no quisiese á Carmen, por más que ésta nunca había intimado mucho la confianza con ella. Era otra la causa de su abstracción.

Aquellos rumores que circularon del casamiento de Camilo con su prima, la habían hecho sufrir mucho. Luego se habían disipado las nubes de su cielo; y había concluído por tranquilizarse cuando supo la noticia del matrimonio concertado entre Carmen y Ricardo Catriel.

Pero, ahora que sabía que Camilo iba

á estar al lado de su prima enferma, viéndola todos los días, ocupándose exclusivamente de ella, y tratándola con la doble intimidad del médico y del pariente inmediato—ahora, María volvía á sentir que sus tristezas pasadas renacían, y sufría, sin darse cuenta de la causa de su sufrimiento.

La pobre niña estaba celosa, porque amaba á Camilo; pero, en sus candores de alma primitiva, ignoraba tanto lo que eran los celos como que estuviese enamorada.

Ella comprendía que no podría impedir que Camilo marchase á donde el deber le llamaba. Sabía que no debía siquiera intentarlo, pues que no se reconocía con derechos sobre el médico; pero, en un momento en que quedaron solos, mientras las otras señoras preparaban los equipajes, no pudo defenderse de los impulsos que la arrastraban hacia Camilo, y le dijo:

—¿Por qué no me llevan con ustedes á Mar del Plata? Yo podré ayudar á su

mamá á cuidar á su prima... Me quedaré aquí tan triste!...

Camilo no esperaba aquella pregunta. Se había apercebido de que algo extraño pasaba en el alma de la joven; pero no pensó que llegase hasta dominarla al extremo que lo revelaban su turbación y sus anhelos.

Comprendió que el interés de María no estaba en los cuidados que Carmen necesitaba, ni tampoco en el deseo de serle útil á la señora de Solar Moreno.

Se dió cuenta de que lo que María buscaba era no separarse de él, y, acaso, inconscientemente, colocarse entre los dos primos, temiendo que llegasen á entenderse.

Sin embargo, no quiso que María supiese que él había conocido la agitación en que ella se encontraba, y trató de calmarla, sin que se mezclasen en sus palabras alusiones al estado de sus almas.

—No, no es posible que usted venga con nosotros, María. Sería una grave im-

prudencia ese cambio brusco de temperaturas. Haría á usted mucho mal salir de esta atmósfera seca, pura, de aire rareficado por la altura, para ir á aspirar las emanaciones salinas, húmedas y frías de las costas del mar.

—Usted cree?...

—Pienso que está usted completamente curada de sus dolencias pasadas. El desarrollo de su organismo se ha verificado en excelentes condiciones. Se encuentra usted hoy perfectamente sana, y nunca me perdonaría si la permitiese exponerse á una recaída. Aquí quedarán su mamá, Julia y su hermano, porque Jorge necesita todavía algún tiempo para terminar sus experimentos.

—Y usted ¿volverá?

—No sé lo que habrá que hacer. Depende de lo que se resuelva respecto á Carmen y de la marcha que tome su enfermedad.

—Pero ¿usted piensa que eso será largo?

—A juzgar por el telegrama, el mal pa-

rece grave. En las cuarenta y ocho ó más horas que tardaré en llegar allí, pueden haber sucedido muchas cosas. Si fuese posible, yo pienso que debe volver inmediatamente á Buenos Aires, donde la asistencia será más fácil. Si no... veremos allí mismo, en Mar del Plata, lo que deba hacerse.

María no podía oponerse ya á que Camilo procediese como él, en la rectitud de su carácter, entendía que era su deber, y, después de algunos momentos más de conversación, fué á ayudar á la señora de Solar Moreno á preparar sus maletas para el viaje.

XXIV

La gravedad en que se hallaba la viuda de Pincen era el tema obligado de las conversaciones de Mar del Plata. Ante la posibilidad de su muerte prematura, habían desaparecido las resistencias y esquiveces

que nacieron con motivo del accidente ocurrido á Gastón.

El mal se había presentado de improviso, asumiendo caracteres de gravedad desde el primer momento.

Una tarde muy calurosa, en que el tiempo amenazaba descomponerse, según lo pronosticaban los marineros de la playa, Carmen había formado parte de una cabalgata que se dirigía al Faro de los Mogotes, situado á diez kilómetros, más ó menos, de Mar del Plata.

Vestía una elegantísima amazona de paño negro, muy fino, ceñida al cuerpo, que se modelaba en sus formas espléndidas bajo la finísima tela.

Cuando partieron los turistas de la plazoleta que queda frente á la terraza del Bristol, un sol canicular caldeaba la atmósfera. A mitad del camino comenzó á soplar un viento del lado del mar, y, aun cuando alguno de los paseantes indicó la conveniencia de no llegar hasta el Faro, pues los nublados del Sur empezaban

á hacerse sospechosos, triunfó la savia loca de aquella juventud que anhelaba divertirse.

Carmen era acaso la más entusiasta y decidida.

Llegaron al Faro cuando el cielo estaba completamente encapotado, siendo tan seguro que poco después empezaría á llover, (que los oficiales y guardianes de aquel punto aconsejaron á los paseantes que buscasen cómo guarecerse en las inmediaciones, pues no podrían llegar á Mar del Plata antes de que la tormenta descargase.

Entonces comenzaron las aflicciones y reproches. Los unos culpaban á los otros de la imprudencia de haberse apartado tanto, cuando se les había predicho el cambio de tiempo; pero ya no había remedio.

Después de discutir mucho, una de las amazonas, llamando á su compañero para que la ayudase á bajar del caballo, manifestó su resolución de quedarse allí, diciendo:

—*J'y suis, j'y reste!* Diré y obraré como Mac Mahon en Sebastopol.

Carmen, por el contrario, se acomodó mejor en su silla, ciñó bien el vestido para que el viento no lo volase, y, dando un latigazo á la yegua inglesa que montaba, se lanzó al galope, en dirección á Mar del Plata, gritando alegremente:

—Pues yo hago como Enrique IV: *Qui m'aime, me suit!*...

Algunas damas y caballeros quedaron en el Faro; pero la mayor parte imitaron á Carmen, y tomaron, al galope de sus cabalgaduras, el camino del regreso.

Un cuarto de hora después, y cuando los viajeros se encontraban en medio de la campiña, empezó á llover. Las primeras manifestaciones de los cabalgantes fueron de alegres risas y de bromas recíprocas. Pero la lluvia fué aumentando en intensidad, hasta caer el agua torrencialmente, y empapar, en pocos instantes, á damas y caballeros, que ya no pensaron en reír, sino en buscar algún refugio.

Tuvieron que seguir andando, en medio de aquel diluvio, durante diez ó doce minutos más, hasta que, por fin, llegaron hasta una estancia, donde fueron perfectamente recibidos y tratados.

Desde allí mandaron peones á buscar carruajes á Mar del Plata; pero, como no había medios de cambiar las ropas mojas, tuvieron que quedar con ellas más de una hora y media, hasta que los vehículos llegaron y les condujeron á sus alojamientos en el balneario.

Cuando Carmen llegó, tenía mucho frío. La temperatura sofocante de la mañana había sido reemplazada por un ambiente helado y penetrante. Las ropas, empapadas por la lluvia, se habían ido secando con el calor del cuerpo; pero húmedas todavía, al enfriarse con el aire reinante, hacían estremecer á la viudita, que comenzó á toser.

Esa noche fué al comedor, pero no tuvo apetito. Cada vez se sentía más postrada, más molestada por dolores en el pecho

y en la espalda. Al fin apareció la fiebre, y con ella la alarma.

Los médicos se dividieron en sus opiniones en el primer momento. Unos creían que aquello sería una simple bronquitis; otros temían que iba á degenerar en fiebre tifus, y, finalmente, otros sostenían que era una pneumonía, que había afectado los dos pulmones.

Como el mal se mostraba rebelde á todo tratamiento, Laura insinuó la conveniencia de llamar á Camilo. Carmen, á pesar de su estado, creyó que aquella visita podría tener otras consecuencias más halagüeñas, y accedió á que se le llamase.

Ricardo Catriel, que no salía de los alrededores del departamento ocupado por la viuda de Pincen,—por quien estaba cada dia más interesado,—fué quien llevó el telegrama que Camilo recibió en Capilla del Monte.

Cuando el célebre médico llegó á Mar del Plata, acompañado de su madre, encontraron alojamiento preparado para ellos

muy cerca de las habitaciones de Laura y la enferma. Aquella había tenido la precaución de pedirlo en el mismo Hotel.

Camilo, antes de ver á Carmen, quiso que se llamase á los otros médicos que la habían asistido desde el primer momento. Después de conversar con ellos, entró en el cuarto de la enferma, y recibió una mala impresión al ver los estragos que la dolencia había hecho en tan pocos días.

La viuda había perdido el color y el aspecto de fruta sana y fresca, que tenía la última vez que su primo la viera.

En cambio se encontraba con una mujer enflaquecida, cuyos ojos tenían el brillo malsano de la fiebre, encerrados dentro de un círculo amoratado, que hacía más notable el arranque de la nariz, muy perfilada.

Las manos, que descansaban sobre las ricas sábanas bordadas, afinadas y delgadísimas, tenía una palidez casi transparente.

Carmen conservaba su belleza y su ju-

ventud; pero era una belleza distinta de aquella hermosura soberana, que, con andar de reina, atravesaba los salones.

Era ahora una flor delicada, frágil, pálida, como esos jazmines que abren durante las noches del verano, que parecen estrellas por su forma, y á los que marchita el más leve soplo de la brisa.

Cuando Camilo, dominando su emoción se decidió á cumplir su deber profesional, hizo un examen muy detenido de la enferma.

Su impresión fué aún más desagradable. Después de aquellas investigaciones, pudo comprobar que, el estado de Carmen, era más grave que lo que había supuesto al recibir el telegrama.

Conferenció con los otros médicos; adoptaron un tratamiento, y convinieron en que el doctor Solar Moreno, como pariente y facultativo habitual de la familia, se haría cargo de la enferma.

La misma noche de su llegada, cuando se

retiraron á sus habitaciones, hablando solo con su madre, Camilo la dijo:

—Temo que lo que Carmen tiene sea una tisis aguda.

—¿Que dices?

—Sí. Los dos pulmones están gravemente afectados, y, si el mal no se detiene, la enfermedad va á tomar un carácter de rapidez galopante.

—Pero ¿estás seguro de que es la tisis?

—Desgraciadamente sí. He comprobado, en mis análisis, la presencia del *bacillus* terrible en una proporción alarmantísima, y, cuando el mal ha hecho una marcha tan violenta, hay que temerlo todo.

—¡Pobre Laura! ¡No va á poder resistir este golpe!—dijo la señora Solar Moreno, cuyos ojos se llenaron de lágrimas al fijarse en el rostro alterado de su hijo.

—Es menester no decir la horrible verdad á esa desgraciada madre. Sobre todo todavía hay mucho «sujeto» en Carmen, y es preciso luchar. Lo primero que debe hacerse, es procurar sacarla de aquí.

—Tal vez fuera fácil encontrar una casa en los alrededores. Laura me ha hablado de un *chalet*, que queda en la parte alta, hacia la Playa de los Ingleses.

—No, no es eso, madre. Lo que Carmen necesita es salir de Mar del Plata, no del Hotel. Este clima, con los cambios bruscos de temperatura, no pueden sino acelerar los progresos de su mal.

—¿Y tú crees que podría ahora trasladársela á Buenos Aires?

—Mientras persista la fiebre alta, no; pero espero que la haremos descender, así como que conseguiremos mejorar los demás síntomas graves. Entonces, en un tren expreso, y con comodidades y cuidados especiales, no habrá peligro en llevarla. Es bueno preparar á mi tía para el viaje, á fin de que no la sorprenda. En cuanto á Carmen, yo aprovecharé el momento de decírselo sin contrariarla.

—Voy á escribir á Julia, á quien prometí hacerlo inmediatamente de llegar. ¿Qué debo decirle?

—La verdad, pero sin nombrar la enfermedad.

Camilo se inclinó y besó la frente de su madre, como tenía costumbre de hacerlo siempre que se despedía de ella durante el día ó al ir á acostarse. No había llegado á la puerta, cuando se volvió, algo turbado, y la dijo:

—Cuando salimos de Capilla del Monte, dejé á María muy preocupada y triste. Hazme el favor de decirle en tu carta á Julia, algo de mi parte que la tranquilice, y asegúrala que antes de muchos días volveremos á verles.

La señora de Solar Moreno miró sonriendo á su hijo. Las madres adivinan lo que pasa en el alma de los hijos. Camilo no podía olvidar á María un solo instante, y tal vez ese empeño que manifestaba en que Carmen saliese de Mar del Plata, no era extraño á su deseo de acercarse á la niña querida,

XXV

Si bien no se hizo público el carácter del mal de que padecía la interesante viuda de Pincen, no fué posible ocultar mucho tiempo su gravedad.

No sólo los medicos no la negaban, sino que Ricardo, especialmente interesado en hacer notables sus desesperaciones, para que, algún día, Carmen se las agradeciese, no se ocupaba de otra cosa que del estado de salud de la enferma. Como no se hablaba de otra cosa en el balneario, sus amigos le llamaban «el boletín médico de la *Princesa*, sobrenombre que solía darse á la viuda de Pincen, por su porte señorial y su marcada tendencia aristocrática.

En sus exageraciones, Ricardo, más de una vez, llegó hasta el ridículo. Una noche, en que hubo una pequeña agravación en la fiebre, tuvo la pretensión de

que se suspendiera el baile del salón del Bristol, con el doble pretexto de que los ecos de la música podían incomodar á la enferma, y de que no eran pertinentes las alegrías y fiestas sociales, cuando uno de sus más bellos y distinguidos elementos padecía.

En la salita del departamento que ocupaban la señora Ortega y su hija, había centenares de tarjetas de Ricardo—de las que ninguna había visto Carmen—y con las que bombardeaba á la madre cuando no podía ir, personalmente, á procurar que la hija oyese su voz quejumbrosa, desde la habitación vecina, en que ella sufría, al lado de la salita.

Aquella enfermedad inoportuna hacía peligrar los planes que el galanteador Catriel se había forjado. La viudita y su codiciada fortuna podían escapársele. No le preocupaba la posibilidad de la muerte de la mujer que pasaba por su prometida. Lo que Ricardo temía, era la influencia que Camilo llegaría á ejercer sobre Car-

men, en aquel contacto diario y confiado, en que tendrían que hallarse el médico y la enferma....

Sin embargo, mientras Ricardo vivía en estas agitadas preocupaciones, Carmen no había pensado en él una sola vez. Si por accidente llegaban á nombrarle delante de ella, su indiferencia era tan absoluta que nadie, absolutamente nadie, podría poner en duda la falta de interés de la viuda de Pincen por todo lo que se relacionase con Ricardo Catriel.

Pasaron así algunos días en angustiosas alternativas, mejorando y agravando el estado de la enferma, sin que, en ningún momento, se presentase una crisis francamente favorable ó adversa.

Más de una noche le fué necesario á Camilo velar á la enferma, y, en ellas, no era lo menos mortificante para el espíritu recto del médico, ciertas manifestaciones del delirio que la fiebre producía. En esos instantes de inconsciencia, en los que la alta temperatura alteraba las facultades

de la voluntad de la enferma, solía hablar del pasado, recordando sus desvíos para con Camilo, para concluir por hablar del presente, en que le veía á él desdeñándola.

Entonces Carmen estallaba en explosiones violentas de una pasión amorosa no dominada, y se mostraba agresiva y amante á la vez, mezclando, en su delirio, los nombres del médico y de María, ya para sonreír ante la supuesta caricia de aquél, ya para indignarse ante la sospecha de que ésta pudiera amarle.

Las dos madres, que asistían á estas escenas, se apercibían del sufrimiento de Camilo, al ver su impotencia para dominar el delirio, tanto más mortificante cuanto que los temas preferidos para aquellos extravíos cerebrales eran él y la niña lejana. Sin embargo, nunca aludieron á esas pasajeras extravagancias de la fiebre cuando las horas de calma volvían al espíritu de Carmen.

Llegó, por fin, un día en que Camilo

creyó que la enferma podía ponerse en viaje, abandonando á Mar del Plata para volver á la ciudad.

El mal se caracterizaba. El clima de Mar del Plata era fatal para la situación de la enferma, y era menester sacarla de allí.

A fines de Enero la viuda se hallaba instalada en su espléndido palacete de la Avenida Callao, rodeada del *comfort* y del lujo que proporcionan la fortuna, la elegancia y el *savoir vivre*.

Por prescripción médica, pasaba levantada la mayor parte de las horas del día; pero se resistía á salir á la calle y á recibir visitas.

Su cambio era notable. Se había marchitado la frescura de su belleza lujuriente. Era una mujer pálida, delgada, muy fina, cuyas curvas habían perdido aquella redondez mórbida que formaron su encanto.

En su carácter se había operado igual modificación. Ya no era la mujer alegre y burlona, que amaba la lucha y que bus-

caba las dificultades para vencerlas. Su mismo orgullo de raza había desaparecido, reemplazándose por una suavidad y tolerancia tales, que toda falta encontraba en ella una disculpa.

A Camilo le trataba con mucha dulzura; pero evitaba encontrarse sola con él. Parecía que temiese que, en algún momento, las escenas del pasado pudiesen levantarse entre ambos. Los recuerdos, á veces, son fantasmas que causan miedo.

Camilo la trataba con gran cariño. Era un afecto fraternal, nacido en la infancia, que reaparecía y se manifestaba ahora con mayor vehemencia, delante del lecho en que Carmen ya no debía ser mirada sino como una enferma.

El médico no podía equivocarse. Sabía el peligro de su porvenir. La mujer había desaparecido: sólo quedaba la tísica.

Ella tampoco se hacía ilusiones. No conocía el verdadero grado de gravedad de su estado; pero se daba cuenta de los cam

bios que tan rápidamente se habían operado en su organismo.

Desde que se hallaba en Buenos Aires, sentía, diariamente, fiebre lenta á ciertas horas de la tarde; tenía mucha tos, especialmente por la noche; su enflaquecimiento progresivo aumentaba; se veía en los espejos muy pálida, rodeados los ojos de negras ojeras, afinados los labios y siempre desfalleciente y casi sin fuerzas para andar.

En cambio conservaba su inteligencia en la plenitud de sus facultades.

Quince días después de estar en Buenos Aires, las cosas no habían cambiado.

Una sola vez había recibido á Ricardo Catriel, y en esa ocasión consintió en recibirle, con el único objeto de decirle que cesase completamente en sus pretensiones, porque su salud no le permitía alimentar esperanzas en nada.

Ricardo comprendió que Carmen no mentía. Fué tanta su sorpresa al ver á la joven viuda en el estado en que se ha-

llaba, que al despedirse de ella llevaba la convicción de que su prometida estaba herida de muerte.

Esa misma noche, en el Jockey Club, Catriel decía á todos sus amigos que Carmen estaba tísica, y que, su matrimonio se había postergado, con ese motivo.

La noticia circuló con gran rapidez, y, como consecuencia, fueron muchas las personas que ocurrieron á preguntar por la distinguida enferma.

Sin embargo, una mañana, después de una noche muy agitada, le pareció que la fiebre había aumentado y que su postración era más acentuada.

Cuando Camilo vino á verla, como lo hacía diariamente, la halló en la cama. No había querido levantarse, sin explicarse ella misma la causa.

—Me parece que cada día estoy peor, Camilo—le dijo con abatimiento.

—No, no estás peor—contestó el médico, mientras contaba los movimientos del

pulso.—Es que el tiempo es malo. Este verano es muy fuerte...

—Tienes razón. Yo siento mucho el calor. En Mar del Plata estaba mejor.

—Pero el aire del Mar y los cambios bruscos de temperatura no te convienen.

—Y las sierras ¿no le convendrían ahora?—preguntó tímidamente Laura.

—¡Las sierras sí! Ya lo creo que te sentarían muy bien!—contestó Camilo, con tal aire de convencimiento, que Carmen se volvió para mirarle.

La sombra de María Bellat cruzó por la mente de la enferma, cuyo rostro se cubrió de sombras.

Camilo no había pensado en ella en aquel momento. Era solo el médico recto y de conciencia que, contestando á una consulta profesional, respondía la verdad.

—Si tú crees eso, me iré á Capilla del Monte—dijo Carmen, procurando leer el efecto que sus palabras hacían en Camilo.

Este no se inmutó. Con una calma tan

natural, que probaba que era cierto lo que decía, la contestó:

—Hace muchos días que, hablando con mi madre, le había indicado que te sería muy conveniente un viaje á las sierras ahora, y al Brasil ó á Suiza en el invierno.

—¿Y por qué no me lo dijiste directamente á mí?—preguntó Carmen.

—Porque ese cambio no conviene á la salud de mi tía Laura, y tratábamos de conciliarlo todo antes de proponértelo.

La manera como Camilo había dado esta explicación satisfizo á la viuda. Había en ella tanto interés como ternura.

Sin embargo, algo la había preocupado.

—Ahora á las sierras, y en invierno á Suiza, ¿has dicho?—é incorporándose en el lecho para poder mirar de frente al médico, le preguntó:

—Dime, Camilo, ¿acaso estoy tísica?

La interpelación inesperada sorprendió al médico, que negó sin convicciones, turbado, como quien no se atreve á decir una gran mentira.

Carmen no insistió mucho; pero sus ojos se abrigaron y una marcada emoción agitó su pecho.

El terrible secreto acababa de revelársele!

XXVI

Las madres son la encarnación del sacrificio. Nada hay que limite su abnegación, si se trata de favorecer á sus hijos.

Laura obligó á su naturaleza á dominar sus propias dolencias, para convencer á su cuñada Mercedes y al médico Solar Moreno que se encontraba tan bien de salud que podrían trasladarse, sin peligro para ella, á Capilla del Monte, desde que una estadía en aquellas alturas podría mejorar á Carmen.

Por fin se decidió el viaje, y, como era de esperar, Camilo fué con las señoras á las sierras.

Había pasado más de un mes desde que

se separó de su hermana y de María. Por mucho que esperase hallar á ésta mejorada, nunca sus esperanzas hubieran llegado á la realidad con que se encontraba. La niña estaba completamente restablecida. Nada, absolutamente nada quedaba de la terrible dolencia. Aquella niña débil, delicada, flaca y pálida, que había hecho temer por su vida, se hallaba reemplazada por una mujer llena de vida y de belleza, fresca y sana como los frutos maduros de una planta lozana.

Sus formas se habían desarrollado armónica y espléndidamente. Podía mirársela como una hermosa realidad del presente, que hacía olvidar completamente la frágil naturaleza del pasado.

En las mismas manifestaciones externas de su vida se la veía más alegre, más risueña, tomando mayor parte en la existencia; más contenta de vivir, como si estuviese convencida de que ya nada tenía que temer.

Cuando Carmen la vió, su sorpresa fué

muy grande. Le parecía imposible que, en tan poco tiempo, se hubiera operado tan completa transformación.

—Es la mariposa, brillante y feliz, que ha salido de la crisálida—decía acariciándola sin celos.

Ella misma se admiraba de aquellos arranques que la invadían, cada vez que descubría en María un nuevo encanto.

En Mar del Plata y en Buenos Aires, cuando pensaba en esta joven, no podía separarla, en su pensamiento, de Camilo. Recordaba perfectamente que el médico la había asegurado que nunca sería el marido de María, porque su conciencia le impedía casarse con una tísica; pero, ahora, esa causa ya no existía. María estaba completamente sana. Y, sin embargo, ella no sentía aquella desesperación celosa, que tantas veces la había llevado casi á odiar á la pobre niña inocente.

¿A qué causas podía atribuir aquella mudanza?

¿Sería, acaso, gratitud hacia Camilo, que tan bueno había sido para con ella?

¿Sería la misma enfermedad que la aquejaba la que había modificado su carácter?

Carmen no lo sabía; pero reconocía que la simpatía que la arrastraba hacia la joven Bellat era sincera y espontánea, sin reticencias ni reservas.

María, por su lado, había sentido impresiones semejantes. Nunca había tenido intimidad con Carmen, y tal vez jamás tuvo por ella gran afecto. Se había acostumbrado á mirarla como á la gran dama, como á la mundana, que vivía y se agitaba en un ambiente distinto á aquel en que ella vivía.

Pero ahora... ¡La volvía á ver tan cambiada!

Ya no era la mujer hermosa, ni la joven elegante de algunos meses atrás. Era una enferma, y una enferma cuya gravedad Camilo no les había ocultado, al hablar de ella con Julia y con Jorge.

Más todavía. Camilo había recomenda-

do á todos que tratasen de halagar á Carmen; de hacerle agradables todos los momentos; de no contrariarla nunca, encargando, especialmente, que jamás la hablasen de su dolencia.

Y María, naturalmente buena y generosa—obedecía con placer aquellas recomendaciones, tratando de ganarse la intimidad y la confianza de la viuda.

—Ahora está usted delicada, Carmen—la decía afectuosamente la niña.—Pero ya verá usted como muy pronto se pone usted fuerte otra vez.

—¿Lo crees tú también?—contestaba la enferma, que, sin saber por qué, tuteaba á la cuñada de Julia ahora, no habiéndolo hecho antes.—Si mi restablecimiento solo dependiese de los cuidados, son tantos los que todos ustedes tienen conmigo, que estoy segura de que me pondría buena en muy poco tiempo.

—Camilo también piensa lo mismo. Y usted sabe que él no se equivoca.

Las dos mujeres hablaban del médico

con íntima confianza, sin rivalidades ni despechos. Carmen había tenido celos de esa criatura angelical, y, al oirla hablar del sér amado con todo el candor de su pureza, comprendía que, en aquella niña inocente, no encontraría nunca resistencias que vencer.

—Si María ama á Camilo—pensaba Carmen—ella misma ignora cuáles son los sentimientos de su alma. Y si él la ama... ¿cómo podría yo oponerme á ese amor?...

La estadía en Capilla del Monte fué propicia para la joven viuda de Pincen. Por lo menos, ella se sentía más animada. Los pequeños paseos en carruaje no la fatigaban, y el aire de las montañas parecía producir en ella una reacción saludable.

Como Julia tenía que ocuparse de su marido, y Mercedes generalmente cuidaba á Laura, que seguía delicada, María era la compañera habitual de las excursiones de la enferma. Ya fuese á pie, por

las mañanas; ya fuese en coche, por las tardes, siempre se las veía juntas.

Camilo hubiera deseado evitar esa continuidad del trato, pues aun cuando estaba seguro de que María no tenía ya lesión pulmonar alguna, temía que pudiera existir en ella alguna predisposición que la expusiera al contagio de la tuberculosis que padecía Carmen.

Con frecuencia el médico las acompañaba, y, en esos paseos, el encanto de las dos mujeres era supremo. Camilo, sin hacer inútil gala de su ilustración, amenizaba las horas con descripciones y relatos, que interesaban al extremo de que, sus dos compañeras, permanecían pendientes de sus labios mientras él hablaba.

Una tarde, en que Carmen y María habían ido solas á «La Toma», durante el paseo la viuda se quejaba de lo lento de su mejoría, pues no había empezado á reaccionar, aumentando su peso. Para reconfortarla en sus esperanzas, María la dijo cariñosamente:

—Hace usted mal en impacientarse. Mírese usted en mi espejo. Recuerde usted cómo estaba yo cuando vine, y vea usted cómo estoy ahora.

—¡Ah! ¡Es verdad!... Tú estabas también...

La viuda no terminó la frase. Miró fijamente á María, y ese día, mejor que todos los anteriores, pudo comprender que aquella niña se encontraba en toda la lozanía de una frescura sana.

Un enjambre de pensamientos distintos se amontonaron, atropellándose en su cerebro, impidiéndola hablar. Recordaba que Camilo le había asegurado que María estaba tísica y que era ese *el único* obstáculo que aquél había opuesto á su casamiento con ella.

Si María estaba sana, el obstáculo había desaparecido. En cambio ella, Carmen, era ahora la enferma; y, si su enfermedad era la misma de María, la tuberculosis se interpondría entre el médico de conciencia y la enferma enamorada.

¡Ah, si María dijese la verdad! ¡Si, como la niña se había curado, también pudiese ella curarse!...

Una melancolía profunda invadió su alma, y las lágrimas asomaron á sus párpados.

En vano María trató de distraerla. Carmen dió orden de regresar al Hotel, y, cuando llegaron, todos se apercibieron de que algo extraño pasaba en el alma de la joven viuda.

XXVII

Camilo fué prevenido, é inmediatamente estuvo á su lado, con premiosa solicitud. Encontró muy sobreexcitado el pulso; pero, fuera del cuadro general de los síntomas que siempre existían, no halló nada que le alarmase.

Por la manera como le observaba, comprendía que había una causa moral que producía aquella situación de ánimo en

la enferma. Buscó un pretexto para encontrarse solo con ella, y la preguntó:

—¿Qué es lo que ha pasado, Carmen?
¿Por qué estás tan nerviosa?

—¡Ah! ¿Lo has conocido?... Es verdad. Me he impresionado mucho al hacer una observación... Dime, Camilo, ¿crees tú que María está completamente restablecida?

—Sí; está sana, como si jamás hubiese estado enferma—dijo Camilo con acento tanto más convencido, cuanto que quería infundir esperanzas á Carmen de que ella también pudiese sanar pronto.

—Entonces—agregó la viuda melancólicamente—ya no puedes tener escrúpulos en casarte con ella... Me dijiste un día que María realizaba el ideal de la mujer que te gustaría por compañera...

Camilo palideció. Le habría satisfecho ser leal y hablar á su prima con toda franqueza; pero el médico dominó al hombre, y prefirió desviar la conversación.

El comprendía que cualquiera emoción violenta haría mucho mal á Carmen, y no

quiso decirle nada que pudiera disgustarla.

—¡Oh! No he pensado en semejante cosa. Jamás he dicho á María una sola palabra de amor.

—Pero ella te ama, Camilo.

—Me quiere como los niños quieren á quienes les miman. He sido siempre muy bueno para con ella, y la he cuidado mucho. Es natural que me tenga afecto. Pero nunca he pensado en proponerle una boda.

—Ya llegará el momento.

—Pero, por ahora, ocupémonos sólo de ti. Es necesario que tomes ese ejemplo. Ya ves lo que producen los cuidados. María también estaba muy mal, y hoy...

—«También estaba muy mal», has dicho? Lo que quiere decir que yo estoy mal, y de la misma enfermedad...

—No, no he querido decir eso, Carmen. Exageras...

—No; ya es inútil, Camilo; hoy me he dado cuenta de la horrible verdad. Ya lo sé: ¡estoy tísica, como María lo estuvo!

—Lo que estás es loca, Carmen. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante desatino?

—Sería ineficaz cuanto hicieses por convencerme de lo contrario. Hace tiempo—ya en Mar del Plata—tuve la sospecha. Como allí no teníamos mucha comodidad, recordarás que, la salita donde celebraban las consultas los médicos, estaba al lado de mi dormitorio.

—Sí, sí, lo recuerdo; y...

—Pues bien. Una noche oí algo. No pude entender lo que ustedes decían, pero oí distintamente las palabras *bacillus de Koch*.

—Tal vez lo diríamos hablando de otra enferma. Tú sabes que los médicos, en las consultas, conversamos de todos los casos raros que tenemos.

—Más tarde me puse á estudiarme. Me apercibí de que mi fiebre era periódica y que la tenía todas las tardes. Noté que la tos aumentaba de noche; que tenía transpiraciones frecuentes, y que el enflaque-

cimiento y la debilidad iban consumiéndome.

—Síntomas todos de la bronco-pneumonía que todavía no te abandona.

—A todo esto pude agregar tu preocupación; la asiduidad de tu asistencia; el descuido de todos tus otros enfermos, y, finalmente, tu decisión de que abandonase las costas del mar y viniese á las montañas.

—Y ¿qué has deducido de todo eso?

—Que has seguido conmigo el mismo tratamiento que antes te ví seguir para con María... ¡Aguarda! No me interrumpas. Cuando vinimos á Capilla del Monte, en esta intimidad que se ha establecido entre la niña de Bellat y yo, muchas veces me he hecho contar los síntomas y la marcha de su enfermedad. Ella no sabe que ha estado tísica, y, con un candor infantil, casi con alegría, cada vez que yo la hablaba de un síntoma que yo sentía, me decía, agitando las manos sonriente:—«Lo mismo tenía yo», y seguía luego refiriéndome

todos sus padeceres pasados, que son los míos ahora presentes...

—Y de ahí has sacado la consecuencia?...

—De que, así como María *estuvo* tísica, yo lo *estoy* ahora!

Carmen llegó á aquella conclusión con tanta convicción, que Camilo hizo estériles esfuerzos para desengañarla. Por fin, como si transase con la situación, dijo:

—Pero, supongamos que tuvieses razon. ¿Qué habría? Te sucedería á ti lo que le ha sucedido á María. Un poco de régimen; cuidados constantes; buen aire; sobre-alimentación, y, al cabo de un par de meses, cuando llegue el invierno, á la Opera á oír otra vez á tu diva Rosina Storchio.

Había calor afectuoso en las palabras de Camilo. Aquel espíritu superior, sin apercibirse de ello, sentía renacer por la prima enferma el cariño sincero que había sentido por la mujer coqueta de otros días. La compasión suele tener manifestaciones tan vehementes como el amor mis-

mo. Tomó entre las suyas las manos largas, enflaquecidas de Carmen, y acariciándolas con la suavidad con que se acaricia á un niño, la dijo con mucha ternura:

—Vamos, Carmen; es preciso ser fuerte. Tú no estás tan mal como supones, y no debes amilanarte. La mitad del remedio está en el espíritu. Si tú me ayudas, yo te prometo que te voy á sanar muy pronto.

Carmen, sin abandonar las manos de Camilo, le miró fijamente, clavando su mirada, brillante por la fiebre, en los ojos tranquilos de su primo. Este sonrió dulcemente al contacto de aquella mirada, cargada de amor, y sintió una ligera presión en la mano que Carmen sostenía entre las suyas. Vió que, poco á poco, aquellas mejillas se teñían de un leve color de rosa; que lágrimas contenidas apagaban el brillo de los ojos, y que aquellos dedos que estaban entrelazados con los suyos se desligaban, para caer los brazos desfallecientes, en tanto que la joven viuda, con la cabeza inclinada, decía triste y lentamente:

—Y ¿para qué curarme? ¡Ya no quiero vivir!

—¡A tu edad! Carmen: pocas mujeres tienen más derecho á la vida.

—En otro tiempo, tal vez. Ahora...

—Ahora como siempre.

—Una tísica no debe ser esposa de nadie, Camilo. ¡Tú lo has dicho! ¡Es un deber de conciencia!...

Camilo miró aterrado á Carmen. Cuando, defendiéndose de las sospechas de su prima, había dicho que no podía tener intención de casarse con María, porque estaba tuberculosa, no podía prever que, pocos meses después, su prima se aplicaría á sí misma aquellas palabras.

Y, sin embargo, era verdad. Carmen no podría ser, lealmente, la esposa de nadie. Pensó en Ricardo, que había anunciado su llegada para pocos días después, y creyó que acaso la viuda de Pincen aludía á él, por más que ella siempre afirmase que nada existía entre ellos.

—No estás en condiciones de pensar

de ese modo, Carmen—dijo el médico, para evitar que la prolongación del silencio hiciese más difícil su situación.—Por otra parte —agregó— no es sino cuestión de tiempo. Tu novio podrá esperar. Eres tan joven...

—¿Mi novio?—preguntó ella, en tanto que una sonrisa amarga dilataba sus labios.—Tú sabes que yo no tengo novio.

—Ricardo Catriel...

—Ese necio fué mi instrumento en una época en que estaba trastornada... Hoy me fastidia...

—El no pierde las esperanzas. Llegará pasado mañana, y acaso te distraigas.

—Estoy dispuesta á repetirle lo que le dije en Buenos Aires. ¡Ya verás qué pronto se vuelve!

—Lo que tú tienes que hacer es no disgustarte por él ni por nadie. Vive tranquila; cuídate, y después...

—¡Yo no tengo *después*!

—¡Carmen! ¿Qué estás diciendo? No eres tú quien habla. Debes tener fiebre,

Y mientras el médico levantaba, entre las suyas, la pálida mano de la enferma, para tomarla el pulso, ella decía con melancolía:

—¡Pobre Camilo! ¡Cuánto le incomodo!
Y, sin embargo, mi mal es incurable.

XXVIII

Carmen no pudo conciliar el sueño aquella noche. No eran sólo la fiebre y la tos —sus dolencias físicas— las que la mantenían desvelada.

La preocupaba, sobre todo, la situación de su espíritu. Todo su sér moral se había afectado ante el descubrimiento indubitante de que estaba tísica.

No era, tampoco, el temor de la muerte lo que causaba su excitación. Creía en la reacción pronta y eficaz. Tenía fe en la ciencia de Camilo, y estaba persuadida de que su enfermedad pasaría, como había pasado la de María.

Lo que la dominaba era, precisamente,

la seguridad de que aquella niña estaba ya restablecida, y que Camilo la amaba.

El médico no lo había confesado; pero su instinto de mujer enamorada se lo aseguraba.

Y, en estas circunstancias, ella se desesperaba, convencida de que también ella amaba á su primo. Era una reacción que se operaba.

Todos los pasados proyectos que—en la lozanía de su juventud y en el orgullo de su belleza—se había formado, convencida de que atraería á Camilo por el despecho ó por los celos; todas aquellas combinaciones en que figuraba Ricardo como protagonista de escenas amorosas—todo desaparecía ahora, ante la evidencia de que era ella la que amaba á Camilo y de que el amor de éste se le escapaba.

La rivalidad de María, que al principio la había parecido imposible, ahora la encontraba, no sólo evidente, sino también grandemente peligrosa.

Ella, Carmen, no había sabido compren-

der á aquella alma selecta, que sólo se cernía en las alturas, donde anidan las águilas.

Hija del siglo, engendro delicioso de las sociedades modernas, la exhibición y el deslumbramiento eran su elemento necesario. Y Camilo no se encontraba jamás entre las multitudes que se agitan en las grandes claridades.

Ahora lo comprendía, estudiando y observando al médico en todos los detalles íntimos de su vida cotidiana.

Le veía constantemente, todos los días, á todas horas. Sin embargo, no le sorprendió nunca en un momento de flaqueza ó de inconsecuencia consigo mismo.

Algunas veces había procurado llevarle á confidencias de esas que los hombres suelen tener placer en hacer á las viudas jóvenes. Camilo desvió siempre la conversación, con tanto tacto y tanta delicadeza, que Carmen no sabía si aquella actitud respondía á una reserva extremada, á un respeto exquisito ó á una castidad efectiva,

de las que la ciencia atribuye á los sabios.

Y en aquella noche de insomnio, en que la viuda de Pincen revolvía en su cerebro el pasado y el presente, buscando una solución para su destino, la figura de su primo adquiría proporciones gigantescas en los juicios que de él ella hacía. La imagen de María se evaporaba, y Carmen llegaba hasta odiarla.

Por fin, cuando las luces de la mañana ya empezaban á filtrarse por las rendijas de los postigos, Carmen se sintió más tranquila y procuró reparar sus fuerzas, durmiendo algunas horas.

Había adoptado una resolución definitiva: hablaría francamente con Camilo, y procedería según lo que él la dijese. La esperanza es faro que no se apaga en los corazones enamorados.

Ese día el tiempo amaneció nublado. Un viento frío de las sierras soplaba con fuerza, levantando nubes de polvo, que

hacia desagradable andar por las calles no empedradas de Capilla del Monte.

... Carmen se vió obligada á permanecer encerrada en su habitación del Hotel, ó en la salita común, donde se reunían siempre las familias de Solar Moreno, de Bellat, ella y otros huéspedes, para pasar los días de lluvia y las veladas de las noches malas, haciendo música ú oyendo cantar, en el gramófono, á los mejores artistas.

Esta contrariedad la tenía nerviosa y violenta. En su situación de espíritu, la presencia de María cerca de Camilo la exacerbaba; y si éste, apercibiéndose de aquella contrariedad, se alejaba de la niña, la contrariedad de la viuda aumentaba porque no se acercaba á ella.

Por fin no pudo dominarse, y, tomando el pretexto de mostrarle unas cartas que había recibido esa mañana, invitó á Camilo á pasar á su departamento, para hablar con él, «á solas», de negocios.

Camilo accedió inmediatamente, y sa-

lió con ella de la salita. María sintió que una nube cruzaba por su frente, y, sin darse cuenta de lo que hacía, fué á situarse de manera que, desde el interior, donde se hallaba, viese todo lo que pasase en el exterior.

Carmen tomó familiarmente la mano de Camilo, y le condujo hasta un banco colocado junto á la puerta de la habitación que ella ocupaba. Allí se sentó, indicándole que él lo hiciera á su lado.

Apenas estaban así colocados, cuando la viudita, muy conmovida, inclinada la cabeza y haciendo como si jugase con una cinta de su riquísimo batón blanco de encajes y *broderie*, le dijo, sin mirarle:

—Supongo que te habrás dado cuenta de que no es para hablarte de negocios que he querido aislarme contigo. Necesito resolver mi situación, y he decidido terminar de una vez con las incertidumbres que me rodean.

Camilo se conmovió. El acento de su prima, sus actitudes, la agitación y la fre-

cuencia de su respiración, le hicieron temer que la fiebre influía sobre la enferma, y la hacía proceder irreflexivamente. No quiso contrariarla, convencido de que la habría excitado más, y, con mucha calma y afectuosidad, la dijo:

—Tú me explicarás de lo que se trata.

—Desde que me enfermé, Camilo, me has acostumbrado á tus cuidados y cariños.

—¡Con los que puedes siempre contar, hija mía!...—interrumpió el médico.

—No, no es eso. Me has hecho feliz, muy feliz, en medio de la ruina de mi organismo, levantando mi sér moral. Yo ya no soy lo que era. En lo físico, la enfermedad me ha deshecho. En lo espiritual, he comprendido toda la superficialidad de esas vanidades y halagos mundanos, para convencerme de que, la verdadera felicidad, está en el hogar, en esas encantadoras soledades de la familia, hasta donde no llega la maldad de la calumnia, ni el veneno de la envidia.

A medida que Carmen hablaba, su rostro se encendía, como si la excitación que sentía, aumentando la rapidez de la circulación de la sangre, hiciese que ésta invadiese su cerebro.

Camilo no sabía qué partido tomar. Estaba decidido á no contrariar á su prima, como el médico que sabe los perjuicios que podían producirla esas contrariedades. Estaba convencido de que aquella pasión amorosa, que recrudecía de nuevo y que su prima le confesaba ahora, tenía mucho de patológico—fenómeno de la enfermedad más que del sentimiento—y no quería oponerle resistencia, más por compasión por la enferma que por afecto á la mujer. Sin embargo, se había propuesto no hacer, de su parte, nada que pudiese autorizar á Carmen á creer que él participaba de aquellos sentimientos.

—Te estás excitando, Carmen, y esto no puede hacerte bien. Cálmate, tranquilízate, y hablemos como dos buenos ami-

gos—la dijo, tomándola cariñosamente una mano.

—Es eso, precisamente, lo que deseo. Durante estas últimas semanas, Camilo, me he habituado á tus afecciones y á tus delicadezas. Hoy no podría pasarme sin ellas. En este tiempo he aprendido á apreciarte y á conocerte. Comprendo que un día tuve la felicidad á mi lado—cuando me propusiste que fuese tu mujer—y que no supe tomarla, pues desdeñé la dicha por las frivolidades. Después que te he estimado en lo que vales, me siento completamente dominada por ti. No tengo escrúpulos ni vergüenzas al confesarte mi cariño, porque sé que tú eres bueno, incapaz de confundir mis sentimientos sinceros con caprichos pasajeros.

Carmen hablaba atropelladamente, sin interrupción, sin siquiera reparar en la sorpresa que causaba á Camilo aquel torbellino de palabras, en que se desbordaban los secretos de su alma.

—Yo no tengo motivo alguno para creer

que me has perdonado el pasado. Pero puedes estar seguro de que nadie se arrepiente tanto como yo de haber destruído con mi conducta mi propio destino.

—Haces mal, Carmen, de preocuparte de lo irremediable. El pasado es la muerte, y es piadoso dejar á los muertos reposar en paz. Hoy estás bajo la influencia de la enfermedad; me ves en todos los momentos, y, como me quieres y te quiero, confundes tus sentimientos afectuosos de familia con la pasión amorosa. Mañana estarás sana, y, cuando vuelvas á ser la mujer brillante, adorno de todos los salones y centro de todas las atracciones, volverás á convencerte de que este viejo prematuro, de que este anciano que no tiene más de treinta y seis años, no es el compañero posible de una belleza mundana como tú.

Carmen inclinó la cabeza, y en sus ojos brillaron las lágrimas, que contuvo con

esfuerzo, notando que era objeto de la observación de los demás.

Pretextando la necesidad de buscar un frasco de agua de Colonia, penetró en su habitación; y, una vez allí, llamó á Camilo desde la puerta que daba al corredor.

El médico estaba visiblemente emocionado. No había jamás librado batallas sentimentales. Ante el primer obstáculo con que había tropezado en su existencia moral—el rechazo de Carmen cuando la propuso hacerla su esposa—en vez de luchar, había huído á Europa, se había refugiado en los estudios y, por fin, había conseguido equilibrar sus sentimientos. Quería á su prima casi como á su propia hermana, pero nada más. Y, sin embargo, ella se le presentaba ahora como la mujer apasionada, que hacía depender su dicha—su vida acaso—de ese amor revelado...

Cuando los dos estuvieron solos, Carmen no pudo contener su emoción,

—Camilo: es menester que seas leal conmigo. Si no amas á otra mujer—á María, por ejemplo—no es posible que hayas llegado á ser insensible á mi respecto. No te oculto mi situación de espíritu. Estoy enamorada de ti; y tú comprendes que esta confesión, en una mujer de mi edad y de mis condiciones, es una manifestación sincera de lo que pasa en mi alma.

—O es tal vez una simple consecuencia de tu estado patológico—dijo Camilo sonriendo dolorosamente.

—No soy una niña. No tengo esos romanticismos sentimentales de la inocencia virginal. Soy una mujer con todas las experiencias de la vida y con todas las pasiones de una naturaleza en la plenitud de su desarrollo...

Y como Carmen siguiese hablando con entusiasmo, cada vez más excitada y calina, Camilo, fascinado por aquella mujer, á la que tanto había querido, temió sin duda ser débil, porque procuró calmarla, diciéndola:

—Estás suicidándote, Carmen. Tú no puedes exaltarte así, sin peligro para tu salud.

El tiro dió en el blanco. Inmediatamente la viuda reaccionó. Una nube sombría cruzó sobre su frente, trazando arrugas sobre aquella lámina de marfil. Los ojos se iluminaron con un fulgor siniestro, y abatida, llorosa, casi en secreto, dijo:

—¡Ah! ¡Es verdad!... ¡Lo había olvidado!... ¡Estoy tísica!... ¡No tengo derecho!...

Y empezó á llorar desesperadamente, llegando sus sollozos á ser oídos por las personas que se hallaban en la salita inmediata, las que acudieron presurosas, creyendo que la enferma hubiese sufrido algún accidente.

Ella se anticipó á dar una explicación, arrojándose en los brazos de su madre y diciendo entre sus lágrimas:

—¡Estoy tísica!... ¡Estoy tísica!...

XXIX

Para todas las personas vinculadas á aquellos dos interlocutores, la conversación que entre ellos habían mantenido no había abordado otro tema que el de la enfermedad de Carmen.

Sólo ellos sabían la verdad de lo ocurrido.

La situación creada era muy difícil para Camilo. El no podía revelar aquel secreto íntimo de la viuda. No era hombre capaz de explotar, en su favor, aquella pasión que no compartía; pero tampoco quería proceder de manera que su conducta pudiese ser fatal á la querida enferma.

Por otro lado, aun cuando entre él y María no existiese un acuerdo de voluntades y de propósitos, el afecto que r cprocamente se profesaban y se habían comunicado, sin palabras, les mantenía íntimamente ligados espiritualmente.

Camilo se había apercibido de la agi-

tación y del sufrimiento de María, mientras él hablaba á solas con Carmen. Había podido seguir, en las cambiantes expresiones de su rostro, las sucesivas emociones que la inocente niña iba experimentando; pero nada, en su acción exterior, había revelado aquella intensa lucha de sentimientos.

Cuando, después de comer, el viento hubo calmado, y una espléndida noche de luna invitaba á gozar del fresco ambiente, Julia propuso hacer un paseo á pie hasta una propiedad cercana del hotel, donde residía una familia amiga.

Todos aceptaron la invitación, menos Carmen, que dijo que se sentía un poco fatigada, y que prefería quedarse á acompañar á Laura, que nunca salía de noche.

Camilo tampoco estaba en el hotel en esos momentos. En el «Aguila Blanca», establecimiento algo apartado de Capilla del Monte, había un enfermo muy delicado, y el médico se había visto obligado

á trasladarse allí, donde tal vez tuviera que quedarse hasta el día siguiente.

Cuando ya se preparaban á salir los paseantes, Carmen se acercó á María y tomándola con mucho cariño por la cintura, la dijo:

—¿Por qué no te quedas tú también conmigo? Mi madre tendrá que recogerse muy temprano, y yo me aburriré sola.

María se volvió con alegría á la viuda, y, besándola en las mejillas, la contestó sonriendo:

—¡Ya lo creo que prefiero quedarme aquí con usted!... ¡Me gusta tanto su conversación!...

Y así se hizo. Carmen y María quedaron en el hotel, sentadas junto á la ventana que daba á la calle, en la habitación de la viuda, mientras la señora Laura se encerraba en su cuarto, y los demás iban á hacer la anunciada visita.

En el primer momento reinó el silencio, interrumpido solo por el ruido lejano de las aguas del río y los cantos monótonos

y estridentes de las cigarras y los grillos, que anunciaban el calor del día siguiente.

La claridad plateada de la noche se convertía, por instantes, en una penumbra blanquecina, que se mantenía delante del fondo negro formado por la inmensa mole de las montañas, cuando un celaje nebuloso cubría la faz de la luna.

Después de algunos instantes, Carmen preguntó á María:

—¿En qué piensas, niña? ¿Por qué estás tan callada?

—¡No, no pensaba en nada!—contestó la joven, sorprendida.—Esperaba que usted hablase...

—Por tu manera de vivir, parece que algo te preocupase. Me he apercebido de que, con frecuencia, te abstraes y que tienes alternativas de tristezas y alegrías, inexplicables para los demás.

—Son manifestaciones inexplicables para mí misma. Es cierto. Hay momentos en que siento que me sube la sangre á

la cara y las lágrimas me asoman á los párpados. Otras veces, por el contrario, me pongo pálida, me siento agitada, y una alegría inconsciente, espontánea, me inunda, sin que yo misma conozca el motivo.

—¿Estarás enamorada, María? —dijo Carmen, tomando cariñosamente la mano de la niña, cuyas mejillas se encendieron ruborosas.

—¿Yo enamorada? ¿De quién?...—Y en sus espléndidos ojos se manifestó el asombro cándido y sencillo de una criatura purísima.

—¡Tal vez de Camilo!—agregó la viuda de Pincen, dando al timbre de su voz una emoción que revelaba las agitaciones por que pasaba su alma, al insinuar aquella afirmación.

—¡De Camilo!... ¡Oh! Yo quiero mucho, muchísimo á Camilo... ¡Pero estar enamorada de él!... ¡Ah! eso debe de ser muy distinto...

Había tanto candor, tanta inocencia en

la palabra, en la acción y en la emoción de María, al intentar esta difícil defensa, que la viuda comprendió todo lo que pasaba en aquella alma sencilla.

María no sabía lo que era el amor. Nunca se había detenido á estudiar sus afectos por Camilo. Le quería porque su inclinación natural y espontánea la llevaba hacia él, así como las corrientes se dirigen hacia donde el declive las impele.

—Sí, sí, sé bien que le quieres, pero también quieres á Jorge, á tu madre, á Julia, pero no es lo mismo—dijo la viudita algo agitada.

—¡Ah! Tiene usted razón. Eso es verdad! Yo no quiero á Camilo del mismo modo que á los demás. Yo creo que no es posible que se tenga más cariño que el que yo tengo por mi hermano; y, sin embargo, cuando Jorge me habla, cuando está cerca de mí y me mira y me halaga, yo no siento la impresión que me produce la presencia de Camilo. Una palabra de éste me domina y me trastorna.

—¡Niña, niña! —exclamó Carmen con marcada intención.

—¡Oh! sí, es verdad. No crea usted que la engaño. Muchas veces he tenido intención de hacer alguna cosa, y ha bastado que Camilo no la encontrase bien para que no la hiciese. Otras, cuando él está conversando conmigo, ó refiriéndome algo de historia ó de sus viajes, y se distrae ó entabla conversación con otra persona, siento que, sin querer, me fastidio... Vea usted: hoy mismo, cuando usted le llamó al corredor, y se puso á hablar con él á solas, yo me puse tan triste, sin saber por qué, que casi no podía contener las lágrimas.

—Pues todo eso que sientes, María, todo eso es el amor. Esas alegrías y esas tristezas, esos enojos y esos fastidios, son las manifestaciones evidentes de que estás enamorada, y... lo que es peor, de que estás celosa.

—¿Celosa yo?... ¡No, no!... ¿De quién puedo estar celosa?

—¡Acaso de mí misma!—dijo la viuda con amargura.

—¿De usted?... ¿De usted?...—Y María miró á Carmen de una manera especial, desconfiada, como si una sospecha acabase de cruzarse por su cerebro.

La mujer despertaba en el alma de la niña, y se levantaba altiva, enfrente de la rival presentida.

—Yo no sé lo que son los celos, señora—dijo después de un momento—pero es verdad que, muchas veces, he creído que usted me arrebatava algo mío, cuando retenía á Camilo mucho tiempo cerca de usted.

—¿De veras? ¿Has pensado eso?

—¡Ah! ¡Si usted supiese lo que yo sufrí cuando Camilo se fué á Mar del Plata, llamado por usted!... Llegué hasta á pensar que la enfermedad no existía y que era sólo un pretexto para separar á Camilo de mi lado...

—¿Y decías que no estabas enamorada

de Camilo?... ¡Ya lo ves! Tú misma lo confiesas...

Aquellas dos mujeres siguieron hablando en el mismo tono y sobre el mismo tema. María, franca, leal, sin dobleces ni prejuicios, exhibía su alma en toda su sencillez, no ocultando nada á aquella mundana, que se había propuesto penetrar en los más recónditos pensamientos de la virgen.

Carmen, por su lado, á medida que mejor conocía la profundidad de los sentimientos de aquella niña, cuanto más se daba cuenta de toda la pureza de aquel afecto, puesto, sin conciencia, en el hombre á quien también ella amaba, sentía que sus propias afecciones se modificaban.

Sabía que ella estaba apasionada de Camilo; pero reconocía que era más grande, más poderoso y más intenso el amor primitivo y virginal de María.

No miraba en la incauta niña á la rival afortunada, porque ésta no se le pre-

sentaba armada, resistente, para disputarla el amante. Por el contrario, humilde, tranquila, alegre, la hacía sus confianzas, entre ternuras y candores, más poderosos para dominar á quienes los contemplaban que todas las luchas y altiveces.

Carmen, acostumbrada á pelear las batallas de la vida, pudo medir, con precisión, la magnitud de aquel amor que María confesaba sin saberlo, y tuvo la energía de sacrificar sus anhelos y sus esperanzas ante el altar de aquel sentimiento purísimo.

—Si quieres convencerte, hija mía—la dijo con infinita terneza—si quieres convencerte de que es sólo amor lo que sientes por Camilo, dime francamente: ¿te gustaría casarte con él?

—¿Yo casarme con Camilo? ¡Yo su mujer!...

Y la emoción, ahogando la palabra en un sollozo, impidió que la niña siguiese hablando, dejando á las lágrimas que se

expresasen con toda la elocuencia de su lenguaje sublime.

El llanto, en ciertas circunstancias supremas de la vida, suele ser la más elevada manifestación del placer intenso.

Para María, la posibilidad de que ella pudiese, en un día más ó menos lejano, ser la esposa de Camilo, era una de aquellas combinaciones que nunca habían aparecido en su mente.

Y ahora, de repente, sin que ella lo provocase, Carmen—una mujer de experiencia, la amiga íntima, la compañera de infancia del médico—la hablaba de aquella unión como de algo posible.

La joven inexperta tuvo una especie de deslumbramiento. Abrazó á Carmen, como las madre selvas se abrazan á los zarzos que las sostienen; recostó su frente en el hombro de la viuda, y con risas en los labios, mientras los ojos lloraban, la decía:

—¡Ah! ¡Perdóneme usted, Carmen!... ¡Soy una loca! Me he emocionado dema-

siado con su broma, y, ya lo ve usted... estoy llorando como una chiquilla.

La hermosa señora de Pincen, muy conmovida también, acarició maternalmente á aquella inocente criatura, que tan lealmente se confiaba en ella; y luego, como quien adopta de pronto una decisión, la dijo:

—¿Una broma? ¿Y por qué ha de ser una broma?... Precisamente, por lo mismo que quiero mucho á Camilo, deseo que se case contigo. ¿Quién le haría más feliz que tú, puesto que él también te ama?

—¿El, él me ama?... ¿Cómo lo sabe usted?... ¿Se lo ha dicho á usted él mismo?

Y, bajo la presión de sus anhelos, se oprimía cada vez más á aquella mujer, que acababa de renunciar espontáneamente á todo su afecto, dominada por la explosión de los sentimientos de la niña.

Un silbato inmediato, lanzado inesperadamente por una locomotora, interrumpiendo el coloquio, hizo que las dos jó-

venes se separaran y se apoyaran en el balconcito que daba á la calle, para ver lo que sucedía.

Era un tren expreso que llegaba de Córdoba, trayendo un numeroso grupo de veraneantes, que venían á pasar el Carnaval en Capilla del Monte.

XXX

Aquel tren, extraordinario entre los señalados en los horarios del ferrocarril, había sido anunciado con anticipación, y fueron muchas las personas que concurren á la estación á esperar amigos y parientes que en él llegaban.

Sin embargo, para Carmen y María, aquel sencillo episodio de un tren expreso, que en Capilla del Monte adquiere las proporciones de un acontecimiento, las sorprendió tanto más cuanto que, estando situada la estación enfrente del «Hotel Victoria», no podían dejar de darse

cuenta del suceso, ignorado por ellas absolutamente.

La sorpresa aumentó cuando las jóvenes se apercibieron de que, entre los viajeros, llegaba Ricardo Catriel, cuyas intenciones de permanecer largo tiempo en la localidad se revelaban por la circunstancia de venir acompañado por un sirviente, que hacía transportar al Hotel dos grandes maletas.

La presencia de Ricardo, en el primer momento, produjo en Carmen tanta impresión que María, temiendo que aquella llegase á sentirse mal, la alcanzó un frasco de sales amoniacaes para que aspirase.

Sin embargo, de pronto, el pálido y fatigado semblante de la viuda adquirió una expresión extraña, llena de viveza y energía, y sus ojos se iluminaron de un fuego tan intenso, que se los vió brillar con resplandores de relámpago en medio de la semiobscuridad de la habitación en que las jóvenes se hallaban.

Cuando, mezclado al grupo de pasajeros que llegaban al Hotel, Ricardo Catriel pasó por delante de ellas, la viuda de Pincen, que se había mantenido siempre en el balcón de su alojamiento propio, resolvió hacer notar su presencia, dirigiéndose al joven viajero:

—¡Llega usted como un aparecido!—le dijo.—¡Nos sorprende usted de noche y sin anuncio previo!

Ricardo oyó aquella voz tan conocida, y notó en ella una expresión tan amable y afectuosa, que, en un principio, dudó de que fuese Carmen quien hablaba y de que fuera á él á quien se dirigía.

—¿Cómo? ¿Usted, Carmen? ¡Oh, qué providencial encuentro!... ¡No creí verla al llegar!... á esta hora!

Y Ricardo se acercó á las jóvenes, que, apoyadas siempre en el antepecho de la ventana, abierta á manera de balcón en el muro del hotel que daba á la calle, estaban allí mirando la caravana de nuevos huéspedes que llegaban.

Como aquel balcón era muy bajo, alzándose sólo metro y medio del nivel de la acera, Ricardo pudo estrechar la mano de su amiga, la viudita de Pincen, y de la niña, á quien había tenido ocasión de tratar antes de que ésta se hubiese instalado en Capilla del Monte.

La hora, avanzada ya para las costumbres de aquel lugar; la fatiga del viaje y la misma *toilette* que Ricardo vestía, no hacían posible una visita en ese momento, por más que él lo deseara; pero aprovechó la actitud de la señora de Pincen para entablar conversación y permanecer con las jóvenes algunos instantes, en los que pudo apercibirse de que, si bien María revelaba haber recuperado completamente la salud, no sucedía lo mismo con Carmen, á quien encontró demacrada, enflaquecida y pálida en extremo.

Hacía pocos minutos que se encontraba con ellas, cuando volvieron las familias de Solar Moreno y de Bellat, que, habiendo

también oído el silbato de la locomotora, venían á enterarse de lo que pasaba.

En todos los puntos veraniegos de las sierras argentinas, *la llegada del tren* es el acontecimiento que más preocupa á todas las poblaciones de la montaña.

Como Ricardo Catriel era un viejo conocido de todas aquellas personas, en el acto se hizo general la conversación, en la puerta de entrada del Hotel, á donde salieron también Carmen y María.

La viuda de Pincen parecía transformada. Con gran sorpresa de todos—incluso el mismo Ricardo—que sabían que Carmen había dado por roto su compromiso con éste, al verle ahora se manifestaba alegre, bulliciosa, francamente satisfecha de encontrarse de nuevo con su antiguo novio.

Varias veces Ricardo quiso retirarse, no sólo para que aquellas señoras también pudieran hacerlo, sino para poder él ir á librarse del polvo del camino y á arreglar sus equipajes y su habitación.

Sin embargo, Carmen encontraba siempre un pretexto para retenerle por algunos minutos más, ya fuese haciéndole alguna pregunta sobre sus amigas de Mar del Plata ó de la Capital, ya sobre alguna reciente fiesta mundana, cuyas descripciones había leído en los diarios.

La señora de Solar Moreno y Julia no se explicaban aquel cambio operado en sólo pocas horas, en el carácter y en la manera de ser de la viuda; y mucho menos lo comprendieron cuando, llegado el momento en que era necesario separarse, Carmen invitó á Ricardo á que, al día siguiente, las acompañase en un paseo que tenían preparado, yendo todos á almorzar á «Los Mogotes».

—Las mañanas de Capilla del Monte son magníficas—dijo la viuda con entusiasmo, dirigiéndose á Ricardo.—Abandone usted sus hábitos de la ciudad. Levántese usted bien temprano; tome un caballo y váyase á conocer estos alrededores.

—Procuraré hacerlo, sobre todo si mis

excursiones son en tan buena compañía.

—Al oírte—dijo la señora de Solar Moreno á Carmen—cualquiera creería que tú has madrugado mucho, y que has gozado, con frecuencia, del crepúsculo de la mañana, cuando el sol pinta con todas las cambiantes del color verde las hermosas laderas del Uitorco...

—¡ Ah! Pero me preparo á indemnizarme ahora de lo que he perdido antes—replicó Carmen, dando á su frase una marcada acentuación, de manera que todos comprendieran que, la llegada de Ricardo, iba á influir directamente sobre la vida futura de la enferma.

—Pero Camilo no te permitirá hacer locuras—dijo Julia, con la intención de recordarla que su salud no la autorizaba ciertas libertades peligrosas.

El nombre del médico, lanzado inesperadamente en la conversación, produjo triple efecto. María, Carmen y Ricardo se estremecieron, cada uno á impulsos de un sentimiento distinto.

La niña se envolvió en las delicias del recuerdo de sus recientes confianzas á la viuda de Pincen. Esta sintió un choque violento en el corazón, pero en su rostro apareció, tras de una sonrisa apenas dibujada, una expresión de energía y de resolución, que no la habían visto nunca sus amigas. Ricardo, que había olvidado por algunos momentos que el médico estaba en aquel paraje, le buscó en el grupo y sus intermediaciones, y, no hallándole, se apresuró á decir á doña Mercedes y á Julia:

—Ustedes deben perdonarme que no me haya informado antes de la salud del doctor Solar Moreno. Entretenido con estas señoras, había descuidado ese deber.

—¡Ah! no se disculpe usted; no vale la pena—dijo la madre de Camilo.—Mi hijo está bien. No vendrá esta noche. Asiste á un enfermo grave en «El Aguila Blanca», y ha hecho prevenir que no volverá hasta mañana.

—¿De manera que no será de la partida?—preguntó Carmen con interés.

—Si no llega á tiempo, nos acompañará Jorge...

—Y este caballero—agregó la viudita, indicando á Ricardo.

—Será para mí una gran dicha reemplazar al doctor Solar Moreno cerca de usted—contestó Ricardo, acentuando mucho la intención de sus últimas palabras.

—Cerca de mí, no!—replicó la viuda.—Ya tendrá usted oportunidad de conocer á las damas y á los caballeros de esta comarca, y, entonces... ya verá usted!

Y Carmen hizo vibrar las notas argentinas de una risa, que parecía más bien una explosión nerviosa y forzada, que una manifestación ingénua de alegría.

Aun cuando la viuda miró intencionadamente á María, ni ésta ni persona alguna de las que allí estaban presentes pudieron comprender la alusión que aquella frase envolvía.

—Bien; quedamos entonces de acuer-

do. Iremos todos juntos á «Los Mogotes». Como mi tía pretende que yo soy dormilona, si usted, Ricardo, madruga más que yo, me golpea aquí, en esta ventana. Ya vé usted que es fácil; vivo casi en la calle.

Se despidieron luego, y Carmen quedó en su departamento, cuyas puertas cerró, mientras los demás se retiraban á sus respectivos alojamientos.

Cuando Julia acompañaba á su madre á su cuarto, la anciana la dijo:

—Me temo que Carmen nos ha estado engañando. No parece que hubiese reñido nunca con Ricardo, pues ha bastado que éste haya llegado á Capilla del Monte, para que tu prima recupere su alegría habitual.

—Es verdaderamente extraña su conducta. En pocas horas, ¡qué cambio tan notable se ha operado en ella!

Y las señoras se recogieron, preocupada cada una con una idea distinta.

Carmen se trazaba un plan de conducta futura, que pensaba poner en práctica des-

de la mañana siguiente. María discutía consigo misma si comunicaría á su madre, á su hermano, á Julia, y, sobre todo, á Camilo, la conversación que había tenido con la viuda. Julia miraba á ésta como á la mujer mundana, á quien no había bastado la placidez de la vida íntima, pasada entre ellos, para hacerla olvidar sus coqueterías de otros tiempos. La señora de Solar Moreno sospechaba que, para no verse combatida en sus inclinaciones, Carmen les había asegurado que su compromiso matrimonial con Catriel estaba deshecho; pero que la verdad era que aquél estaba siempre en pie.

Sólo las señoras de Orteza y de Bellat no hacían suposiciones, porque, recogidas en sus lechos, no se habían dado cuenta de nada de lo que había pasado aquella noche.

XXXI

Cuando, á la mañana siguiente, los expedicionarios se aprestaban para la par-

tida de placer, fué grande su sorpresa al ver llegar á Camilo.

Ignorando éste, por su parte, la venida de Ricardo Catriel, se sorprendió, á su vez, de verle, en traje de montar, en medio del grupo de turistas.

Carmen, amazona ya en un caballo criollo, feo, de sobrepaso, como casi todos los caballos cordobeses, fué la primera en divisar á su primo, cuando aún estaba lejos, y, dando un latigazo á su montura, para obligarla á galopar, corrió á su encuentro.

Camilo, con marcadas muestras de disgusto, pero procurando ser suave en sus reconvenciones, la recibió diciéndole:

—¡Qué locura! ¡Qué locura!... ¡Tú á caballo!... ¡Vamos, vamos! ¿Has perdido el juicio?

—¡De ninguna manera! Estoy más cuerda que nunca, y pronto vas á convencerte de ello.

Los dos pusieron sus cabalgaduras al paso y se encaminaron al punto donde, á

trescientos metros de distancia, les esperaban los demás.

Carmen estaba hermosísima, encerrada dentro de aquel vestido que se amoldaba completamente á su cuerpo, señalando las curvas de sus formas. Aunque había adelgazado mucho, su figura estatuaria conservaba toda la pureza de las líneas que la habían dado tanta reputación en los salones porteños.

—¿Por qué estás á caballo, Carmen?—preguntó el médico con dulzura.—Habíamos convenido en que irías en carruaje, para no fatigarte.

—¡Eso era ayer!—exclamó la viuda, dando á su voz una entonación que asustó á Camilo.—Hoy pienso de otro modo.

—¿Cómo? ¿Hay algún motivo para ese cambio? ¿Acaso la llegada del joven Cartiel?...

—Eso y otras cosas... Ya no quiero seguir haciendo la vida de reposo que me habías impuesto. ¡Desde ahora me emancipo!

—Carmen, tú debes tener fiebre. Veamos. Dame la mano. Quiero tomarte el pulso.

—No, no es necesario. No tengo fiebre. Lo que tengo es necesidad de aturdirme, de agitarme, de agotarme.

—¡Carmen, por Dios!... ¡Estás delirando!... Vamos á llegar al Hotel. Desciende allí de tu caballo. Cambia de traje é irás en uno de los carruajes con las otras señoras.

—Es inútil. Iré á caballo. ¡Estoy decidida á hacer lo que me parezca!

—En ese caso, yo no iré. No quiero asumir la responsabilidad de lo que pueda sucederte.

—No vayas si no quieres. Para mí es lo mismo. Otra tal vez lo sienta. Yo no!...

X haciendo galopar á su caballo los pocos pasos que la separaban de los demás, se alejó riendo alegremente, dejando tan impresionado al médico, que en el primer momento no supo lo que debía hacer.

Sin embargo, como su hermana se acercase, él fué á reunirse con ella, preguntándola con interés:

—Dime, Julia: ¿qué ha pasado durante mi ausencia, desde anoche? Encuentro á Carmen completamente cambiada.

—La misma observación hemos hecho mi madre y yo, atribuyéndolo á la llegada de Ricardo.

—No lo creo. Tengo motivos para estar seguro de que Carmen no quiere á ese joven. Ella misma me ha afirmado que no había ya nada de común entre ellos.

—No obstante eso, fué ella quien le invitó al paseo de hoy, poniendo mucha insistencia en que asistiese.

—Acaso Carmen sabía que Ricardo debía venir á Capilla, y nos lo había ocultado...

—Eso mismo creemos nosotras. Cuando volvimos anoche de nuestras visitas, encontramos á Catriel que acababa de llegar, y mantenía una animada conversación con Carmen. María había quedado

en el Hotel para acompañarla, pero tú sabes que esa niña no tiene perspicacia para haberse apercebido de nada.

—¡Ah! ¿María estaba con ella? Voy á interrogarla.

La niña esperaba ansiosa que Camilo se la acercase. La conversación que ella había mantenido con Carmen había dejado rastros profundos en su alma. Su pensamiento se fijaba ahora en ideas que antes no se la habían ocurrido, y que, si por acaso hubiesen llegado á aparecer en su cerebro, las habría rechazado como una locura.

Miraba á Camilo con menos miedo, si este nombre puede darse al afectuoso respeto que el médico la inspiraba. La parecía que habían disminuído las distancias que ella creía que les separaban, y pensaba en él como si tuviese motivos fundados para creerse la prometida esposa de aquel hombre.

¡Misteriosa influencia del amor sobre las almas puras! María despertaba aman-

te, sin que nada se hubiese producido capaz de cambiar su situación anterior. Eran las palabras de la viuda—de la mujer mundana—que repercutían en la mente de la virgen...

Camilo saludó cariñosamente á las señoras de Solar Moreno y de Bellat; dió ceremoniosamente la mano á Ricardo, y luego, acercándose á María, que, en ese momento, hablaba con su hermano, la preguntó, sonriendo:

—¿Y usted no va también á caballo?

—¡Yo no! Usted me lo ha prohibido, y yo obedezco al médico.

—No hace lo mismo Carmen—agregó aquél, señalando á la viudita, que, impaciente por marcharse, hacía inquietar á su cabalgadura.

—Carmen parece que está muy contenta hoy.

—¿Se lo ha dicho á usted? ¿Cuál es la causa?

—No; no me ha dicho nada. Anoche, antes de que llegase el tren, estaba muy

triste. Me hablaba de usted, de mí, de muchas cosas y de muchos proyectos... De repente llegó el tren. Cuando vió al joven Catriel...

—¿A quien sin duda esperaría?—interrumpió el médico.

—No lo creo—dijo la niña con convicción; por el contrario, en el primer momento me pareció sorprendida. Luego reaccionó de repente, y fué con él tan amable, tan extremosa, que le invitó á que nos acompañe esta mañana.

—¿Qué le decía á usted de mí? ¿Qué de usted?

María sintió que el rubor la subía al rostro. Los ojos se la llenaron de lágrimas. La boca tomó ese gesto de quien se prepara á decir algo, estirando los labios, sin que salga por ellos la palabra anhelante; y, por fin, inclinando la cabeza, juntó las manos en actitud suplicante... y no dijo nada.

Camilo, que conocía tanto á la viuda como á María, comprendió que algo suma-

mente grave había ocurrido entre aquellas dos mujeres; pero respetó la turbación de la niña, esperando que llegase la oportunidad de descubrir el misterio, sin ser él quien forzase la confidencia.

Se dió la señal de la partida. Las señoras de Solar Moreno y de Bellat ocuparon un breack, al que también subió María. Los demás iban á caballo, yendo Julia entre su marido y su hermano, y Carmen y Ricardo solos, adelante, como vanguardia algo distanciada de la comitiva.

Más atrás seguía un carricoche, en el que iban los sirvientes, que llevaban, en canastas y cajones, las provisiones, pues los turistas se habían propuesto almorzar en «Los Mogotes», pasando un agradable día de campo.

XXXII

Carmen, en todas sus manifestaciones de alegría y de actividad, mostraba un propósito, que nadie podía adivinar.

Unas veces galopaba, galopaba siempre, hostigando con la fusta á su cabalgadura, para hacerla andar más aprisa, como si quisiese alejarse del resto de la comitiva; pero pronto se comprendía que no era ese su intento, puesto que, inmediatamente que algún accidente del camino hacía que ella y su acompañante quedasen fuera de la vista de los demás, Carmen volvía atrás, y esperaba que la alcanzasen.

Aquella agitación la había fatigado mucho. Camilo lo notó, en un momento en que ella se acercó al grupo en que el médico se encontraba, y la hizo la observación:

—Te estás fatigando demasiado, Carmen. Es una locura lo que vienes haciendo... ¿Por qué no ocupas en un carruaje el asiento de María, y que ella tome tu caballo?

—¿Te gustaría más, verdad?

La alusión era directa, y Camilo así lo comprendió. Sin embargo, no creyó que debía recogerla, y la pasó por alto,

—No, no es cuestión mía. Es de ti de quien se trata. Esos galopes te tienen que hacer mal, y mi deber, como médico, es hacértelo notar.

—¡Bien, bien! Yo sé lo que hago. Te lo dije al salir. Estoy dispuesta á seguir las alternativas de mi capricho.

Ricardo creyó deber tomar parte en la conversación, y dijo:

—Todo puede conciliarse. El doctor tiene razón en cuidar á su enferma, y usted puede seguir á caballo, sin excitarse ni cansarse como hasta aquí.

Hicieron un pequeño alto para arreglar las monturas y dejar que las bestias descansasen; y cuando volvieron á emprender de nuevo el viaje, se colocaron todos los cabalgantes en una sola fila, de manera que todos tenían que seguir al mismo paso.

Así llegaron á «Los Mogotes», sin ningún accidente. Hicieron un almuerzo frugal, campestre, criollo, sin que en él se notase esa franca alegría de estas fies-

tas, cuando no hay sombras que oscurezcan los espíritus.

Por el contrario. Una especie de convención tácita había impuesto silencio mortificante á todas aquellas personas, que tenían sus ojos fijos en Carmen—única que se esforzaba por mostrarse constantemente satisfecha.

Cuando empezaron á fastidiarse, y ya todos deseaban volverse, Camilo se acercó á Carmen y trató de convencerla de que debía ocupar un lugar en los carruajes.

—Tú no lo notas porque sigues sobreexcitada, pero tienes mucha fiebre. Te expones á tener que guardar cama muchos días, por satisfacer este capricho inexplicable.

—Hazme el favor de no ocuparte de mí, Camilo. Te he dicho que todo es inútil.

La dureza con que pronunció estas palabras, que denunciaban una firmeza de propósito invencible, sorprendió más que

al médico á Ricardo Catriel, que estaba allí cerca.

El joven se acercó á Camilo, y, aprovechando un momento en que Carmen se había dirigido á donde estaban los caballos, le dijo:

—Quiero que usted sepa que yo no tengo responsabilidad alguna en lo que está haciendo la señora de Pincen. Yo mismo me he empeñado en que obedeciese á usted, y no lo he conseguido.

—Carmen no sabe la gravedad de su estado, y, acostumbrada á hacer siempre su voluntad, cree que puede tratar á la enfermedad como á todas las cosas de su vida. Y, sin embargo...

Y la expresión sombría que cubrió el rostro del médico reveló al joven Catriel que éste abrigaba temores muy serios por la salud de la linda viudita.

—No sé qué causas morales—agregó Camilo—han influído sobre ella en las últimas horas; pero desde ayer, que yo es-

toy ausente, hasta esta mañana, Carmen ha cambiado completamente.

Ricardo se sonrió satisfecho. La vanidad es innata en los hombres inferiores. El cambio se había producido después de su llegada á Capilla del Monte, y él lo atribuía natural y lógicamente á su presencia allí.

Acaso el mismo Camilo no estaba lejos de vincular la nueva conducta de su enferma con el arribo del joven pretendiente, y esto mismo le obligaba á prepararse á una nueva lucha.

Si Carmen se hubiese propuesto solucionar la situación de su alma, casándose inmediatamente con Catriel, su conciencia profesional le obligaba á impedir el matrimonio.

Decidió entonces jugar el todo por el todo, y, al volver á ponerse en marcha la caravana, buscó el medio de colocarse al lado de Carmen, pidiéndole á Ricardo que le cediese aquel puesto para impedir que la viuda cometiese nuevos excesos.

Maniobrando hábilmente, y tal vez ayudado por la misma Carmen, ésta y Camilo quedaron solos, uno junto al otro, caminando al paso de sus caballos, en tanto que los demás jinetes y los carruajes seguían adelante.

—Ahora no te enojarás conmigo—dijo la viuda—pues ya ves que no me fatigo.

—Porque ya no puedes hacerlo—contestó el médico.—Has abusado de tal modo de tus fuerzas, que apenas las tienes para sostenerte en la silla.

—¡Mejor! ¡Así esto acabará más pronto!—replicó la viuda con evidentes muestras de fastidio.

—Anoche no pensabas así. Me hablabas de tu deseo de vivir, de tus anhelos de reacción, y hoy...

—¿Hoy... hoy?... ¡Y bien!... ¡Hoy pienso de otro modo!—y, sorprendiendo de nuevo á Camilo, Carmen fustigó su caballo, que tomó el galope.

El médico apuró también su montura y se colocó al lado de la enferma. El cami-

no de la montaña que atravesaban en ese momento era áspero y peligroso. Lleno de ondulaciones y baches, en algunas partes formaba desfiladeros con precipicios, más ó menos profundos, á uno ó á otro lado.

—¡Cuidado, Carmen!—exclamó el médico.—El camino es muy malo para seguir al galope.

La joven viuda no le oía. Delante de ella se alzaba una alta roca, á cuyo pie corría un hilo de agua cristalina, dando allí vuelta el camino en forma de curva. Los otros compañeros acababan de perderse detrás del peñasco, de manera que Carmen y Camilo no podían verles.

En vez de escuchar el prudente consejo de su primo, deteniendo la rapidez de su marcha, la viuda volvió á castigar de nuevo á su caballo, que tomó la carrera en dirección al desfiladero inmediato.

Camilo vió el peligro inminente, y lanzándose él también á todo escape, logró tomar por la rienda el caballo de Carmen,

deteniéndole cuando sólo estaba á pocos pasos del precipicio.

La violencia con que el animal detuvo su marcha arrancó á la joven de la silla, y, seguramente, hubiera caído, si Camilo no la hubiese tomado en sus brazos. Felizmente para ambos, los caballos serranos son sumamente mansos, y una vez parados no vuelven á moverse sin ser estimulados.

La situación, sin embargo, se hacía sumamente difícil para Camilo. Carmen, vencida por los esfuerzos y las emociones, había soltado las riendas, y aun cuando no estaba desmayada, no se sentía con fuerzas para incorporarse, permaneciendo en los brazos de su primo.

Con muchas dificultades, y haciendo verdaderos prodigios de destreza, Camilo consiguió, por fin, abandonar las cabalgaduras, llevando cargada á la joven hasta poder sentarla sobre una piedra, apoyada siempre su cabeza sobre su pecho.

Carmen no hablaba. Había tomado una

mano de Camilo, y sus ojos entreabiertos le miraban con expresión de éxtasis supremo.

El médico había recobrado todo su dominio. Auscultó, bien que mal, á su enferma, y en su rostro pudo verse la sombra de un temor evidente.

Carmen no podría volver á subir á caballo, y él no podría llevarla en brazos hasta encontrar los carruajes, que se habían alejado. Aquellos parajes eran muy poco frecuentados, y muy difícilmente se habría presentado un auxilio providencial.

Por otra parte, Camilo no podía abandonar á Carmen en aquel sitio, para correr él en busca de sus amigos.

El médico sospechaba que la viuda había intentado precipitarse con su caballo desde lo alto de la roca, imitando á Julia de Treccœur, la heroína de una de las novelas de Octavio Feuillet, su autor favorito...

Cuando el médico comenzaba á desesperarse, vió aparecer en la vuelta del ca-

mino á Ricardo y á Jorge. Impacientes al notar la tardanza de Carmen y Camilo, habían venido á buscarles.

Carmen, al apercibirse de que llegaba gente, quiso incorporarse, pero no pudo hacerlo.

Sin embargo, recibió á Jorge y Ricardo sonriendo, apoyada siempre su cabeza sobre el hombro de Camilo, cuya mano conservaba entre las suyas para mayor sostén.

—Jorge—dijo Camilo cuando aún estaban distantes los caballeros—vuélvete y haz que venga uno de los coches. Carmen no puede seguir á caballo.

Jorge volvió bridas y partió al galope, en tanto que Ricardo siguió avanzando lentamente y con semblante sombrío y airado.

—No digas una palabra de lo que ha pasado, Camilo—dijo Carmen á su primo en voz muy baja.—Déjame á mí explicar las cosas.

Cuando Ricardo estuvo junto á ellos,

se desmontó y se mostró sorprendido de aquella actitud en que encontraba á los dos primos.

Hombre de mundo ante todo, no creyó que se hubiese producido accidente alguno. Supuso que todo había sido una comedia hábilmente preparada por Camilo, con el objeto de quedarse solo con Carmen, aprovechando hipócritamente su situación especial cerca de la joven viuda.

Para él aquel grupo no estaba formado por una enferma grave y un médico abnegado, sino por dos amantes felices que habían aprovechado su soledad en aquel desierto.

Con aire burlón y malicioso se acercó á la viuda, y le dijo:

—No parece usted tan agitada ahora como cuando salimos del hotel esta mañana...

—Efectivamente — contestó Carmen. — Me siento mejor.

—Los cuidados de tan célebre médico

hacen prodigios—agregó Catriel con marcada intención.

Camilo no pudo dejar de interrumpir:

—Caballero—dijo—célebre ó no célebre, soy el médico de mi prima y tengo aquí un doble derecho y un doble deber: cuidarla y hacerla respetar. Sírvase usted retirarse, y dejar tranquila á esta señora.

La voz y el tono con que Camilo había dicho aquellas palabras tenían tanto de imperativo como de amenazante. Carmen se sintió protegida—más aún—amada en ese momento, y una presión dulce de su mano y una mirada llena de ternura fueron la recompensa no pedida de aquella actitud de su primo.

Ricardo iba á contestar, acaso alguna impertinencia, pero en ese momento llegaban todos los demás turistas en coches y á caballo.

Carmen explicó tranquilamente lo sucedido, asegurando que, habiéndose sentido muy fatigada, había pedido á Camilo que

se detuviesen allí, pues no podía continuar á caballo.

Nadie puso en duda aquella explicación, porque todos, hasta el mismo Ricardo, habían condenado los excesos que la enferma se había empeñado en hacer durante aquel paseo.

Por otra parte, su postración y la fatigosa respiración, que casi la impedían hablar, probaban que su mal se había agravado.

XXXIII

Inmediatamente de llegar al Hotel, fué menester poner en cama á Carmen. No era la fiebre, ni la tos, ni la fatiga—que habían aumentado—lo que preocupaba en esos momentos al célebre clínico Solar Moreno. Era ahora el corazón el que amenazaba la vida de la pobre joven.

La tuberculosis había hecho su obra nefasta, ayudada inmensamente por las voluntarias inconveniencias de la enferma.

Durante algún tiempo, mientras Carmen se arrullaba con su pasión por Camilo, amó la vida y se propuso luchar con la enfermedad. Pero, cuando vió restablecida á María, cuando pudo convencerse de que Camilo amaba sólo á esa niña cándida, entonces ya no tuvo estímulo para continuar viviendo.

Inteligente y observadora, seguía paso á paso los progresos del mal, que iba lentamente destruyéndola.

Las palabras de consuelo de cuantos la rodeaban, las esperanzas mismas del médico especialista, no la engañaban. Ella se apercibía de que la fiebre no la abandonaba, de que el enflaquecimiento aumentaba y de que la tos, cada vez más intensa, iban minando visiblemente su organismo.

Vivir sufriendo para morir bien pronto, no era para Carmen un programa aceptable.

Y, luego, ¡vivir para ver á Camilo esposo de otra!...

Esa evidencia, adquirida la noche última, en su conversación íntima con María, había decidido de su destino. Carmen estaba resuelta á dejarse morir, suicidándose por medio de su misma enfermedad. No daría el espectáculo de una muerte trágica, pero pondría de su parte todos los medios para que la tisis consumase cuanto antes su obra.

La llegada inesperada de Ricardo facilitó su programa. Al verle, comprendió que aquél podría servirle como pretexto para hacer todas las extravagancias que pudieran reagrar su mal. Fué al paseo á caballo, porque comprendía que aquel ejercicio violento le sería perjudicial; se agitó galopando, corriendo en aquellos caminos difíciles, porque aumentaba la emoción del peligro á los estragos de la fatiga. Era una alucinada que buscaba un desenlace.

Cuando, rendida de tristeza y de cansancio, aceptó á Camilo por compañero de regreso, no quiso renovar sus conver-

saciones del pasado. Al ver delante de ella el precipicio, un impulso febril, un deseo irresistible de sacrificio por su amado la invadió, y azotó á su cabalgadura con el propósito de que, amazona y animal, se estrellasen allí sobre las rocas.

Camilo pudo impedirlo felizmente, y, cuando Carmen se encontró salvada, entre los brazos del hombre querido, sostenida por él, reclinada su cabeza sobre su pecho, la más dulce beatitud del espíritu inundó su sér, y se dejó envolver por el deleite de aquella caricia no buscada, que la llevaba hasta el éxtasis.

¡Habría sido tan feliz muriendo en ese momento!...

Pero, si no murió allí mismo, quedó herida de muerte.

Todas aquellas luchas, todas aquellas agitaciones, afectaron el corazón con una de esas tan frecuentes complicaciones que aceleran el desenlace en los tuberculosos.

Cuando Camilo comprobó que el corazón estaba seriamente comprometido tuvo

miedo, y manifestó á Laura y á los suyos la conveniencia de que se llamaran otros médicos en consulta.

Todos asintieron; pero ninguno tuvo valor para anunciárselo á la enferma.

Camilo se decidió á hacerlo él, buscando un medio que sirviese para engañarla.

Hizo que María se quedase sola con la enferma, y que recitase ante ella una lección perfectamente enseñada.

—¿Sabe usted que estoy muy triste?—le dijo María acariciándola las manos, devoradas por la fiebre.—Camilo acaba de decirme que, probablemente, tendrá que irse á Buenos Aires pasado mañana.

—¿Cómo es eso?... ¡No me lo había prevenido!—contestó Carmen sorprendida.

—No ha tenido oportunidad de hacerlo, ó no ha querido afligir á usted; pero debe ser algo muy importante lo que tenga que hacer para abandonar á Capilla en estos momentos.

—Sobre todo, para abandonarte á ti, María.

—No, Carmen; para abandonarla á usted, que parece hoy más afiebrada que ayer.

—¡Oh, yo!... yo no necesito ya de sus cuidados!—exclamó la viuda sonriendo con la resignación del que no quiere luchar con lo inevitable.

—Pues él se ha preocupado de usted. Ha hecho llamar á los dos mejores médicos que veranean en Capilla y en La Falda, y les espera para que la vean á usted y se encarguen de su asistencia hasta que él vuelva.

—¿Dos médicos, dices? ¿Llamados por Camilo sin consultarme?

María no contestó. No acostumbrada á mentir, había repetido lo que la habían enseñado que dijese; pero aquellas preguntas, y la emoción que la noticia había producido en la enferma, no estaban previstas en su lección.

Entonces Carmen, incorporándose con dificultad en el lecho, tomó la cabecita

de María entre sus manos ardientes, y, dándola un beso en la frente, la dijo:

—Eres un ángel, María. Tu castísima alma blanca se empaña con la mentira, por muy piadosa que ésta sea. No; Camilo no se va. Le conozco bastante para saber que nada, ni nadie, sino tú ó su madre, podrían hacerle abandonarme en el estado en que me encuentro... Me he agravado mucho de ayer á hoy, y él, que es bueno y escrupuloso, teme que su sola ciencia no baste. Por ese motivo ha llamado á otros médicos. Vendrán, me verán, me hablarán de esperanzas, pero no conseguirán nada. Estoy irremisiblemente perdida. Me voy, y me voy sin pesares. El mundo para mí sería un desierto. ¡Ah, María! Tú no sabes...

Mientras Carmen hablaba, María sollozaba. No podía disimular su emoción y su sufrimiento. Sabía que cuanto la enferma estaba diciendo era la verdad, porque ella lo había oído, entre el llanto y

las desesperaciones de todos los que estaban reunidos en la sala inmediata.

Cuando Carmen dejó de hablar, la niña se apercibió de que también la viuda lloraba.

—No, no; usted exagera su estado. Yo sé que con cuidados los médicos conseguirán...

—No es sólo la enfermedad lo que me mata, María. Son otras causas.

—¿Otras?... —preguntó sorprendida la niña.

—Como difícilmente volveremos á encontrarnos así, solas, antes de que yo me vaya, quiero pedirte un favor.

—¡Ah, lo que usted quiera, Carmen.

—¡Escúchame! Camilo te ama y será tu marido dentro de poco tiempo. Prométeme que, cuando yo haya muerto y tú seas feliz, le dirás que mi último pensamiento, mi último anhelo, fué sólo porque él también fuese feliz á tu lado...

Era tan extraño aquel encargo, que María quedó sorprendida al escucharlo.

—Yo he sido una desgraciada—agregó la enferma.—He estado al lado de la felicidad, me bastó extender la mano para tomarla, y la he dejado pasar sin asirla!...

Y Carmen comenzó á sollozar, bajo la presión de una crisis nerviosa.

María se asustó, y llamó en voz alta:

—¡Camilo, mamá, Julia!

XXXIV

En el Hotel Victoria se hospedaban muchas familias, entre las cuales había algunos caballeros conocidos en los círculos sociales de Buenos Aires. En su mayor parte eran compañeros de Clubs ó amigos de Ricardo Catriel.

Inmediatamente después que llegaron los paseantes que esa mañana habían ido á «Los Mogotes», y no obstante la gravedad que se atribuía al estado de Carmen, Ricardo llamó á dos de aquellos amigos, y después de referirles el incidente ocurri-

do con Camilo, les encargó de la misión de pedir explicaciones al doctor Solar Moreno.

El elegante *sportman* se sentía agraviado por la manera violenta con que le había tratado el médico, delante de su prima, la señora viuda de Pincen.

Más fastidio que sorpresa causó á Camilo la interposición de personas extrañas, en aquellos asuntos que él consideraba puramente domésticos.

Por otra parte, preocupado como se hallaba con las nuevas complicaciones que ofrecía la enfermedad de Carmen, no recibió con muy buen talante la misiva de los amigos de Ricardo.

Estos expusieron sus pretensiones.

—Nuestro amigo, el señor Ricardo Catriel—dijo uno de ellos,—se pretende ofendido por la aspereza y brusquedad con que usted le ordenó que se retirara, en momentos en que él se acercó al grupo que, en el camino de «Los Mogotes», formaban usted y la señora de Pincen, que

se habían quedado atrás de los demás paseantes. Como su dignidad no puede tolerar esa ofensa, exige de usted, doctor Solar Moreno, una explicación de su conducta, una satisfacción por la ofensa inferida ó una reparación por las armas.

Camilo escuchó con mucha tranquilidad aquella peroración, dicha en forma de discurso por un joven *clubman* de Buenos Aires, que, desde luego, descontaba el realce que daría á su nombre su intervención en aquel duelo.

Cuando hubo aquél terminado, el médico tomó la palabra con su calma habitual, y se expresó así:

—Caballeros: conozco perfectamente las reglas que la práctica social ha establecido para estos casos. Sé que ella exigiría que yo designase, á mi vez, dos amigos, y, por intermedio de ellos, diese la explicación, presentase mis excusas ó concertase un duelo con el señor Catriel. Pero, señores, no me creo obligado á respetar prácticas que rechazo, y, por tanto,

prefiero tratar directamente este asunto, que sólo á mí me concierne. Por otra parte, el señor Catriel pretende mezclar en el incidente á la señora de Pincen, y como primo de ella, como su amigo y hasta como su médico, me niego á satisfacer esa pretensión de aquel caballero.

—Nosotros no pretendemos tampoco remontarnos hasta el origen del incidente —dijo el otro amigo de Ricardo.—Sólo establecemos el hecho de la ofensa inferida por usted á nuestro representado, y exigimos una explicación, una satisfacción ó una reparación por las armas.

—Por mi parte, caballeros, no estoy dispuesto á explicar mis actos, ni á retractarlos, ni á batirme con el señor Catriel ni con nadie.

—Esa conducta inexplicable nos coloca en el caso de declarar á nuestro representado que usted no se hace responsable de las ofensas que infiere, y que, por tanto, queda usted descalificado...

—Ustedes procederán como entiendan

que deben hacerlo, pero yo no cambiaré de resolución. No crean ustedes que improviso una actitud, en vista de la pretensión del señor Catriel. No. Mi conducta es el resultado de un propósito y de una convicción. Considero el duelo la más estúpida de las prácticas sociales y el más criminal de todos los atentados.

—Sin embargo, se realizan todos los días.

—Sí, se efectúan entre personas que siguen siendo esclavas de añejas preocupaciones, que nos colocan en condiciones inferiores á las de los pueblos bárbaros. El señor Catriel es un distinguido *sportman*, hábil espadachín, diestro en el manejo de todas las armas, y, sin embargo, cree que es honorable, correcto, caballeresco provocar á duelo á un hombre que le consta que no se ha ocupado jamás de esos deportes en que se vigoriza el cuerpo, se adquiere reputación de jinete ó esgrimista, pero en que la inteligencia, y

hasta la dignidad misma, para nada intervienen.

—Es muy fácil, señor, buscar el medio de igualar las condiciones de un duelo.

—Se equivoca usted, caballero. Lo primero que habría que igualar sería la condición personal de los duelistas, y esto es casi siempre imposible.

—No me explico...

—Tomemos, como ejemplo, el caso actual. El señor Catriel es sólo un hombre de salón, sin ocupación conocida, que vive de la herencia que le dejaron sus padres. En ese sentido somos iguales. Yo soy también de abolengo, rico, caballero en toda la extensión de la palabra. Pero yo soy, además, un médico, que, por amor á la ciencia, he consagrado mi vida entera al estudio. He logrado, á fuerza de trabajo y de constancia, formarme una reputación envidiable, y estoy considerado como la esperanza y el consuelo de muchas personas que sufren. El señor Catriel no tiene cómo igualarme en ese te-

rreno; no tiene ni siquiera una madre y una familia por quienes velar y á quienes amar, y, por tanto, no serían idénticas las consecuencias morales de su muerte y de la mía.

—Si así se razonase en estos asuntos, los cobardes encontrarían siempre un pretexto para rehuir los duelos—dijo el primero que había hablado.

—Esperaba ese argumento. Tampoco en ese sentido puede igualarme el señor Catriel. No conozco acto alguno de *valor útil*, producido por el representado de ustedes. He oído que ha tenido algunos lances personales, que, como casi siempre, terminaron sin mayores consecuencias, en un almuerzo de los duelistas y padrinos en el Jockey Club. Yo he luchado sin reposo la batalla de la vida, exponiendo mi existencia en todos los momentos. No hay militar que haya dado mayores pruebas de valor, y de *valor útil*, que las que yo llevo dadas. He estado, asistiendo como médico, en hospitales y sanatorios, don-

de se cuidaba enfermos de toda clase de enfermedades contagiosas. Tengo en mi clínica diaria pacientes que sufren tuberculosis, tifus, difteria, viruela, escarlatina, peste bubónica, y, en fin, todas esas taras que diezman á la humanidad, transmitiéndose por contagio ó por infección. ¿Les parece á ustedes que quien así ocupa sus días, combatiendo constantemente con tales enemigos, puede ser sospechado de cobardía por no aceptar un duelo?

—No son lo mismo las circunstancias...

—Efectivamente, no son idénticas. Para batirse en duelo basta un simple esfuerzo de la voluntad, un rasgo de carácter, que imponga al organismo una actitud serena durante algunos minutos. Pero para acercarse á la cabecera de un colérico, para operar á un diftérico, para cuidar á un varioloso ó á un bubónico, se requiere la abnegación constante y el sacrificio de la propia personalidad en holocausto de la humanidad. Ese es el duelo que estoy librando todos los días, y

al que el señor Catriel no puede exponerse.

—De manera, doctor Solar Moreno, que usted rehusa explicarse ó batirse.

—Sí, caballero, rehuso. No doy explicaciones porque nada hay que explicar en el hecho natural de que yo le dijese que se retirase, siendo inoportuna la presencia y la actitud del señor Catriel delante de una enferma á la que yo asistía en esos momentos. No presento excusas, porque no veo motivos para ello. No me bato, porque no quiero, y porque, aunque quisiese, no habría posibilidad de igualar condiciones.

—¿Es esa la última palabra de usted?
—preguntó el que parecía llevar la dirección de aquel incidente.

—No; aún tengo otra palabra que agregar. Ningún duelo puede tomarse como una reparación de ofensas ó de ultrajes al honor. En unos casos el ofendido es la víctima del azar de las armas, y, sobre la ofensa, sufre la herida ó la muerte. En

otros, un espadachín ó un tirador explota su destreza para batirse con inexpertos. Yo no puedo prestarme á ser ni víctima ni victimario. He concluído...

XXXV

Camilo acababa de decir esas palabras á aquellos caballeros, cuando las voces de María, llamándole desde la habitación ocupada por Carmen, le hizo abandonarles, sin siquiera disculparse.

El deber del médico y el afecto del amigo le hicieron precipitarse en el cuarto de la enferma.

Carmen se hallaba acostada de espaldas, y en su rostro, demacrado y sombrío, se veían las huellas de su llanto reciente. La respiración era anhelante y fatigosa, obligando á la enferma á agitarse en el lecho, oprimiéndose el seno, como si la asfixia la ahogase.

Al ver á Camilo, en sus labios se insinuó una sonrisa, que un nuevo espasmo

hizo convertirse en una mueca macabra.

Le tendió la mano descarnada, como si le llamase, y pudo entonces comprenderse que hacía, visibles esfuerzos por dominar los estragos del mal.

—Carmen, mi querida Carmen, tranquilízate!—la dijo el médico.—Esto no es nada. Pasará con una inyección de cafeína.

Y, con el cuidadoso afecto del más delicado de los hombres, hizo en el brazo de su prima la inyección, esperando los efectos casi inmediatos que debía producir.

Poco á poco Carmen fué calmándose, aun cuando la postración y la debilidad iban acentuándose cada vez con mayor intensidad.

Camilo, sin que la enferma se apercibiera, hizo que, una á una, fueran retirándose de la habitación las personas que la ocupaban, quedándose en ella sólo Laura, la infeliz madre, y María, que se había empeñado en no abandonar á la viuda, con quien, en esos últimos días, había intimado tanta confianza,

Todos velaban, sin embargo, en el vecino saloncito, hablando en voz baja y profundamente preocupados.

La alarma que producía el estado de la enferma había cundido por todo el hotel, de manera que eran muchas las personas que llegaban hasta la puerta de la salita á informarse.

Entre ellas vino también Ricardo, que preocupado ante todo de sus propios resentimientos, había creído que la gravedad de la enfermedad de Carmen se exageraba para impedir el lance con Camilo.

Cuando supo la verdad, cuando se le dijo que la vida de la viuda de Pincen estaba seriamente amenazada, Ricardo se impresionó tanto, que sus mismos amigos extrañaron que él fuese capaz de tales emociones,

Entonces se arrepintió de sus actitudes, cuando, en el camino de «Los Mogotes», encontró á Carmen y á Camilo, solos y aislados de los demás compañeros de paseo. Entonces vió toda la injusticia de sus

insinuaciones y toda la razón con que el médico le había mandado retirarse.

Aun cuando la manera en que Camilo había terminado el incidente de su provocación á duelo hubiera mortificado mucho su amor propio, comprendió que sus conveniencias estaban en mostrarse afligido y atencioso en aquellos momentos. Temía que, si procedía de otra manera, se acentuase la sospecha de que sólo había perseguido á la viuda de Pincen por su fortuna.

Aprovechando un momento en que Camilo había salido al corredor, para enviar á la botica una receta, Ricardo se le acercó familiarmente, y le dijo:

—Doctor Solar Moreno, creo que le juzgo á usted bien considerándole superior á la generalidad de los hombres.

—No sé de qué se trata—contestó el médico;—pero en este momento no podría escuchar á usted, señor Catriel. Carmen está muy grave, y reclama mis cuidados.

—Es, precisamente, de ella de quien deseo hablarle. Ayer he sido injusto con ella y con usted, pero fué un mal momento en que me dominaron los celos.

—No tengo derecho ni motivo para ocuparme de los móviles de su conducta.

—Pero, como yo no puedo pedirle á su prima disculpas, quería pedírselas á usted, rogándole que olvide lo que ha pasado, sin causas fundamentales para ello.

—Por mi parte ya lo había olvidado—contestó Camilo sin encono ni arrogancia, agregando:—Sobre todo, en estos momentos, no habría tenido tiempo de pensar en nada que no fuese Carmen.

—¿La cree usted muy grave, doctor?

—Sí, gravísima. Temo mucho una complicación cardíaca... Veo que llegan los médicos que he llamado para una consulta; ruego á usted me disculpe si le dejo.

—¿Tiene usted inconveniente en decirle á Carmen que desearía poder verla yo también?

—Sí, en estos momentos cualquiera emo-

ción podría serla funesta; pero prometo á usted aprovechar el instante oportuno para decírselo.

—¡Gracias, doctor!—y Ricardo extendió una mano, que Camilo estrechó sin apresuramiento ni efusión.

Los dos médicos que Camilo había hecho llamar, y cuya llegada María había anunciado á Carmen, fueron introducidos en la habitación de la enferma, después de una larga conferencia con aquel.

Su diagnóstico y pronóstico no modificaban en lo mínimo los del distinguido clínico que servía de médico de cabecera.

Se trataba de una crisis galopante, que llegaba á su último período, asumiendo, como forma terminal, los desórdenes cardíacos que habían alarmado tanto á Camilo.

Cuando los otros médicos se hubieron retirado, Camilo llamó á su madre y á Jorge, y, revelándoles toda la triste verdad de la situación, les encargó que pre-

pararan á Laura para el terrible golpe que la esperaba.

—Ella también necesita muchos cuidados—dijo.—La pobre madre está tan grave como la hija. La impresión puede llegar á matarla...

Pero quedaba aún otra dificultad por vencerse. No era posible ocultar á Carmen la extrema gravedad de su estado, puesto que ella podía tener necesidad de adoptar disposiciones referentes á su fortuna personal.

¿Quién se encargaría de esa difícil comunicación?

Camilo comprendió que sólo á él le correspondía aquel nuevo tormento; y, dominándose cuanto le fuera posible, entró sonriente en la habitación de la enferma.

En la penumbra formada en el ángulo de la pieza por la falta de la luz, amortiguada por las cortinas de la ventana y las puertas, se veía la cama en que se hallaba acostada, entre nubes de encajes, la interesante enferma.

En ese instante parecía tranquila. María estaba á su lado, teniendo entre las suyas una de las manos de Carmen, á quien contemplaba en silencio, mientras parecía dormir.

Sin embargo, aquel no era el sueño fisiológico. Era ese sopor que precede al coma en el desenlace de ciertas enfermedades; era ese estado en que el enfermo siente una especie de laxitud, intermedio entre la vigilia y el sueño, y que le produce un bienestar que le hace olvidar, por instantes, sus sufrimientos.

En los tísicos, especialmente, son tranquilos los momentos que preceden á la muerte. Con frecuencia, hasta parece que creyeran en la reacción benéfica.

Camilo se acercó al lecho con paso cauteloso, como si temiese que el ruido de sus pasos despertase á la enferma. Esta abrió los ojos, y, al reconocerle, su rostro se iluminó con un rayo de alegría. Luego dijo:

—Te esperaba, Camilo. No quería que

nadie, sino tú, me dijese la opinión de los otros médicos. ¿Qué dicen?

—¡Ah! Felizmente no te encuentran tan mal como yo lo creía. En mí el cariño que te tengo ha exagerado los caracteres de la enfermedad. Los médicos no podemos asistir conscientemente á las personas á quienes amamos...

Todo esto lo había dicho Camilo con ternura infinita. Había caricias en sus palabras y en su actitud.

Carmen no se equivocó, sin embargo. Por más amantes, por más afectuosas que fuesen aquellas frases, la mujer enamorada, la mujer de mundo, comprendió que era la compasión, la piedad, lo que las inspiraba.

—No, Camilo—dijo, haciendo un supremo esfuerzo para incorporarse.—No, no me engañes, ni trates de engañarte á tí mismo.—Yo conozco que estoy muy mala, y te confieso que la idea de la muerte no me aterrera.

—¿Quieres callar, loca?... Hablas de morir como si te hallases en la agonía.

—No, nó; sé que no es tanto. Viviré todavía; viviré un mes; viviré tal vez un año, si tú me cuidas; ¡pero mi mal es incurable!

Y Carmen, fatigada por la conversación, volvió á colocarse en las almohadas en una posición en que se reflejaba, en su semblante cadavérico, el agotamiento de sus fuerzas.

Camilo no tuvo valor para hablarle de su próximo fin á una mujer que creía que aún podría vivir un año.

María, que, callada y ansiosamente, seguía todos los movimientos de la enferma, arregló las ropas del lecho y los encajes que envolvían á Carmen, y con lágrimas en la voz, preguntó al médico:

—¿Le doy un poquito de vino de Oporto ó de Champaña?

—El que ella prefiera—contestó Camilo, tomando la mano de la enferma para examinar el pulso.

—Y bien, sea. No discutamos más. Tú sabes que estás enferma, pero que, cuidándote, puedes todavía vivir, vivir un año, según tú misma calculas, pero muchos años según yo lo espero. Es necesario, pues, que seas juiciosa y prudente, y pongas de tu parte la voluntad de mejorarte.

—Yo no tengo voluntad propia, Camilo. Soy una de esas plantas parásitas que viven de la sávia que les presta el árbol á que se arraigan.

Y Carmen, con un movimiento que recordó á Camilo los días de la adolescencia de ambos, miró á su primo, serena y resignada, le tomó la mano con que él sostenía el brazo en que la tomaba el pulso, y colocándola debajo de su cabeza, sin preocuparse de la sorpresa de María, añadió:

—¡Tú eres el tronco. Yo soy la enredadera!

Y cerró los ojos sonriente, como si en ese momento se sintiese feliz.

La limosna es amor, y el amor puede darse como limosna!

Una mirada de María y de Camilo les unió secretamente en el mismo sentimiento. Necesitaban endulzar las horas de aquella criatura, á quien, como Jesús á María de Mágdala, se le podían «perdonar sus muchos pecados, porque había amado mucho»...

XXXVI

María se colocó á un lado de la cabecera del lecho en que Carmen reposaba, dejando á Camilo el asiento que ella había ocupado antes al otro lado de la enferma.

—Puesto que tú crees que mis cuidados pueden mejorarte, me entrego por completo á tí. Es menester que ya no pienses en nada más que en vivir.

—¡Vivir! ¡Ah! ¡Poder vivir! Esto es lo que he anhelado, inútilmente.

—¿Inútilmente? ¿Por qué?

—¿Por qué?... ¡Ah!... no!... No puedo...

Y Carmen, en un nuevo acceso nervioso, miró á María con esos ojos en que la fiebre del amor y del odio concentrados parecen dar á la mirada el brillo del acero bruñido. Camilo lo comprendió todo. María permaneció impasible, siempre humilde y afectuosa.

—Vamos, vamos, Carmen—dijo el médico.—No reincidas en tus locuras. Sí, sí, puedes decir y hacer cuanto quieras. ¿Por qué es inútil?

—¡Porque mi vida sin ti no la quiero! —exclamó Carmen, y sollozó aquel arranque de pasión, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Camilo y María se pusieron de pie, y se miraron sorprendidos, separados por el lecho en que Carmen sufría.

¡Aquella mujer les separaba! Y ellos no se animaron á salvar la valla, para arrojarse el uno en brazos del otro, á impulsos del sentimiento que les unía.

Aprovechando que Carmen no podía notar sus movimientos, Camilo hizo señas á María para que se marchase de la habitación.

Una vez solo con ella, el médico permaneció de pie, junto al lecho, contemplando aquella desesperación, cuyos sollozos iban lentamente convirtiéndose en fatiga.

Dejó que la crisis pasase sin interrumpirla, y, al ver en la puerta de la salita el semblante afligido de Julia y de la señora de Solar Moreno, las indicó con la mano que se detuviesen, pero haciendo con la cabeza y con los ojos uno de esos movimientos negativos que importaban la manifestación de que la enferma no iba bien.

Luego, cuando Carmen pareció calmarse, muy quedo, como si temiese que la oyesen, dijo:

—Perdóname, Camilo. Fué más fuerte que yo misma!. ¡Lo he dicho!... ¡Y bien! ¡Es verdad!... ¡No quiero la vida desde que no puedo consagrártela!

—¡Pues yo acepto esa consagración, Carmen!... ¡Vive para mí!—dijo Camilo con solemnidad y dulzura tales, que la enferma se estremeció de placer.

Cuando se apercibió de que María no estaba allí, de que estaba sola con aquel hombre que tan íntimamente se había ligado á su existencia, Carmen sintió reanimarse su organismo, cobrar nueva vida, sentir fuerzas desconocidas.

Era la fiebre que aumentaba y aceleraba la circulación de aquella sangre empobrecida.

—¿Dices la verdad, Camilo?—preguntó sentándose agitada en el lecho. ¿Quieres que viva para ti?...

—Sí, sí, Carmen!... Vive! pero para conseguirlo, necesitas calmarte.

—Ah, es verdad!... No!... No puede ser! Estoy tísica! No!... Tu conciencia te lo impide!... Y luego... María!... ¿Dónde está María?... María!... María!...

Era el delirio ahora. La cabeza empezaba á sentirse afectada, y el conjunto de

síntomas que se presentaban ofrecía un cuadro aterrador.

A los llamados de Carmen ocurrieron no sólo María, sino también todas las personas que se hallaban reunidas en la pieza vecina, entre ellas el mismo Ricardo, que había venido á recibir informes de la enferma. Todos rodearon su lecho, mientras el médico preparaba la jeringa de Pravaz para hacerla otra inyección calmante.

Laura se había acercado llorosa á su hija, procurando tranquilizar, con sus caricias, aquella excitación que se revelaba por la violencia de los movimientos de sus manos y de su cabeza.

Cuando María se acercó á ella, Carmen la tomó por el brazo y la dijo, casi con dureza :

—No, no temas, chiquilla!... Yo no puedo casarme con él!... Yo estoy tísica!

La pobre niña, asustada, no sabía lo que debía contestar ni lo que podría hacer. Deseaba contentar á Carmen y no contrariar á Camilo, pero no encontraba, en su

aturdimiento medroso, una actitud cualquiera.

La señora de Solar Moreno intervino entonces, tomando la ardiente mano de Carmen, y con su ternura infinita de madre ejemplar, levantó la manga, guarnecida de encajes, de la riquísima bata, presentando el brazo desnudo á su hijo que se acercaba con la inyención ya preparada.

—Ahora verás como te calmas, hija mia! —dijo la madre del médico, besando la pálida frente de la enferma, mientras su hijo efectuaba la pequeña operación.

Pocos minutos despues el alcaloide producía su efecto. Carmen se calmó; su respiración agitada comenzó á normalizarse, y el mismo sopor que antes le había mantenido adormecida comenzó á invadirla.

Todos guardaron silencio, manteniéndose en la misma actitud en que se hallaban, unos de pie, otros sentados, todos absortos en su atención, fija en los efectos del medicamento,

Un violento acceso de tos la despertó.

—Quisiera levantarme,—dijo con voz muy lenta.—Me ahogo en esta cama.

—No hay inconveniente alguno para que te levantes, Carmen,—dijo el médico.—La crisis ya ha pasado. La mañana es bellísima, y el sol, el aire y el oxígeno de las plantas te harán mucho bien.

La calma y serenidad con que Camilo dijo estas palabras, no sólo engañó á todos los que le oyeron, que creyeron á Carmen mejor, sino que la misma enferma se convenció de que estaba menos mal de lo que ella se consideraba.

Para dejarla vestir, todos se retiraron, menos Laura, que llamó á la sirviente para que ayudase á la enferma.

XXXVII

Aquella misma tarde de verano, tibia y transparente como todas las de las altas montañas, Carmen se hallaba sentada, en un cómodo sillón, junta á la ventana abierta de su habitación. A su lado se encon-

traba María, convertida en afectuosa enfermera de la pálida viuda.

Esta estaba tranquila, y sólo la debilidad y la fatiga la molestaban. Hablaba poco, pero en los cambios de expresión de su fisonomía movible se podía seguir la serie de diferentes emociones que agitaban su alma.

María la contemplaba en silencio, espiando sus movimientos y pronta á satisfacer el mínimo deseo de su nueva amiga íntima.

Las otras personas de aquel grupo, habían tenido que permanecer al lado de Laura, cuya dolencia cardíaca se había agravado con los sufrimientos recientes.

Camilo no se movía del hotel. Rogó á otro de los médicos que se encargase de los pocos enfermos cuya asistencia había aceptado en Capilla del Monte, y se consagraba exclusivamente á aquellas personas á quienes le ligaba el doble vínculo del parentesco y del cariño.

Carmen permanecía en una especie de

somnolencia, con los ojos entreabiertos y respirando lenta y fatigosamente, apoyada su cabeza en almohadones de *duvet*.

La última vez que el médico la visitó había dicho á la señora de Solar Moreno que era menester impedir que Laura volviese al lado de su hija, pues el desenlace se apresuraba.

—¿Cómo?... ¿Tú crees que hoy?...—preguntó sorprendida la buena señora.

—Carmen no verá ponerse el sol!—contestó Camilo, y, mirando amorosamente á María, que le veía sin poder alcanzar á oír lo que hablaba con su madre, agregó:

—Procura estar tú aquí; María puede afectarse mucho si se encuentra sola...

Y, sin embargo, en el momento en que Carmen pareció reaccionar, sólo la tierna niña estaba á su lado.

—¿Sabes, María, que me siento muy bien ahora? Me parece que Camilo tiene razón. ¡Cuidándome puedo sanar!—dijo casi sin dificultad.

—¡Oh, no lo dude usted! No sólo Ca-

milo lo asegura, sino que también yo puedo afirmarlo, puesto que ya ve usted que estoy sana, después de haber estado tan enferma.

Aquella alusión hizo cruzar una sombra por el semblante de Carmen.

—María no está ya tísica—pensó una vez más;—ella está sana, y Camilo la ama. En cualquier momento podrá hacerla su esposa sin escrúpulos de conciencia. Entonces yo!...

Carmen se volvió dulcemente hacia María; la tomó sonriente una de sus manos, y con una voz entrecortada por la fatiga, la dijo:

—¿Verdad, María, que no me guardas rencor?... He estado delirando cuando he hablado de Camilo delante de ti. Pero... sí... es verdad!... le quiero mucho...

—El también la quiere mucho á usted...

—Sí, sí, me quiere;... lo sé;... pero no es lo mismo!

Y volvió á callar, mientras en su pálido

rostro se pintaba un dolor, que ella no se preocupó de disimular.

María la acariciaba silenciosa y sin valor para turbar aquellas meditaciones, cuyos abismos no habría podido profundizar la casta virgen.

Un nuevo movimiento de reacción se operó en la enferma, y como si obedeciese á una resolución suprema, se incorporó para poder mirar más fijamente en los ojos á María y la dijo:

—Necesito hacerte una confesión, hija mía, para tu tranquilidad. Yo estoy enamorada de Camilo... pero él nunca podrá casarse conmigo!... Yo soy una tísica!...

Y sollozando sin lágrimas en aquellos ojos secos y afiebrados, dejó que su hermosa cabeza se apoyase en el pecho de María, que, afligida y temerosa, hizo sonar el timbre que tenía al alcance de su mano.

Un instante después, Camilo y su madre estaban junto al grupo formado por Carmen y la niña de Bellat.

Al verles la enferma se incorporó, y, sonriendo, se dirigió suavemente al médico:

—¿Te has alarmado creyendo que he tenido un nuevo acceso?... No. Estoy muy bien. Hasta me siento más fuerte. Convéncete por tí mismo!

Y extendiendo su brazo hacia Camilo, le presentó el puño para que la tomase el pulso.

El facultativo lo hizo, y mostrando una convicción profunda en sus palabras, dijo:

—Efectivamente; estás mucho más entonada. Hasta podrías salir á pasear, si no fuese por esta pequeña brisa fresca de la tarde que pudiera hacerte mal.

—¡Pero no te hagas ilusiones, Camilo!— contestó Carmen.—Yo tengo más enferma el alma que el cuerpo, y á medida que éste mejora, el espíritu rebelde vuelve á atormentarme.

—Pero tú no debes permitirle que te atormente...

—Ah! Si de mí dependiera!...

—¿Y de quién, sino de ti sola, depende?

—De tí, Camilo, de tí!—Contestó la viuda, volviendo á su aflicción agitada.

Camilo miró á María, en cuyos ojos leyó una de aquellas abnegadas resignaciones que reflejan el martirio heroico, y, comprendiendo que necesitaba terminar aquella escena, tomó entre las suyas una de las manos de la enferma y la acarició con sincera ternura.

—Comprendo lo que quieres decir, Carmen!—le dijo.—Temes que me case. ¿No es verdad? Pues bien: te repito hoy, delante de mi madre,—(y miró significativamente á María)—que te cuides, que vivas para mí como tú deseas, en la seguridad de que no me casaré con otra mientras tú vivas...

María palideció, sintió como si las fuerzas la faltaran, y acaso su turbación la hubiera notado la enferma, si la señora de Solar Moreno no se hubiera colocado entre aquellas dos mujeres que amaban á su hijo,

La noble madre del médico, con su experiencia y su intuición, habría comprendido el propósito de Camilo, pero sufría al ver la muda desesperación de María, á quien estimaba tanto como quería.

Mientras Carmen, radiante y feliz, había tomado amorosamente las manos de Camilo, y hablaba agitadamente con él, en voz baja, la buena madre del médico se había acercado casi al oído de María y la decía:

—Carmen tiene solo pocas horas de vida, hija mía. ¡Perdónale á Camilo esa piadosa mentira!...

La enferma no dió tiempo á la niña para contestar á la madre de su amado. De repente hizo un movimiento agitado con ambos brazos, lanzó un quejido sibilante, como si se sintiese ahogada, y dejó caer su cabeza sobre el pecho de Camilo, que la recibió en sus brazos.

Las señoras se aproximaron á ella, mientras Camilo colocaba á la enferma desmayada sobre las almohadas.

—Esto se acaba, madre!—dijo al pasar junto á la señora de Solar Moreno.

Luego, levantando la manga de la blanca bata, hizo la inyección que tenía preparada.

El medicamento produjo otra vez el efecto esperado, pero con mucha menos eficacia.

Carmen abrió los ojos, miró á su alrededor, y luego preguntó:

—Mi madre!... ¿Dónde está mi madre?

—Está reposando—contestó el médico.

—La pobre tía te ha velado toda la noche, y la he obligado á que se acueste.

—Camilo, eres muy bueno. Pero yo quiero despedirme de mi madre!... Llámala!...

—¡Vamos, Carmen!—dijo la señora de Solar Moreno.—No empieces de nuevo...

—No, tía! Este es el fin. Lo siento. Ya no me hago ilusiones!

Y volviéndose á Camilo, agregó:

—Tu promesa se cumplirá. No te veré casado, y moriré tranquila teniéndote á mi lado!

Todos callaron. María lloraba á un lado del sillón ocupado por la moribunda. Camilo, sentado del lado opuesto, conservaba la mano de la enferma entre las suyas, preguntando al pulso el momento del desenlace. La señora de Solar Moreno había pasado á la habitación vecina para prevenir á Jorge y á Julia la proximidad de la muerte.

Cuando Carmen se dió cuenta de que sólo se hallaban en el cuarto Camilo y María sonrió dulcemente, é hizo que la niña se la acercase mucho.

—¡Eres un ángel, María! — la dijo. — Mereces la felicidad que te espera... Hazle tú también feliz, pues él lo merece!

Y tomando las manos de Camilo y de María las unió, quedando ella, tendida en su sillón, separando á aquellos dos amantes, que permanecían parados uno á cada lado.

Parecía, con aquel acto, quererles decir que sólo les había apartado en la vida, pe-

ro que les reunía en la hora suprema de su partida.

María, conmovida y acaso inconsciente, tomó la mano de Camilo, que Carmen ponía en la suya, y el médico, con una presión afectuosa en la de la niña, la hizo comprender que debía dominar sus emociones.

Entraron en ese momento todos los que estaban en las habitaciones inmediatas. Entre ellos venían Ricardo y Laura, á quien no habían podido impedir que volviese al lado de su hija.

Todos comprendieron que el desenlace se aproximaba. Camilo cedió su puesto á Laura y María se apartó para reunirse con Julia, que lloraba en un ángulo de la habitación.

Ricardo se acercó, entonces. Carmen le vió, y, sonriente, le tendió la mano.

—Sabía que estaba usted levantada,—dijo Catriel,—y he pedido permiso para felicitarla por su mejoría.

—Mi mejoría!—repitió Carmen.—Sí, es

la mejoría de la muerte. Es verdad lo que dicen los sabios. La seguridad de morir produce una especie de alegría egoísta.

—Carmen, no hables! El esfuerzo te fatiga—dijo el médico muy afectuosamente.

—Hablaré muy poco, pero necesito hablar... Tú crees que estoy mejor, y yo me siento agonizar.

—Vamos, mi hijita, no digas eso!

Era Laura la que hablaba, teniendo á su hija casi entre sus brazos.

—A usted, mi mamá, es á quien quiero hablarla. Todo cuanto tengo queda para usted; pero usted queda sola en el mundo...

—¿Y nosotros, Carmen? ¿No soy yo su hermana?—preguntó afectuosamente la señora de Solar Moreno.

—De eso iba á hablarla, tía. Cuando yo me haya ido, mi mamá, le pido que vuelva á la casa de los Solar Moreno. Ojalá nunca hubiéramos salido de ella!

Un estremecimiento agitó el cuerpo de Carmen, y, haciendo un nuevo esfuerzo, agregó dirigiéndose á Camilo:

—Quiero que siempre tengas algo mío junto á tí!...

Y luego, volviéndose á Ricardo, que la contemplaba sorprendido, le dijo:

—No he engañado á usted nunca, Ricardo. Antes que Camilo volviese de Europa, acaso le habría aceptado á usted por marido. Después... después... mi conducta ha sido la manifestación de mis esperanzas y de mis despechos. Hoy, ya lo ve usted, muero todavía feliz. ¡Estoy á su lado!

Y le tendió la mano á Camilo. Este se estremeció al sentir su contacto. Estaba helada!

Miró á Carmen, auscultó su corazón y sólo pudo comprobar que el desenlace llegaba. Apartó á la persona que ocupaba la silla más inmediata al sillón de la enferma, y se preparó á hacer una nueva inyección.

Carmen parecía inconsciente. Aquel último esfuerzo la había agotado. Entreabría los ojos y los cerraba sonriente. Pronun-

ciaba palabras sueltas, que podían ser el principio ó el fin de frases que pensaba, pero que no articulaba.

Como la asfixia aumentaba por momentos, Camilo hizo abrir la ventana para que penetrase más aire. Un rayo del sol poniente, filtrándose por entre las cortinas, vino á posarse sobre la cabeza de la moribunda. A su contacto, Carmen pareció despertar, y levantando los pálidos párpados, dejó ver las negras pupilas dilatadas.

—Dios es bueno!—dijo con voz apenas perceptible.—Ha querido colmar mis deseos. Me ha dejado que viva

«Para morir al declinar la tarde,

«Con un rayo de luz sobre la frente!»

Tengo luz en los ojos y luz en el alma!
¡Sólo me faltan las flores y la música!

—¡Flores! ¡yo voy á traerlas!—dijo María corriendo.

Carmen volvió á dejar caer la cabeza sobre los almohadones. Sus ojos se cerraron de nuevo, y los brazos perdieron todo

movimiento. Una de sus manos la tenía entre las suyas la infeliz Laura, que lloraba silenciosamente. La otra la retenía el médico, sintiendo constantemente aquel pulso, cuya intensidad iba disminuyendo.

Las demás personas rodeaban, sin hablarse, el sillón en que Carmen espiraba sin agonía.

Pasaron algunos momentos, y luego Camilo, dejando caer lentamente sobre las faldas de la enferma la mano que él retenía, se inclinó sobre el pecho y la auscultó el corazón. Hizo con la cabeza un movimiento casi imperceptible; se puso de pie, y con voz llena de ternura, sin afectación, pero con fe de creyente, levantó sus brazos al cielo, diciendo:

—En tus manos, Señor, encomiendo su espíritu!!

Un sollozo general contestó á aquellas palabras. Las señoras se pusieron de rodillas. Los hombres cruzaron sus manos, inclinando la cabeza ante el espectáculo de la muerte.

En ese mismo instante entraba María con la falda de su delantal lleno de flores sueltas. Al ver aquel cuadro se detuvo, y mirando asustada á Camilo, preguntó:
—¿Muerta?...

—¡¡Sí, María, muerta!!...

La niña dió un grito, y, al cubrirse el rostro con las manos, dejó que las flores silvestres cayesen sobre la muerta querida, que tanto las había deseado en su último instante.

Se sintió ahogada, é iba á caer; pero al ver á Camilo que le abría los brazos, se arrojó en ellos, diciendo:

—¡Ella también le amaba!



YALE UNIVERSITY LIBRARY



3 9002 03258 8262

